PERSPECTIVAS CULTURALES

POR

LUIS LOPEZ DE MESA

JORGE RESTREPO URIBE
BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
BOGOTA
ABRIL

PERSPECTIVAS CULTURALES

Impreso en Colombia.—Printed in Colombia.
Copyright by Luis López de Mesa.
Prensas de la Universidad Nacional.

PERSPECTIVAS CULTURALES

POR
LUIS LOPEZ DE MESA

JORGE RESTREPO URIBE
BIBLIOTECA

FAES
Biblioteca

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
BOGOTA - ABRIL - 1949

LA
C864
L664PE
Ej.3
1999

1

Filosofía y Estilo

(Carta - Prefacio)

453

FAES
Biblioteca

Mi querido Julio Enrique Blanco:

Conmigo su gentilísima de agosto 28, que contesto, en primer lugar, expresándole mi gratitud por la grande atención y el sumo afecto con que ha estudiado mi libro "Nosotros y la Esfinge", con esa su peculiar abundancia de erudición y ese su honestísimo criterio. De ahí que todo cuanto observó en él y me trasmite en su carta, me haya sido grande y gratamente útil, lo mismo cuando encomia que cuando corrige, pues con lo uno y con lo otro enriquece mis opiniones, depurándolas a veces, a veces haciendo surgir en mí mejores argumentos defensivos.

*

En ocasión anterior usted anotaba acerca de mi estilo la mucha preocupación mía por la forma estética del discurso, que a ratos me conduce hasta el ambiente embriagador de la poesía, con todos sus peligros de desbordamiento imaginativo sobre el austero razonar que la filosofía exige, según usted y muchos otros pensadores ilustres. Le confieso ingenuamente que tiene sobradísima razón, mas no me es posible evitarlo, porque esa manera, y mi pecaminoso culto por el purismo literario, me retienen despóticamente, por serme de índole personal y por derivar de aquélla y de éste subidísimo placer. Manía, pues, y menudo pecadillo incorregible.

Sin embargo, no conceptúo que el estilo estorbe sustancialmente la expresión razonante, ni menos aún que exista una mente filosófica y otra científica o literaria: una misma es, que

se trajea de distinto modo formal, pero que en ningún caso se excluyen genéricamente. Usted lo sabe: en estilo poético, en estilo científico y en ceñidas cláusulas de filosofía magistral se han expresado eminentísimos conductores del más hondo saber, ayer y hoy, y en todo el mundo. De mí sé decirle que cuando logro fugarme de la rutina y hacer alguna sabrosa página de poesía cósmica, mi predilecta, la tengo por mejor y más útil que todo el restante libro, y la paladeo con deleite. ¿Desde cuándo? Vaya usted a decirlo... Apenas tendría siete años cuando Serafina, graciosa mulata que sirvió en mi casa durante mi niñez, me hizo levantar un día a las cuatro de la madrugada para que viese un hermoso cometa (acaso el célebre de Holmes), y todavía me conmueve la emoción que a esa hora me produjo la majestad del cielo estrellado, inmensamente dilatado y mudo: la recuerdo como la primera elación religiosa de mi vida y todavía la amo en mi recuerdo con inefable dulcedumbre.

Es que la poesía sugiere más honda comprensión que lo suele hacer el razonamiento, y más firme, porque ella no muda de opinión ni se somete a dictámenes efímeros. Esto no significa, sin embargo, que yo preconice el imperio de la sensibilidad sobre el mundo del saber, porque sería ir muy lejos, pero sí defiende un tanto aquel mi inveterado romanticismo filosófico. Y hasta creo, hablando ya sociológicamente, que la filosofía iberoamericana seguirá en lo general este rumbo, que tanto se amolda a nuestra estirpe.

Y por lo que hace al discurrir filosófico como diferente del científico, mis dudas ya son más graves: para mí tengo que toda filosofía surge de una técnica preliminar y que ninguna realmente existe sin ese fundamento. Usted que sabe al dedillo la historia de las ideas, recordará con luminosa precisión que así fue en la alborada del pensamiento jónico, en la madurez del siglo IV antes de Cristo, en el gran reventón de escuelas que siguió al XVII y en este mismo languidecente filosofar de nuestros días. La fecunda acción del Eufrates y del Nilo, que Tales de Mileto conoció ampliamente, le llevó a valuar el agua como elemento genitivo supremo. El misterio (entonces) de las fuentes subterráneas y la copiosa vida del mar se lo confirmaron. Anaxímenes vio en su mar y sus montañas que el aire se cargaba de vapores, los vapores se convertían en nubes, la nube en lluvia, la lluvia en río, el

río, a su juicio, en aluvión de tierra y de pedruscos... el aire, pues, era el origen de todas las cosas existentes. Sino que, como era griego, este Anaxímenes, por poco nos descubre el éter de Maxwell y de Newton. Y así de tantos otros pensadores: Tome usted la vida íntima de Pitágoras, su niñez, sobre todo, en Samos, bajo el poderoso influjo de su egregia madre y luego su enorme pericia matemática: remembre asimismo las ciencias naturales de Aristóteles, el pietismo de Kant espoleado por Hume y la astronomía; el espiritualismo de Bergson, disciplinado en los evolucionistas del siglo XIX y deslumbrado por la entomología de Fabre. Mire, si no, las ciencias que respaldaron a Whitehead y a Husserl ayer no más, o a Spinoza y Hegel el día anterior. Mezcle usted aquellas bases técnicas con la hora política y un fermento, siempre visible y asaz fecundo, de choques sentimentales, Sócrates, Zenón, Plotino, Shopenhauer, Nietzsche... y verá con su ágil discernir cómo se iluminan estos eslabones del problema. Usted sabe, por ejemplo, todo lo que se produjo de haber erradamente contrapuesto Aristóteles la "pureza" sideral al mundo terrestre corruptible, y de haber extendido Pitágoras su estudio matemático de las cuerdas sonoras a la armonía universal del Cosmos. Viceversa, recuerde, usted que harto le conoce, cuánto corazón tuvo que echarle Newton a su teología para salvar la diéresis que surge entre su física y la metafísica de su actitud religiosa.

Es que nuestra amada filosofía es sublimación, y sublimación adorable ciertamente, del saber científico. Usted no escapa a ese sortilegio, que pues comenzó por la biología, avanzó por la filología y la exégesis, se amaestró luego en Kant y muchos pensadores y técnicos insignes, para darnos su tesis de los arquetipos ontogónicos, usiagónicos, ándricos, etc., que hoy vertebran su doctrina. Así yo, en mi humilde derrotero, partí de las ciencias naturales, ahondé cuanto pude en la psicología y llegué a la metafísica con todos los resabios consiguientes.

Sino que usted baja de las cumbres ideológicas a los hechos y yo subo de los hechos a la cumbre de la idealización. Usted parte de una entidad in-tele-agente, desviando la etimología latina hacia raíces griegas, de un "legere" a un "agein" como quien dice, de un "escoger" a un "actuar", y yo anclo en la constante de Planck, para subir al Cosmos. Su visión me es grata, por suya, en primer término, por bien avisagrada lógicamente, en segundo,

pero aun me inquietan ciertos hiatos que en ella percibo: porque ignoro todavía si en su concepción aquella entidad "in-tele-agente" es "perfecta", con perfección de existencia y autognosia (que usted le presupone), de belleza, de libertad y de justicia. Ni si es substancia y absoluto. Porque de poseer aquellos valores, sería ocioso recorrer esta penosa escala de degradaciones físicas y morales en que intencionalmente, según usted dice, se desenvuelve el mundo. Si absoluta, no tendría un "fuera de si", un "tele" adonde dirigirse, ni intención distinta de la de ser lo que es.

Yo, en cambio, contemplo lo que se da en ese mundo, lo perceptible a nuestra conciencia, y trato de sondear su origen. Miro la inteligencia, la moral, la autognosia, en fin, desenvolverse lentamente en la escala de los seres reales, con paso progresivo de milenios y de eones, hasta llegar al hecho individual de mi espíritu. Desde el cristal de las rocas primevas hasta ese espíritu no hallo contradicción, aunque resten muchos enigmas.

El punto básico, suyo y mío, es el entender la esencia de la energía primordial. La que hoy conocemos es "granular" o es radiante. Usted la concibe pre-física. Yo no me atrevo a precisar ese juicio. Encuentro un límite discernible en el quantum ($h = 6.55 \times 10^{-27}$ ergios X segundos). Allí comienza a radiar y a atomizarse... pero antes, ¿cómo fue? ¿Infinita y eterna, acaso? Estos términos no se ajustan bien a la realidad. Nuestra mente informada por actos de entendimiento se niega a entender por procesos distintos de aquel entendimiento suyo consuetudinario: busca la comparación, sobre todo. No siendo témporo-espacial la energía que aquí contemplo, carece de imagen para nosotros. Un punto en la singularidad absoluta es infinito sin espacio propio; un instante de la energía intransitiva, es un reposo también, y eterno en tanto. Una proto-energía de esta índole no actúa existencialmente hacia fuera de sí, por trascendencia: sólo actúa siendo, sólo actúa conservando su ser, porque acto y sér en ella se confunden.

En nuestro mundo témporo-espacial las relaciones de antecedente y consecuente, de mayor y menor, de potencia y acto, engendran el principio de causalidad: quite usted esas relaciones en una proto-entidad sin sucesión ni velocidad ni grados, y la

causalidad desaparece: creador y criatura carecen en ella de sentido.

¿Proto-energía con esencia de necesidad o de libertad? En mis prolijas lucubraciones yo la entiendo con uno y otro atributo, contradictoriamente: la entiendo como posibilidad. Y como posibilidad absoluta. Ella puede ser de todas maneras, y recorrer infinitamente su posibilidad. Este mundo nuestro es sólo una posibilidad suya. Pueden haber existido otros mundos, y existir luégo otros más, mundos estéreo-crónicos, mundos meramente "espirituales" y mundos inéditos. Al definir esa potencia como posibilidad llego a la linde de Maya, ilusión, como usted anota, y del idealismo. Es casi cierto. Sino que añado un leve paso, el concepto de posibilidad como esencia de la entidad preexistente.

Esta posibilidad que contemplo aquí, es más que la posibilidad real y más aun que la meramente lógica. Es más que la potencia virtual y que la misma factibilidad de su ejercicio. Porque ellas todas son finitas, por más ilimitadas que uno las conciba y entienda, en tanto que esta otra las engendra, como raíz suya que es. Ni es una posibilidad con mero contenido de "posibles" —arquetipos, por ejemplo— aunque los abarque todos, sino posibilidad en sí, con esencia de posibilidad, por así decirlo, pleonásticamente.

Todo esto es hipotético y abstracto. La mente humana aunque es continente que se nutre progresivamente de los contenidos que logra adquirir, permanece relativa, y sólo concibe la eternidad y la infinitud por adiciones, llegando apenas a lo ilimitado, o por negaciones, disfrazando verbalmente la negación. Lo absoluto, lo infinito y lo eterno nos son, pues, indescifrables en el actual desarrollo de esa mente humana, pero los "intuímos" vagamente por trascendencia de nociones, en un presentimiento mudo. De este orden es la posibilidad que yo reconsidero aquí en hipótesis: la proto-energía especificada mediante posición y número, es decir, témporo-espacial, es consecuentemente finita; indeterminada en una a modo de proto-entidad, puede ser infinita. Algo finito por una faz e infinito por otra, sería contradictorio dentro de la lógica clásica, tal vez no al presente. Para usted sería algo como un terremoto en la rosa mística del empíreo que describe el Dante. Su esencia, la posibilidad, resulta, por ende, finita en cuanto contenido de "posibles" actos y seres, e infinita

quizás en su fase de indeterminación, como en paradoja matemática se juntan finito e infinito en la imaginaria línea periférica del mundo.

Por otra parte... la posibilidad absoluta es un concepto sin analogía ni representación sensible, más fácil de intuir directamente que de definir con certidumbre, hasta donde podamos admitir este concepto de "intuición" directa.

*

Y como estoy orillando el absurdo, necesito reiterar mis argumentos y acrisolarlos un poco más:

Hace medio billón de años (5×10^{11}) probablemente no existía nuestro mundo estéreo-crónico. La energía primordial que lo produjo por creación o por derivación, carecía de los coeficientes espacio-tiempo, que lo habrían hecho antes expansivo y sucesivo. Quizás tampoco pudiera, para entonces, definirlo por los coeficientes de magnitud (carga, velocidad, momento, etc.). A lo que más podría parecerse, analógicamente, sería a una esencia sin entidad objetiva, al modo de aquellos universales que tanto preocuparon a los nominalistas de la Edad Media. Para hacerse entitativa (ontogónica, fisiogónica, cosmogónica...) sirvióse de la posición y el número: en el electrón intratómico la "posición" no es propiamente espacial, sino de actitud, pero engendra espacio; en el quantum se advierte más un ritmo que una entidad aparte, pero ya la multiplicidad empieza. Posición y número, por más conceptuales que uno los suponga, son, pues, factores, o fautores siquiera, de positiva ontogénesis. Por eso he hablado tanto de la energía primordial como "posibilidad" absoluta, y de la posición y el número, como principios de generación.

Mas no es esto sólo: ¿Entra la "nada" (la nihilidad diré mejor, puesto que "nada" tiene un compromiso etimológico que nos perturba, y "nulidad" tiene otro semántico que nos cohibe), como elemento en la génesis del mundo? Muchos han supuesto algún "valor" positivo a la nada, y es lo cierto que aun como "factor" negativo pudiera así entenderse, o como polaridad de la acción genitiva al menos ya que en la realidad, muerte y límite, por ejemplo, se percibe su "presencia". ¿Actúa esa nihilidad como ausencia o como resistencia, o es un aspecto de la posibilidad

absoluta? Creo que nuestra mente no está aún capacitada para dirimir este punto: mi esquema del mundo es un aspecto de los muchos que pueden considerarse en él, como lo es el suyo, como lo son tantos más que existen, religiosos, filosóficos, científicos, etc., y no entiendo porqué hayan de excluírse mutuamente.

Nuestra situación filosófica actual es muy precaria ciertamente: en tanto que los conceptos de materia y energía, de átomo y cosmos han padecido revoluciones fundamentales que enorgullecen la cultura moderna, los de alma, vida y espíritu, de dios y divinidad, permanecen punto menos que estancados en las lucubraciones iniciales de hace veintitantos siglos, así produciendo en el hombre contemporáneo gravísimo desnivel de certidumbre y conocimientos, que le encadena al materialismo añejo o a la moderna fenomenología, a la desolación y el colapso.

El cabal entendimiento de este asunto es, pues, imperativo, y sería torpe procrastinarlo por rehuir sus temibles dificultades técnicas.

¿Qué tiene de espíritu aquella energía primordial? Ante todo conviene decir que el abismo infranqueable que pensadores de otra edad vieron entre materia y espíritu se ha aminorado un poco, y no por rebajamiento de éste, cual solía antes ocurrir, sino por sublimación de esotra, tan idealizada hoy que ya casi se disuelve en las sutiles fórmulas matemáticas que definen sus partículas componentes. Y luego, conviene asimismo modificar nuestra concepción tradicional de espíritu.

Lo que entendemos por espíritu humano, con sus dos manifestaciones irrecusables, a lo menos, de inteligencia y de conciencia, es hecho que se da en el mundo, y el único hecho espiritual que conocemos. ¿Emana también de la energía primordial o se añade a sus derivaciones físicas en el tiempo? La iniciación suya en los seres vivos y su aparición en el decurso de las edades parece indiscernible. Mientras no se descubra su epifanía como algo aparte del mundo, podemos concebirlo virtualmente inherente a la energía primordial de que surgió éste.

¿Existió en ella como Dios en persona, o como esencia divinal al menos? Ningún elemento de juicio nos asiste en este magno problema, pues los que conozco, el de causalidad inclusive, a que casi todos ellos se reducen, son lógicamente endebles.

Mas he ahí que ese espíritu humano nos coloca en trance

muy difícil de interpretar el mundo. El es, sin disputa posible, conciencia de ese mundo. Yo no puedo decir "la" conciencia de ese mundo, pero sí la sola perceptible hoy día. Si fuese la autognosia de él, todo estaría resuelto, mas es inaceptable ir tan lejos, y poco honrado. Yo mismo empleo a trochemoche la voz autognosia, porque me gusta su garbo, pero nosotros sólo tenemos "conciencia" de los procesos íntimos del yo, en manera alguna "autognosia" de él en sí, cual en otra parte lo he establecido psicológicamente al definir aquélla como una "presencia" de los fenómenos que a éste constituyen: cuánto menos podría concebir nuestro espíritu como "autognosia" del mundo.

¿Algún día la adquiriremos?

Tal vez, pero en tanto, no es discreto disentir de la realidad que fundamenta los juicios exactamente comprobables, los juicios de aquietadora certidumbre. Por lo que me corresponde, y en cuanto corresponde a mi capacidad intelectiva, construyo mis conceptos sobre esa base de la existencia de un espíritu humano, sin trascender de sus consecuencias legítimas.

Su tesis de una entidad primera de naturaleza inteligente, que intencionalmente concibe los arquetipos del mundo, vida y espíritu inclusive, y los objetiva en el espacio —tiempo de la realidad con inescrutable propósito, ha inquietado la mente augusta de los filósofos más insignes, nuestro dilectísimo Platón, en primera línea, de todos los pensadores de creencia religiosa y aun de matemáticos ilustres de esta borrascosa edad en que vivimos, como Jeans y el idealista Eddington. En mi opaca esfera yo he recorrido esa ruta también y la admiro: es aplacible en sumo grado y verosímil además. Mas ello es que dentro de un filosofar de basamento irrecusable, que consulte los hechos, dentro de una filosofía "fáctica", por así decirlo, la apercepción y el espíritu aparecieron ayer en la vida del hombre. Este es el milagro que tenemos que afrontar ahora. No es que neguemos que otro similar exista, sino que ese otro no aparece en la realidad perceptible que nos rodea, ni comparece, por lo tanto, ante nuestro inmediato juicio. Que en el hombre se esté revelando aquella abstrusa entidad divina, es hipótesis que merece consideración temperada y severa, de tremenda reconditez, desgraciadamente. Yo la he contemplado como posible solución, como eslabón de enlace, e insisto en desentrañar su verosimilitud, mas no puedo honradamente trastrocar valores de probabilidad y de certidumbre para adoptarla como dogma y jubilar para siempre nuestras dudas.

Usted en su clímax ontogónico y usiagónico, cuando llega al espíritu —humanidad, cultura, historia— habrá chocado con el desconcierto de ver el breve instante que abarca ese proceso fundamental en el conjunto devenir del Cosmos, un relámpago apenas dentro de la serie de las edades del mundo: una "psique" que muy accidentalmente surgió ayer en una "physis" arcaica. Es muy valioso ese hecho psíquico para sujetarlo al incidente de una mutación cromosomática de que surgimos los hombres hace un minuto cósmico. Mutación incidental que se condiciona a un ambiente geo-físico accidental también. No. Lo espiritual y lo físico deben concebirse sin esa oposición substantiva, y ya usted ve cómo yo los enlazo en la esencia de la posibilidad absoluta, en la esencia de esa proto-energía ignota.

Usted estará despavorido a estas horas ante tamaños artilugios dialécticos. Y se dirá muy entre sí: ¿En qué quedan, entonces, las irreductibles diferencias que existen entre libertad y necesidad, entre cantidad y cualidad, entre materia y espíritu, entre los grandes valores de la cultura y el reino oscuro de la naturaleza? Mas yo, a mi vez, me pregunto audazmente: ¿No podríamos eliminar esas antinomias subiendo a más alto origen? Observe que si a la cantidad se le añade ritmo, surgen cualidades: que si a ese ritmo —número apenas, ya lo ve— se le complica armónicamente, aparecen virtudes y valores.

Y precisamente, en el quantum hay ritmo. Ritmo que se traduce en periodicidad, primero, en armonía, después. Ritmo que es número apenas, sin más esencias ni substancias aditivas. Y así me digo, cavilando a solas: "¿Esa libertad y esa necesidad no serán diferentes "momentos", para hablar en términos matemáticos, de la energía actuante? ¿No serán grados diversos del ímpetu de la acción, por así decirlo en términos comunes, y grados más o menos definidos de polaridad? Y esa cualidad inaprehendible y continua de los filósofos, no será, como la cantidad misma (discontinua y precaria, al decir de los maestros), una fase de la entidad recóndita, un aspecto suyo?

Ritmo, armonía...: número, son elementos perceptibles en todo valor y en toda virtud: en la verdad, en la belleza, en la justicia etc.

Yo no sé... Todas estas cosas llenan mi espíritu de prodigiosa y deleitosa inquietud. Y me pregunto si la limitación de los sentidos humanos y la limitación de la mente no nos impiden advertir realidades más hondas que esta neblinosa que nutre nuestras divagaciones. Hace poco observaba en Medellín una colección de mineralogía: pedrezuelas blanquizcas, grisáceas, ocres, pardas, negruzcas etc., al parecer insignificantes y comunes: dioritas, calcitas, cuarzos, restos de roca con vetas de óxidos diferentes, de uranio, entre otros. Y cuando ya parecía no interesarme la vitrina, mi guía y amigo la iluminó con lámpara fluorescente, causando un portento a mis ojos, pues que esos guijarros se encendieron de gaya luz y vívidos colores, rojo encendido, azules varios, verdes, anaranjados y violetas de divina reverberación envolvente. Un mundo mágico que superaba al de Aladino y envidiara Disney. Y yo pensé: ¿Cuántas maravillas similares nos quedarán ocultas en la multiforme realidad del sér? ¿Y cuántas de otra índole aún más arcana y noble?

*

Prolijo sería indicar a usted el eslabonamiento de otras hipótesis mías que hay en ese mi libro, con esta capital. De ellas precio mucho la parte psicológica, terriblemente ardua. Y esa otra de porqué, en participación de existencia, tenemos misión divina, como autognosia en devenir de la huidiza realidad del Cosmos.

Vayan estas frases en tributo de gratitud a su noble actitud fraternal, que tanto me honra, y confirme con ellas su acertada opinión de que ya comienza nuestra estirpe iberoamericana a inquirir agónicamente su destino, así sea aún en tenue balbucencia e inhábil modo.

Lo saluda,

LUIS LOPEZ DE MESA

Bogotá, enero de 1949.

2

Aporías Sociales

ANTES DEL 9 DE ABRIL

GUERRA INCONCLUSA.—Para ser razonablemente optimistas hay que recorrer primero todas las rutas del pesimismo. Ensayémoslo.

Hace cosa de medio siglo que estamos en esta guerra mundial que asuela y hasta destruye las naciones cultas y aún no sabemos cabalmente en qué consiste. No sabemos cuáles fueron las causas efectivas de su gestación, ni cuáles las que la mantienen inconclusa y como soterrada apenas en el rescoldo de las tragedias innumerables que produjo. Porque el decir, como dicen estadistas de Europa y de América, que fue y sigue siendo la batalla de la democracia contra el "totalitarismo" o moderno cesarismo de Estado, es definición ingenua que sólo comprende la sobrehaz de esta enorme jornada histórica.

Veámoslo, si no, cautamente.

A fines del siglo pasado y principios del presente, las denominadas "grandes potencias" de la civilización, Alemania, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia y Japón, principalmente, sufrieron un recrudecimiento extraordinario de su fervor nacionalista, acuciado en mucho por sus recientes necesidades económicas y las prédicas encendidas de sus políticos, mercaderes y filósofos. Las guerras internacionales de chinos, rusos y japoneses, de España y Estados Unidos, de Italia y Abisinia, de Trans-

vaal e Inglaterra, la tensión prebeligerante por el dominio de Marruecos, con las brabuconadas de Agadir y el "Panther", la histeria misma y los embustes del proceso contra Alfred Dreyfus, de repercusión universal entonces, síntomas fueron de que las naciones más cultas de nuestra orgullosa edad y aquel "siglo de las luces", se habían embriagado de ambición materialista, en cuanto a tener mercados y colonias sobre todo, y no querían oír otro consejo que el de su egoísmo imperial. Y así, mientras la Gran Bretaña persigue por todos medios acrecer y consolidar su imperio planetario, Estados Unidos emprende un movimiento expansionista a expensas de la inerme España, agostada entonces por un siglo de necedades políticas y gran desorden espiritual, y bajo la conducta discretamente artera de McKinley, de discutible interpretación histórica, y la conducta leonina del primer Roosevelt, entra en lides de supedictación y predominio. Alemania se ensoberbece más día a día, y aunando filosofemas de Fichte y Hegel con estrategias de Bismark y Hitler, busca contra viento y marea señorear también el mundo y ponernos a todos a enaltecer su estirpe; Japón, en fin, comienza a soñar igualmente sus sueños de divina misión y mesianismo asiático. Francia, Rusia e Italia tampoco no quisieran quedar al margen de este banquete de los dioses, y aportaron su grano de arena a la nueva torre de Babel y nuevo caos que iba construyendo el mundo.

Apoteosis, pues, de las naciones, inmoderado deseo de esquilmar industrialmente al prójimo e ignorancia supina de los rumbos inflexibles de la historia.

Uno de tales rumbos conducía precisamente a la asociación y colaboración ecuménicas del hombre, y aquel nacionalismo rabioso, jornada anterior fecunda, hora ya peligrosa en su insistencia a pretender hacerse perdurable y rígido, se le opuso con trágica ceguedad, y produjo el choque. Los hombres no vieron que el período de las "grandes potencias" tocaba a su fin y con irresponsabilidad de manicomio pretendieron "dirigir" el curso de la historia por los estrechos cauces de su conveniencia particular, y quedaron molidos en el universal derrumbamiento que tamaña insensatez produjo. Y lo que es peor aún, y más gravemente deletéreo todavía, a esta hora del siglo siguen creyendo que en la catástrofe hubo vencedores, y construyéndose postiza psicología de triunfo, cuando la evidencia nos dice que uno y

otro grupo beligerante yacen vencidos, sin una idea normativa, sin una ilusión vital, sin una actitud siquiera procedente y lógica.

*

AMBOS CONTENDORES VENCIDOS. — Porque es ingenuidad inefable esa constante noticia que nos transmiten anglos, rusos y estadounidenses sobre que las "democracias" ganaron victoria en la segunda jornada de esta guerra universal del siglo XX. De los conceptos en pugna, ¿cuál triunfó? No la libertad ciudadana, porque nunca antes hubo para ella mayores restricciones en el mundo ni un más necio detalle o "pormenorización" de sus reglamentos. No la dignidad personal, pues jamás se la vio tan sujeta como ahora a opiniones prefabricadas y mecanismos técnicos, a oligarquías legales del Estado y caprichos del caudillo anónimo de la burocracia gobernante. No la religión, que del Dios personal de nuestros antepasados, asociado cotidianamente al hombre por comunicación directa y trato verbal, hizo un vago concepto discutible y mudo. No la moral, que pues ninguna nos obliga, si no es como un comportamiento meramente externo. No la familia, que hogaño se disuelve a nuestros ojos, restringida en la generosa amplitud que antes tuvo, y privada hoy de aquel imprescriptible sentimiento de piedad que la lustró y abastionó antes. Ni siquiera la caridad perdura, ya que la suplantan las prestaciones sociales y la beneficencia, mecánicamente ejercidas. Ni siquiera el amor, fuente de elación en otros días, sabrosa idealidad y decoro inmarcesible, trocado al presente en veleidad y comunicación efímera. ¿Y acaso la amistad, albergue en otras edades del espíritu, baluarte de nobles sentimientos, refugio indefectible en las derrotas de la vida, no se está eclipsando también y abandonando al hombre?

Decir, pues, que la victoria de cierto grupo de naciones tiene significación conceptual, y es triunfo promisorio del espíritu, no me convence mientras yo no vea que la persona humana, la familia, la sociedad y el Estado actúan efectivamente con normas de certidumbre universal y grato señorío.

Y nadie posee ahora esa certidumbre. Rusia posterga de cinco en cinco años el advenimiento de la felicidad de sus gentes, y con furia cada vez mayor estigmatiza y maldice los sistemas sociales y económicos de las naciones capitalistas, sin dejar,

por eso, de imitar su técnica y costumbres. Inglaterra prosigue la nacionalización del trabajo y la eliminación de los privilegios, socializando su pueblo con ritmo creciente, sin dejar tampoco de condenar el sovietismo stalineano y la testarudez de su sañudo Molotov. Estados Unidos encomian diariamente a Lincoln, alejándose hora por hora más y más de su democracia individualista de 1862.

Y todos están aburridos en el mundo.

Es que algo ha muerto en nosotros. Y mientras no surja lo que ha de reemplazar a ese muerto, cuanto digamos es necedad y cuanto hagamos será inútil. Por atajos de procedimiento y con disimulado esguince operativo, las naciones "victoriosas" vienen poco a poco imitando a las "vencidas"; los partidos tradicionalistas y aun la religión católica, se orientan hacia el desideratum de sus contendores más odiados; y en medio de ese turbión de incertidumbres, el pobre individuo, de economía dirigida, de cultura dirigida, de costumbres dirigidas, sistematizado y estratificado en el comer y en el vestir, en el trabajo y el amor, en los viajes y el deporte, es al fin y al cabo un autómata que huye de su vacío interior, "saca solitarios" con los naipes o sestea en "cine".

Seguramente algo ha muerto en nosotros. La última palabra de la filosofía europea, el llamado "existencialismo", sostiene que el sér es absurdo. Tres mil años de elaboración cultural terminan así en la más paladina confesión de su fracaso, y en todos los ámbitos del mundo no se ve el hombre de la nueva fe que nos redima de este colapso del espíritu.

Y sin embargo, no debe de estar muy lejos de surgir, si nos atenemos al amplio ritmo de la historia.

*

LA TERCERA GUERRA MUNDIAL.—El hecho infortunado de que los beligerantes de la segunda jornada bélica mundial de este siglo XX no reconocieron que ambos grupos quedaron derrotados por la magnitud de la catástrofe, de un lado, y porque ninguno de los conceptos que dicen sostener quedó en plenitud de vigor ejerciendo el rectorado normativo de la cultura actual, fue grave error que los trae otra vez al borde de agredirse y así acabar con lo poco que a todos nos quedó después de aquella inmensa ruina.

La psicología de triunfo así formada artificialmente los conduce a querer imponer sus normas de conducta política y social al resto del mundo y a intentar defenderla con fronteras propias más y más avanzadas o con fronteras satélites de peligrosa, y, a veces, dolosa imposición. De la psicología defensiva a la psicología de ofensa no hay sino un paso, y muy breve paso, que el azar o el miedo o una equivocada fanfarronería, se encargará de dar a la hora menos prevista o francamente imprevisible.

En todo el mundo se habla de esa guerra como de un fenómeno ineluctable algún día. En Estados Unidos y en Rusia, sobre todo. Y aunque nadie la quiere, y dichas naciones menos que otra alguna, y aunque los hombres sensatos de esos dos agigantados países condenan con vehemencia previsora ese tanto hablar de ella y ese peligroso discutir su posible advenimiento, la tensión existe. Sin ningún margen de duda, a los conductores políticos de uno y otro pueblo les temblaría el alma antes de firmar un acto bélico, pues harto saben que sería otra calamidad inútil y un hecho monstruoso por el que les maldecirían todas las generaciones presentes y futuras. Mas ello es que las ideas se independizan de la mente humana y siguen solas su propio curso, y por ahí anda en cada uno de esos grupos ex-beligerantes y pre-beligerantes hoy de nuevo, la opinión fervorosamente horneada de que el "otro" está impidiendo la felicidad del mundo. Claro es y hartísimo evidente, que ninguno de los dos posee la llave de esa felicidad, pero se les ha metido en la cabeza una persuación de mesianismo histórico que nadie podría arrancarles ahora de su pobre entendimiento, así sea verdad, como lo es, que ninguno de ellos sabe lo que el porvenir esconde, y alocadamente sólo así mismos se contemplan en solipsismo conceptual, infantil y deletéreo.

La testarudez rusa en oponerse al planeamiento norteamericano de reconstrucción del mundo, así del orden político como del económico y cultural técnico, es absolutamente ineludible para su gobierno, pues toda felicidad y aun mera comodidad, que emanase de una nación "burguesa" arruinaría ante los ojos de su mismo pueblo las hipótesis absolutistas de su revolución, y así sus gobernantes tendrán que oponerse a esa intención yanqui con todas las fuerzas de su espíritu y aun de sus ejércitos.

Ni uno ni otro pueblo ha advertido aún que las magnas

fuerzas del devenir histórico actúan —y sólo así pueden hacerlo— por polaridad energética; que siempre hubo esa polaridad en el mundo en forma de contendores, y que esa lid es útil mientras no rebase las fronteras de la ecuanimidad ideológica y se trueque en hecatombe feral, suicida hoy seguramente. Si uno a otro recíprocamente se concedieran la oportunidad de "hacernos felices" con sus estatutos y proyectos, y sólo emularan en esa aspiración, no sería tan grave para ellos ni tan peligroso para nosotros... los del resto del mundo.

Confío, sin embargo, en que los políticos conductores de esos dos ilustres pueblos no ignoren —¡cómo ha de ser!— que cualquiera de ellos que hoy triunfara guerreando sobre el otro, vería, por leyes sociológicas indeclinables, desaparecer su imperio en el curso de dos generaciones, hundirse ese su bélico producto.

Sino que el resto —ese resto del mundo— quedaríamos destrozados también, y así nos conviene saberlo, preverlo oportunamente y preparar nuestro propio destino, por si acaso la locura continuare aún imperando sobre los hombres de esta generación.

*

GUERRA Y REVOLUCION.—La revolución que subtiende y estimuló las dos magnas guerras que hemos padecido en este siglo XX o las dos magnas jornadas de una misma guerra, como sería mejor decir, es más amplia y trágicamente grave que ese su bélico producto.

Conforme ya lo dije muy someramente, el primer conflicto armado encarnó la inquietud universal que la ambición nacionalista produjo y significó, en última esencia, la lucha entre el encumbramiento místico de las naciones, milenario ya, y el naciente universalismo de la especie, que la economía, la filosofía y la religión han venido descubriendo como imperativo mensaje de la historia en cierne.

Mas ello es que al terminar ese primer choque sangriento, los jefes de las naciones en pugna y de otras que habían permanecido expectativamente al margen suyo, no entendieron la voz de los tiempos, y en vez de finiquitar ese problema revolucionario, lo aguzaron con ingentes exacciones fiscales "armamentistas" y coerción económica, las que implacablemente aunadas al desor-

den moral del mundo trajeron a luz y "vivencia" ineludible el todavía más insoluble problema de esa revolución, como es la redistribución de la riqueza, con su consecuente lucha de clases y nuevos focos de angustia, que luégo precipitaron la segunda catástrofe mundial.

Porque eso de acriminar a este o aquel hombre, Hitler, Mussolini, Tojo, Stalin, Churchill o Roosevelt (según los diversos puntos de vista nacionales), no pasa de ser una percepción colateral del problema, por más delincuentes y alocados que algunos de esos hombres hayan sido en la conducta de su función histórica.

Y no pararon ahí los hechos. Como un mal agrava otro y otros engendra, al decidirse la lucha armada y concluir el desangre, no la paz, no el orden, ni el sosiego siquiera momentáneo, surgieron en la sociedad íntima de las naciones o la mancomunidad de la estirpe. La segunda y más cruel carnicería reveló al acongojado corazón del hombre que todos sus haberes espirituales, su filantropía y su ética, su filosofía y religión, sus normas de derecho y la pulcritud misma de persona o entidad humana, estaban rotos, sin posible nuevo eslabonamiento articular.

La revolución apareció así como crisis total de la cultura, como la ruptura insoldable de los últimos tres mil años de elaboración espiritual del hombre.

De ahí que los primeros vagidos de la filosofía post-bélica sean de angustia mística, negación ontológica, y de monda aceptación de lo absurdo; de ahí que la ciencia dude de su misión tutelar; de ahí que las religiones más o menos similares se agrupen temblando; y que las sociedades oculten su desolación de la vida en la futilidad y gozamiento efímero de la hora transeúnte. La insubstancialidad y la interinidad han desalojado y trágicamente reemplazado la básica certidumbre de los ideales eternos, y el pobre corazón del hombre es mero islote errátil en el piélago de esta desolación irremisible.

El problema, pues, es asunto de una revisión cultural completa.

El triunfo de las "democracias", el triunfo del "sovietismo", el nuevo triunfo o revalidación de añejos ideales de entendimiento y de conducta, no resuelven nada efectivamente. Dejemos

que Rusia y Estados Unidos ensayen la objetivación de sus sueños, pero nosotros, los del resto del mundo, dediquémonos a construir el más allá de esos sueños. Pretender que fórmulas parciales para la distribución de la riqueza, como el comunismo o de restauración de la economía, como el plan de Marshall, resuelvan la bancarrota de una civilización, es pretender que un automóvil de motor averiado ande con sólo barnizarle la carrocería. Ello puede ser útil, es noble, sin duda, pero insuficiente. Un nuevo conflicto, un paro general, un mero colapso de la buena conducta de las sociedades, derrumbarían en un cuarto de hora todos los remiendos adjetivos que inventemos y apliquemos a esta insoluta revolución del mundo.

*

NUCLEO CULTURAL.—Entonces, entonces... me preguntará el lector que hasta aquí haya bondadosamente seguido mis ideas, ¿cuál es ese núcleo focal de las culturas que en perturbándose él todo lo demás perturba o destruye?

Tengo para mí que el centro germinal o núcleo orgánico de cualquier cultura consiste en el concepto que el hombre de esa cultura tenga de sí mismo. Así, por ejemplo, la cultura eurasiática que rigió durante estos últimos dos mil años en Europa, en América y algunas otras porciones del globo, reposa en la idea hebreo-cristiana de que el hombre es la criatura predilecta de una divinidad providente. La consecuencia de que esa criatura es espiritual e imagen de Dios, responsable y libre, de un lado, y la consecuencia, del otro lado, de que dicha Providencia es una, personal y libre también, surgen inmediatamente de aquel postulado y a su vez engendran la religión, la filosofía, la moral y el derecho, la orientación científica y las artes, las costumbres mismas de la sociedad y los sentimientos del hombre.

Supongamos otro núcleo cultural, v. gr: que el hombre es producto del azar en un mundo sin sentido, y toda aquella arquitectura ideológica de nuestros padres vendría a tierra como una cometa infantil inerte.

Y esto es lo que está ocurriendo a nuestra vista, queramos o no reconocerlo. El hombre contemporáneo de nuestra cultura eurasiática, este hermano menor de Sócrates y de Cristo, dudó

de su filiación divina y anda por ahí cavilando en el vacío de su mente, dando tumbos de conducta y gimoteando su terrible orfandad cósmica.

Mas esto nos conduce a plantearnos la capitana cuestión de si fue, entonces, inútil el esfuerzo prodigioso de las generaciones ilustres que nos preceden en este hacinamiento de la historia humana, de si todo fue ilusión de nuestro espíritu y felonía cruel de un destino inexorablemente mudo, sordo y ciego.

Antes de aceptar tamaña solución pesimista, tamaño colapso de todas nuestras ilusiones, miremos siquiera brevemente lo que ha ocurrido en el mundo acerca de nosotros, estirpe humana, y de la estructura conceptual que sostiene y nutre nuestro orgullo.

Para mis estudios sociológicos y mi interpretación filosófica de la historia universal, me ha sido muy útil dividir la vida de la especie, en cuanto a la línea genética que llegó a nosotros, en seis grandes jornadas culturales.

Cualquiera que sea el tronco filogenético de que surgimos, nuestra especie requirió un millón de años para humanarse, en el sentido conceptual de esta acepción nominativa, o sea para remontarse de animal sujeto a la naturaleza física a sujeto observador inteligente del mundo externo, y de este modo adquirir la facultad de aprovecharlo como instrumento suyo, "homo faber" y así diferenciarse de ella, dominarla un tanto y afianzar su imperio.

La segunda jornada, o de la espiritualización, sólo dura veinticinco mil años, del paleolítico de Europa al apogeo de la civilización griega, como quien dice del Cromagnon a Sócrates. Durante ese lapso, el ya hombre pasa de observador de la naturaleza ambiente a observador de sí mismo, crea la filosofía, adquiere espíritu y se hace, por ende, "homo sapiens".

En posesión de esa espiritualidad y de aquel dominio de la naturaleza, inquiere el destino que corresponde a su excelsitud. y en tercera jornada de mil quinientos años aproximadamente, o sea del siglo VIII antes de Cristo al siglo VII posterior a él, descubre las grandes religiones de la salvación, jornada de la salvación espiritual, y se confirma "homo religiosus", superando así la sujeción mágica de sus progenitores.

Ente espiritual y sujeto de salvación, recusa la indiferenciación gregaria de la religión y del Estado, y en cuarta jornada, que comprende apenas tres siglos, del catorce al diez y siete,

establece la personalidad, "homo iuridicus", con dignidad autónoma, criterio propio y libre arbitrio, fuentes remotas de la democracia que alborean en la Reforma, el Renacimiento, descubrimiento de la imprenta y conquista del Nuevo Mundo.

La quinta es la jornada de la liberación, por la cual ese hombre de criterio personal y espíritu propio reniega de toda subordinación coercitiva, manumite esclavos y siervos, inventa la república de representación voluntaria y se hace al fin democráticamente libre, "home liberalis", tras sangrientas luchas en los siglos XVIII y XIX.

Ahora estamos en la sexta jornada, o sea de la equidad, en solicitud del reajuste de los derechos del individuo, en cuanto "homo socialis" a disfrutar mejor de la vida, que la libertad no pudo aisladamente garantizarle, y que los partidos políticos de izquierda ayer, de centro hoy y aun de derecha ahora, persiguen a su modo.

Es una gradación de excelsitud, escala de Jacob, que de lucha en lucha sublimó la especie, hasta la frontera inefable de los dioses: —¿Por qué, entonces, esta demolición y este eclipse de la hora presente?

*

RELATIVIDAD DE LAS IDEAS.—No parece sino que a la ardua sentencia bíblica de que "con el sudor de tu frente ganarás el pan" faltara segunda fórmula apotegmática que dijese: "con la sangre de tus venas ganarás el espíritu", porque cada una de estas adquisiciones costó a la humanidad torrentes de sangre: guerras de religión, revolución inglesa, revolución francesa, guerras civiles de Norte y Sur América, guerras sociales de Rusia, guerra mundial de este siglo XX...

—¿Por qué así?

Toda idea al nacer trae consigo prodigioso potencial de energía, energía de estado naciente, que en el espíritu del hombre se revela como una carga de emoción, mística a las veces y a menudo trágica, según el alcance o radio de acción social que la caracterice. Y comoquiera que generalmente ha de desalojar del todo o en parte a otra idea que ya se estructuró funcionalmente en la dinámica de las sociedades, la lucha es fatal y es a muerte. En la polaridad funcional de los partidos, los tradicionalistas,

defienden la ya existente, y los liberales, la que va naciendo, y cada uno de los dos bandos halla potentísimas razones de combate que lo conducen heroicamente al sacrificio.

Una lid por el mantenimiento de las nacionalidades autónomas contra el concepto de una asociación ecuménica del hombre en la esfera administrativa de algunos bienes suyos, y una lid entre el derecho individual al producto del trabajo y el derecho social a la protección compulsiva de los débiles, son necesariamente universales, como universal es el radio de acción de los problemas que definen. Así, pues, no todo es obscuración de la mente y locura de la voluntad en este cataclismo que asuela actualmente el mundo y trae conturbado el espíritu de los hombres en toda la vastedad del orbe.

Empero, alguien preguntará, sin duda, —¿para qué, al fin y al cabo, sirven esos valores históricos adquiridos al precio usurario de tantas devastaciones, si nunca aportan todo el bien que prometieron, si el "homo faber" produce artefactos de muerte, si el "homo sapiens" predica doctrinas de negación, si el "homo religiosus" no alcanza a redimirse, si el "homo iuridicus" ve su personalidad vilipendiada, si el "homo liberalis", alebrado ante el anarquismo, devuelve sus conquistas al Estado, y de nuevo, sumiso, se encadena; si el "homo socialis" en fin, pavorido antevé y contempla un porvenir de vida rutinaria, implacablemente monótona y estéril?

No, no: ¡No es para tánto! Lo que ocurre es que la verdad nunca cabe en los conceptos, y es ineludible continuar adecuando su mensaje a la vida. Lo que ocurre es que el margen de bondad de las ideas es muy breve, e inútil esperar que una sola nos conduzca a las cumbres del destino, Lo que ocurre es que la vida es acción y no acto, hacimiento indefinido.

Ninguna de esas aventuras del hombre fue definitivamente inane. Empequeñecidas un poco para poder engranar en el organismo de las sociedades, continúan viviendo el mensaje de su esencia. Nosotros somos lo que esas esencias son en nosotros, y lo que llamamos espíritu, nuestro espíritu, es el emblema suyo y nada más.

Sino que las ideas que ya se armonizaron y siguen funcionando normalmente, pierden su carga energética inicial y palidecen. Así, valga el caso, la idea central de la cultura eurasiá-

tica no revela hoy día el vigor que antes tuvo para conducir al hombre, para regir las normas de su religión, de su filosofía, de su moral, de su arte y de su ciencia, que es decir, de sus valores básicos, y conviene investigar si hay ya otra en perspectiva que revivifique la fe, nos devuelva la esperanza y de nuevo haga posible la dulcedumbre de la ilusión.

*

EL ARTE, ESPEJO DE SENSIBILIDAD SOCIAL.— Veamos en el arte, espejo verídico de la sociedad en que surge, la confirmación ejemplar de esta teoría y la revelación "ipso facto" de que la cultura eurasiática desfallece a ojos vistas y se extingue.

Creado sin duda por el imprescindible anhelo del hombre de hacer perdurables los sentimientos que en él producen los seres y la vida y poder así comunicar a otro esos sentimientos, presto adquirió la maravillosa virtud de aliviar el alma del artista y de recrear la del espectador, una y otra enalteciendo, hasta el arrobo a veces de lo sublime, hasta la deleitación benéfica siempre. Obra que no nos infunda el afecto que la engendró, no es obra de arte, aunque lo sea de suma maestría en el oficio y de tema bello en sí o grandioso de suyo.

Y porque alivia, recrea y enaltece el espíritu, cumple en las culturas misión tan universal e insigne que apenas puede equipararsele con las más encumbradas religiones y ser, por sí solo, galardón cenital de la existencia y refugio indefectible.

Con algo de eterno en sí, puesto que sirve a la perenne naturaleza esencial del hombre, representa asimismo la índole de la época en que nace, la entraña misma de su época, y no sólo sus modas y costumbres, como puede deducirse de las obras que nos legaron los artistas eminentes de aquellas jornadas de cultura de que traté antes. Al ciclo histórico de la personalidad corresponden obras de tanta reciedumbre e individual temperamento como las que produjeron Leonardo y Miguel Angel, Velásquez y Rembrandt, vamos al decir; como al de religiosidad pertenecen las místicas efigies de ángeles y madonas casi casi desposeídas de humanidad y de pasiones. El "homo liberalis" tenía que expresarse en el máximo individualismo romántico, como el "homo sapiens" del período filosófico reflejarse en la serenidad de Fidias y Praxiteles.

Al desvanecerse el núcleo esencial de la cultura eurasiática, como ahora se está desvaneciendo, y aún no surgir otro, el arte tenía ineluctablemente que cancelar sus mensajes anteriores y mantenerse en el caos de la transición. Durante esta mitad del siglo XX que vamos viviendo, han aparecido hasta catorce "escuelas" de expresión artística, seudo escuelas, naturalmente, de abortada iniciativa.

Los hombres de esta hora parecen no tener nada que representar en sus creaciones que "alivie, recree y enaltezca el espíritu". Como tienen la vida por amarga y sin sentido ,no interrogan la naturaleza con amor ni consultan lo bueno y noble de la especie humana, sino que una y otra deforman cuanto pueden y denigran. Como gozan del amor ocasional abundante y efímero, soso desde luego, pintan mujeres-mamarrachos. Como no tienen vida de hogar bonancible y pulcra, sus interiores no convidan a albergarse en ellos y permanecer. Como no creen en nada substantivo, sus paisajes son divagaciones de masa y perspectiva o de masa y desorden.

Son "feístas" porque todo les repugna. Falsifican y exageran en busca de originalidad. Y puesto que el espacio cede ahora al tiempo el señorío de las relaciones, trazan las escenas en simultaneidad y no en orden geométrico. Piden al subconsciente la organización creadora que su ingenio no es capaz de producir racionalmente, ignorando que en los procesos mentales no existe la simultaneidad ni la espontaneidad que ellos buscan.

Los que poseen talento superior se convierten en deportistas del color y del dibujo, o cultivan sentimientos negativos como el desprecio y el odio. Ironizan a veces con la ignorancia e ingenuidad del público, lo engañan desvergonzadamente en ocasiones, y sólo regresan a la dignidad clásica del arte eterno cuando pintan los seres queridos, madre o hija, sobre todo, a quienes nunca se atreverían a dibujar como cabras viejas y repelentes babirusas.

La novela es a menudo "feísta", asimismo, monótona también y muy amarga. La arquitectura, en grandes proporciones tributaria de la ciencia, y de ello por ella defendida, suele, sin embargo, emprestar gracia y esbeltez a estilos de otro tiempo, el gótico, digamos, y el renacimiento, o a derivados suyos, como el gentil californiano y el tudor. La música es contorsión y ruido, lasciva o gemebunda casi siempre. Murió el drama, o poco menos,

y la poesía tuvo que acogerse a los cuarteles del romanticismo antepasado o del neto impresionismo para poder subsistir decorosamente.

Mas no es culpa del artista: para ser justos debemos reconocer que él reproduce una edad de transición caótica y la amargura de una frustración personal desconcertante.

*

LA MORAL, PIEDRA DE TOQUE.—La moral es piedra de toque de las culturas efectivamente históricas, ya que la cultura es la expresión espiritual de las funciones sociales, y la moral su máxima función. Cultura que pierda el contralor de la conducta social y personal del hombre, la pagana por los tiempos de Cristo y la llamada occidental hoy día, está herida de muerte y próxima a extinguirse.

Durante la segunda jornada de la guerra mundial que acaba de ocurrir a nuestra vista, asistimos a hechos oficiales y privados, tan nefandamente criminales como nunca antes presenció el espíritu. Naciones egregias por su prodigiosa aportación a la ciencia, a la filosofía y al arte, naciones que tenían el timón de la historia en el puño habilísimo de sus genios, inventaron y llevaron a trágica culminación crímenes que no conocieron las más rudas huestes del Asia Central ni aun los torpes íncolas del Africa negra. Porque al despojo de los bienes materiales y a la privación de la vida, ya practicados por los bárbaros vencedores de todos los siglos; porque a la sevicia con que tiranos de la máxima crueldad y del sadismo vesánico a veces martirizaron al vencido, estos hijos espurios de una civilización trimilenaria añadieron el ultraje diabólico de desintegrar la dignidad íntima de la persona, de hacer añicos y guiñapos la conciencia misma del hombre, enfrentándole contra sus propios sentimientos, contra la piedad filial y fraternal, contra la amistad y el amor, contra la misericordia elemental de la vida, que aun las fieras del bosque respetan y los humildes insectos.

La exacerbación de la lucha, se dirá, e impiedad de la guerra... Ciertamente. Pero a la hora de la paz continúan los delitos atroces, se multiplican y crecen. —¿Por el bélico desbordar de los instintos, por la miseria económica y el hambre, por desequilibrios del sistema nervioso? Sin duda, también. Mas ello ocurre en países vencedores que disfrutan de la euforia tonificante del triunfo, y en países que disfrutan de las más afortunadas instituciones de orientación social y corrección personal, y aun en países que nadan en la cornucopia de todas las riquezas, en torrentes de oro y facilidades casi inverosímiles de estudio, de empleo y gozamiento honrado de la vida.

Y en naciones remotas y felices como la nuéstra. Es la ruptura de todos los frenos. Es el apogeo de la concupiscencia vulgar y el parasitismo. —¿Desnivel de vida, acaso, e injusticia social? No, seguramente: a mayores salarios, peor conducta; a mayores libertades y privilegios, más ordinariez de trato, más ultrajes y muertes, más insultos.

Y si no, —¿qué relación con la escasez de pan tiene el atraco en pandilla contra el pudor de seres bondadosos e inocentes? —¿Ni qué relación con la parquedad de los salarios el herir villanamente al transeúnte inerme?

Delitos que antes decíamos atroces, hoy se dan a torrentes y quedan impunes. Sacrilegios que ayer horripilaban la conciencia religiosa de los pueblos ahora ocurren cotidianamente, desenfadadamente, e impunemente asimismo.

El honor de la palabra, la honestidad del trabajo, el señorío del trato social, la bondad de las intenciones y apoyo mutuo, todas aquellas estructuras morales que consolidaban y dignificaban la vida mancomún, descaecieron y fueron reemplazadas por la basura arrabalera de la desfachatez y el crimen.

Y pues las instituciones políticas están ahí y las religiosas están ahí y las económicas están ahí, todas ellas más y más depuradas en su aplicación y esencia, más nobles aún y estrictamente funcionales, yo me he preguntado, y me pregunto todavía, si no es que el daño y la dolencia residen en la raíz de toda la cultura, en el propio núcleo medular de la cultura de que estuvimos justamente orgullosos ayer, ahora conturbados e inquietos?

Consideremos más este grave asunto, que otro no existe superior a él en los destinos del hombre.

*

CIENCIA Y SABIDURIA.—Se me objetará hábilmente que jamás viose progreso mayor de la ciencia ni más amplio que este a que hoy asistimos, punto menos que abrumados ya por su

FAES
Bibliot

magnitud y absortos. Y justamente añadirá algún lector desprevenido que eso también es cultura, y de las más nobles.

Este pleito existe hace muchos días, y es digno de sesuda dilucidación para mi tesis.

Yo entiendo por ciencia el conocimiento y la conducta de la naturaleza física, y entiendo por sabiduría el conocimiento y la conducta del espíritu. De ahí arranca la irrecusable distinción entre sabio y científico, pues de éstos hay que moralmente son salvajes, y de aquéllos que ignoran las cuatro operaciones de la aritmética. Cualquier mozuelo bachiller de hoy enseñaría abstrusos teoremas de física a Laocio y Gautama, a Pablo de Tarso o a Platón mismo, sin poderles desatar la sandalia de los pies, cuanto a las lucubraciones metafísicas de aquellos gigantes del espíritu.

Ahora bien, la ciencia corresponde estrictamente a lo que llamamos civilización, o civilización técnica, para circunscribirla más aún, y la sabiduría es la quinta esencia de la cultura propiamente.

De ahí que puedan subsistir con relativo aislamiento, estancarse la una y progresar la otra, cual hoy ocurren en este mundo occidental de Europa y América.

Si contemplamos la aportación filosófica del siglo XX a la sabiduría humana, no podemos menos que deplorar su flaco tributo. En mucha parte se compone de "neos": neo-tomismo, neo-kantismo, neo-hegelianismo, neo-positivismo científico, neo-misticismo angustiado y ese neo-escepticismo universal que halagadoramente llaman ahora filosofía "existencialista".

El movimiento religioso que siguió a la guerra mundial, primera y segunda, no es un "renacimiento" o re-elaboración de las magnas normas de la mística, sino el producto de la desolación sentimental de hombres buenos, sin mensaje propio, ni otra actitud que la dación de sí mismos a una fe, o sumisión desconsolada de su entendimiento. Por ningún oriente asoma y luce el orto de la locura divina, de ese frenesí sinaítico que deslumbra y cautiva las muchedumbres sedientas de eternidad.

El "nuevo hombre", y yo soy paulista acérrimo, no se ha de nutrir ni se está nutriendo, de comentarios y exégesis de la vieja escritura y el fatigado dogma, pero de aletazos caudales de genio. Milicia y jefatura hipnotizantes, espada flamígera de Miguel en las tinieblas del espíritu. A este "hijo predilecto de una divinidad bondadosa" que tan indecentemente se está conduciendo, que tan bárbara e innoblemente se está conduciendo, no se le puede tratar con alfeñique y lánguidas amonestaciones, antes, golpeándole el corazón con un turbión de rayos.

Muchas veces en el mudo claustro de mi vida interior —y aun externa— me he preguntado azoradamente si esta delicuescencia de la conducta de las nuevas generaciones y este colapso de la sabiduría no son falla nuestra y dolo nuestro, los hombres que recibimos un mundo rozagante de ilusiones, pleno de brío y bravura conceptual y lo estamos entregando alebrado y demente, torpe y caduco.

Porque si en nosotros murieron las categorías rectoras del alma, o a nuestros ojos se están muriendo, es deber nuestro, imperativo y urgente, abastionar esas normas o engendrar otras con qué dotar a la juventud y venturas generaciones. Pues si nosotros, como generación de esquina, jánica y agonal por ende, ignoramos ese deber, somos una generación frustránea, y si conociéndolo lo eludimos, entonces... somos una generación fraudulenta. Ya advierto un grito despectivo de la juventud, que clama y dice: ¿Dónde están los maestros, dónde? Pocas veces, si alguna, desde el troglodita primigenio hasta Hitler, viose en el mundo mayor orfandad, ni más absurda.

*

INDOLE CULTURAL DE LOS CONTINENTES.—Mucho he repetido, y mucho he importunado a las gentes con mi hipótesis de trabajo de que cada continente, aparte de su composición étnica y de su geografía, trae a la historia universal un mensaje cultural propio. Presumo, sin embargo, que ésta, que para mí es tesis muy firme, no ha sido aceptada aún, entre otras poderosísimas razones, por la de ser verdadera y grandemente útil, pues los hombres, yo inclusive, a la verdad escueta preferimos el esplendoroso celaje de los sueños.

Con todo, insisto en exponerla aquí reiteradamente, por haberla hallado fecunda para mis investigaciones sociales y mis filosóficas lucubraciones acerca del curso poliforme de la historia general de la especie.

Y así digo que Asia fue eminentemente religiosa, hasta el

punto de que a ella debemos cuantas grandes religiones hoy existen, y de que otra ninguna región del ecumene las produjo: es, pues, continente contemplativo, continente de la contemplación, hasta en la índole de sus epopeyas y peculiares producciones filosóficas.

Europa es el continente de la razón, con el privilegio de la filosofía sistematizada y de la ciencia. La lógica y el orden son característicamente suyos, desde Aristóteles hasta Newton y Einstein, desde Euclides hasta Bacon y Descartes.

Africa, en cuanto podemos calificarla por el conocimiento histórico de lo que fueron la Libia clásica, Cartago y Egipto, es decir, la comisa costanera que da al Mediterráneo o "Mare Nostrum", se nos revela como el continente de la pasión, conforme lo vemos en Hamílcar, Aníbal y Yugurta, en Agustín y Tertuliano, en Orígenes y Plotino, y sobre todo en Atanasio, el eficasísimo polemista de Alejandría y de Nicea.

De Australia no se puede opinar aún por estar todavía en formación, mas ello es que ya su estirpe se muestra radicalmente diferente de sus progenitores europeos, con un raro sentido "existencialista" que le hace tomar el mundo deportivamente, incluso las tragedias.

América es un continente doble, geográfica y culturalmente. El angloamericano es el continente de la acción, con su técnica, su ideología pragmática y sus religiones, la católica inclusive, de tipo ético-social.

El continente cultural iberoamericano, desde el Caribe y México hasta el Estrecho de Magallanes, es el continente de la emoción. Por eso entre nosotros predominan la poesía, la política y la oratoria, el periodismo y las manifestaciones teológico-litúrgicas de la religión, por eso mismo somos brillantes en el comienzo, veleidosos y desganados luégo; geniales en el primer año de estudio y aplazados en el último; portentosos en el primer soneto y el discurso primicial de los veinte abriles, mediocres apenas a los cuarenta años, apagados adelante y casi ignotos.

Ahora bien, y esto plantea mi discurso en un plano de filosofía de la historia: Asia rindió su mensaje y se eclipsó hace cosa de mil años; Africa dejó de actuar desde los alejandrinos y los árabes; Europa está agobiada de preocupaciones, agostada en parte y enferma; Oceanía, en general, Australia inclusive,

surgen apenas a la historia y carecen aún de ambiente universal propicio.

Queda, pues, en turno el mensaje cultural de América. Es posible que para la jornada subsiguiente se forme una cultura de tipo austral, como ya las hubo boreales, del ecuador terrestre hacia el sur, verosímil y aun visible ya en surgimiento de naciones como Argentina y Brasil, Indostán y Suráfrica, Indonesia y Australia, con sus hermanas próximas, Nueva Zelandia, sobre todo. Probable es asimismo que Asia esté llegando a nueva actividad cultural y mensaje suyo nuevo a través de Rusia, y que Europa cambie de síno y se remoce.

Mas ello es que hoy por hoy el deber cultural corresponde a América. Mi pregunta, entonces, se formula así: —¿Lograremos nosotros, americanos del Norte y americanos del Sur, crear cultura nueva, realmente histórica, o lo que vale decir, fecunda, original y firme?

*

CULTURAS ABORIGENES DE AMERICA.—Naturalmente, con ocasión de estas indagaciones sociológicas me he preguntado muy a menudo si la América ofrece algún precedente de gran cultura que confirme la opinión de que es capaz de creación tan difícil.

Y en puridad de verdad, no lo he hallado al molde de como yo lo entiendo. En general, Iberoamérica tuvo siempre, con notorias excepciones, desde luego, mal ambiente geofísico para el desarrollo de las especies animales superiores, y así, me inquietó la posibilidad de que esto repercutiera en la génesis de una cultura de magnitud universal. La pesquisa alrededor de las que hubo antes de su descubrimiento por la gente europea, no destruye totalmente esa duda, ni tampoco elimina la otra posibilidad histórica.

Porque, cierto, notables culturas aborígenes existieron con excelentes manifestaciones de ciencia y arte, y aun de gobierno, excepcionalmente. Mas yo me he atrevido a conceptuar que fueron frustráneas, por carecer de un núcleo —aquel núcleo cultural genitivo de que hablé antes— suficientemente notable para espiritualizar todo el cuerpo orgánico de ellas. En el *Popol Vuh* hallé dos conceptos magistrales, aquel de que los dioses al crear al hombre desecharon las criaturas de sus primeros ensa-

yos que no podían entrar en relación de culto con ellos, lo que es decir, que no alcanzaban la espiritualidad, y el otro, de que lo hicieron de maíz, la planta nutricia por excelencia del hombre americano aborigen, al parecer adivinando el influjo de los alimentos en las respectivas sociedades, cultura de este mismo cereal, o del trigo, del arroz, de la yuca, del arenque, etc., y su importancia para el desarrollo de las facultades físicas y psíquicas del hombre.

En Teotihuacán advierte úno la prodigiosa espiritualización del espacio —arquitectura espacial— que esas ruinas presuponen, que, pues, por cualquier lado que se las mire ofrecen armonioso conjunto, sin anverso ni reverso, sin colateralidad inútil ni adjetivo arquitectónico, armonía espacial "in situ", con la llanura y próximas colinas, y armonía, a la vez, de las pirámides, con las alturas remotas de la cordillera. Espiritualización que asimismo se descubre en múltiples estatuas de animales y de hombres, mayas, aztecas y toltecas, en cuanto nos transmiten vigorosamente algún mensaje conceptual o estético.

Espiritualidad de su arquitectura barroca, tolteca y maya, en primer término, que decora para deleite de una sensibilidad ya despierta y ágil, pero más que todo, espiritualidad sobreexcelente en la poesía delicada y sutil de Netzahualcoyotl, cuando canta a la dulce madre tierra que bondadosamente recibe y "oculta" las tragedias de la vida, y cuando a esa propia vida describe como guirnalda de joyas y de flores que va pasando de generación a generación, con dulcedumbre americana, que presta su símil a la flor y no a la luz, como lo hizo el griego.

El Incario, a diferencia del Mayab, se constituye en imperio y no meramente en Estados-urbes; organiza su nación con estructuras funcionales eficientes y reparte su economía con sentido social, centurias antes que apareciese en el mundo el socialismo europeo. Quizás, adquiere en Pacha Cámac un punto más alto de espiritualización, si admitimos que trasciende en simplicidad y universalidad a Viracocha.

En la cultura chibcha he hallado, Nemequene, v. gr., un sentido jurídico de sorprendente altitud moral y hábil política.

Empero, el concepto que el hombre tuvo de sí mismo en esas culturas aborígenes es pobre: fue gregario tribual, social y políticamente, y en religión sujeto a fuerzas recónditas de una naturaleza oscura, que consideraba posible propiciar mágicamente. Es, pues, un hombre en doble cadena aherrojado, que no podía —y no pudo— señorear intelectualmente el cosmos.

En consecuencia, culturas frustráneas, que desprovistas, además, de la rueda, los metales duros y los animales domésticos, estaban terriblemente limitadas para organizar la técnica. Milagro suyo el que descubrieran la escritura y el cero, leyes astronómicas y elementos botánicos de inmediata y grandiosa utilidad. Pero, difícilmente hubieran pasado de ahí y edificado cultura armónica: entre la religión tolteca y su poesía, aducidas como ejemplo, existen veinte mil años de desnivel, lo que va del poleolítico europeo al canto juvenil de Lorenzo de Médicis.

—¿Entonces?

*

AMBIENTE CULTURAL DE AMERICA.—El nuevo Mundo de 1942 no es ahora el nuéstro: Cordilleras y llanuras, ríos y bosques, flora y fauna, el hombre mismo, modificados fueron, y son ya diferentes. Segunda alteración climática a mi ver, porque otra hubo de grandes consecuencias biológicas sin duda, allá por el período cuaternario.

El mensaje cultural de América será distinto y diverso del mensaje cultural de sus culturas aborígenes. Distinto y diverso también al norte y al sur, continente cultural anglosajón y continente cultural iberoamericano, hablando en términos de historia contemporánea y de sociología.

Aunque yo no creo mucho en la unidad nacional de Estados Unidos, por cuanto en él, como Estado y como país, conviven tres naciones de varia índole que a mi juicio carecen de un común denominador cultural, a saber: La criolla estadounidense, producto de la inmigración blanca de estirpe europea con vigoroso aglutinante inglés, místicamente nacionalista ahora, pero inteligentemente comprensiva de la solidaridad ecuménica del hombre, muy cristiana y generosa, con generosidad caritativa excepcional en la historia de otros pueblos, moralmente culta y habilísima en toda técnica y ciencia experimental. De voluntad enérgica, organizada y precisa, ingenua en muchos órdenes de la sensibilidad social y los afectos, constituye el núcleo básico de esa cultura en cierne. La nación negra, numéricamente menor, pero

en más rápido crecimiento demográfico, exuberante en lo formal y en lo substancial pueril, vive en presente de indicativo, biológicamente apenas, sin mensaje histórico perceptible aún. Agobiada en espíritu y concupiscente a pesar de su anhelo de nivelarse con el hombre blanco en los cuadros externos de la civilización que la rodea y de darse, en ciertos grupos más avanzados, ciertas normas, también, de cultura superior, carece de destino en ese ambiente. La nación hebrea, en fin, de rápido crecimiento asimismo, aunque poco numerosa todavía en comparación con las anteriores, es abundante en el dominio de algunas actividades culturales y económicas, hasta ejercer en ellas hegemonía poderosa e indiscutible jefatura. De prodigiosa sensibilidad artística, inteligente en sumo grado, adolece de un resentimiento social e histórico que le inspira su afamada codicia, su moral de grupo, su cosmopolitismo de raíz apátrida, dondequiera que esté, y una capacidad de supervivencia tal que constituye simpático tema sociológico de estudio, inclusive por sus genes caracteriológicos y aun fisonómicos, que tenazmente perduran a través de innumerables generaciones y mezclas. Su gente es mesiánica o banquera, según el capital de que disponga, y con sutil instinto asiático se pliega a las circunstancias en que vive hasta lograr dominarlas, casarse con ellas, gobernar y vencer. Históricamente es grande, y sigue siendo útil.

Esto no obstante, hoy por hoy el pueblo estadounidense posee una índole específica que nos permite escrutar su probable misión en la génesis de la naciente cultura americana. Es pueblo eminentemente documental y analítico, hábil en el conocimiento de las estructuras, por ende, estructuras de acción y movimiento sobre todo, que hace progresar toda ciencia empírica y toda técnica que solicite su interés o encienda su orgullo. No gusta de la contemplación mística ni de andar por los laberintos de lo abstruso, por lo que carezca de sentido inmediato y sociales aplicaciones. Porque eso es él, ente vital y moral: social por excelencia.

A este dón de análisis opone el iberoamericano su sensibilidad universalista, dilettante aún, mas ya fecunda, y su promisoria virtud de síntesis. De aquestas dos fuentes le viene su devoción por las teorías más exóticas, por el discurrir filosófico y la elación estética, por lo florido e inútil.

Análisis al norte y síntesis al sur, constituyen especiosa y eficientísima polaridad, polaridad ineludible, para la fecundación y el alumbramiento de esta cultura de América que aquí voy rastreando mentalmente en sus premisas y preludios.

La porción norteamericana está lista para ello, y es hábil: ahora conviene que investiguemos, siquiera sea en mientes, la capacidad de nuestras naciones del grupo iberoamericano para esta magna empresa espiritual y su próximo advenimiento.

*

CONTINENTE CULTURAL IBEROAMERICANO.—Con grandes divergencias de composición racial y de ambiente geofísico, las naciones americanas de estirpe fundamental ibérica poseen, sin embargo, caracteres comunes que históricamente las definen y vinculan. Unidas espiritualmente lograrán producir cultura propia, lo que es decir, aportar al mundo una interpretación "sui géneris" del ser y la existencia, del hombre y su destino.

Por magnitud, posición y tradición histórica correspondía a México ser el alférez real de este arduo movimiento, y él lo sabe. Mas ello es que ha cometido insolubles errores en la conducta de su hijuela espiritual, y ha padecído, otrosí, golpes foráneos tremendos que le han colocado a la defensiva y en grave incertidumbre. Tiene, además, problemas íntimos de orden étnico que le cohiben mucho, y una vecindad colindante que le mantiene desorientado en sus tareas, que en vez de estimular su egregia misión, le impone, como todo adversario nos impone, la imitación de las cualidades negativas, insularidad en los afectos, amor al lucro, rencor etc. A pesar de tales escollos que incidentalmente le desvirtúan y minoran el espíritu, es éste tan grande de suyo y tan buen catador de su propia entidad histórica, que muy presto le veremos regalarnos con valientes creaciones, o, para mejor decirlo, confirmarnos en la fe de las que hoy lleva adelante, a su manera y gusto. Porque sobra decir que tan populosa nación y culta gente no se circunscribe ni se reduce al admirable circuito de sus tradiciones aborígenes: Grupos de letrados tiene de grande erudición y bien disciplinada sapiencia que honran la cultura continental, y escuelas universitarias, como las que presiden Alfonso Reyes, José Gaos, José Vasconcelos y otros profesores de acaudalado pensamiento, que emprenden estudios ame-

ricanistas de filosofía, estupendos en su actual alcance y ya promisorios de más amplias proyecciones futuras.

En el polo austral del continente suramericano, Argentina prospera audacísima campaña de civilización y de cultura. En feliz posesión de ingentes recursos y racialmente bien dotada, orgullosa de sí y sabedora de lo que debe hacer, blanca fortuna le asiste.

Potente asimismo, poblado e inmenso, culto y hábil, el Brasil está asociando en unidad distinta las varias estirpe de su composición nacional, con tan sapiente visión y tan puro sentimiento democrático, que hará hombre nuevo en América, normativo y prestante. Con vocación idealista y suave modo, hijo predilecto de la heroica gente lusitana y la espiritualidad latina, seguro en su inmensidad y sus riquezas, hará en el sur, con otra marca intelectual y otra signatura histórica, conjugación humana y nacional conjunto, equiparable a la postre al de Estados Unidos, y tal vez, tal vez, más firme.

Países menores en población y amplitud territorial han demostrado poseer privilegiadas dotes culturales en todo el decurso de la historia de América, el período colonial inclusive. Un repaso de nombres es peligroso en cuanto puede suscitar resentimientos de nacionalismo lugareño o ser ocasionado a olvidos graves y a error. Como ejemplo pudiera aducir los de Chile, de Uruguay y Cuba, a uno y otro polo del continente cultural iberoamericano, que tan eximios hombres han producido en el corto plazo de su existencia histórica, y recordar otros de menor población aún, Venezuela, digamos, Ecuador, Puerto Rico, Nicaragua... agraciados con donativo de verdaderos próceres de las letras, a la linde casi del genio algunos.

No arguye esto contradicción con mi teoría, expuesta en otros estudios, de los espacios culturales, de los grandes espacios que la cultura requiere —geográficos, demográficos, económicos, políticos, lingüísticos etc.— para adquirir robustez y perduración de alcance ecuménico, pues el ámbito de nuestras obras culturales en el continente iberoamericano es hoy de más de veinte millones de kilómetros cuadrados, y muy pronto será de quinientos millones de habitantes, uno de los mayores imperios espirituales posibles en el mundo.

Esta conjunción de repúblicas iberoamericanas, hazmerreír

ayer de la engreída Europa, refugio hogaño de las mejores esperanzas de la especie, recuerda esa otra del ciclo heleno, que de urbe en urbe, diminutas al parecer en sí, constituyeron la vasta sociedad de la cultura griega del Mediterráneo, de eterno lustre; o la de esas fecundas metrópolis italianas del Renacimiento, que con el instrumento continental del latín modelaron hombres de grandor universal también.

Mas no se crea por ello que fruto tan codiciable y noble se nos va a dar espontáneamente, con sólo dejarnos ir a la "deriva" en el río-océano de la historia humana: muchas virtudes tendremos que acrisolar y que corregir muchos defectos antes de obtener este soñado triunfo. Veamos entre casa unas y otros, señor lector, en Colombia quiero decir, para que nadie nos recuse justamente de parcialidad o presuntuoso atrevimiento.

EL DEBER DE COLOMBIA.—Del Estrecho de Behring al Cabo de Hornos, este Hemisferio Occidental, como los yanquis, no muy correctamente sin duda, llaman a nuestras dos Américas, todas las escuelas filosóficas del mundo tienen partidarios más o menos abundantes y conscientes de su prestada ideología. Cuatro son, sin embargo, las grandes corrientes del pensamiento universal que en él reciben asentimiento mayor y difusión más amplia: El neotomismo de tradición católica, con todos sus riachuelos confluentes de expositores y exegetas, antiguos y modernos, que por centenares lo enseñan y, a veces, lo modifican un poco; los seguidores de la filosofía alemana, principalmente los que por uno u otro cauce derivan de Heidegger, de Dilthey y de Husserl, de mucho valimiento en el ambiente universitario y entre los más destacados publicistas de este asunto; los especuladores místicos de vario origen, hindú sobre todo, desde los eruditos, a la manera de Aldoux Huxley, y los categóricos de la línea kierkegaardeana de Unamuno, hasta los prosélitos de la teosofía popular; los positivistas en fin, seguidores de la ciencia, o de la "ultra ciencia", que sólo admiten lo que ella es o lo que de ella estrictamente emana, desde el idealista Eddington hasta los materialistas inflexibles del marxismo común.

Colombia navega, y naufraga también, en este maremagno filosófico, como los demás países de América.

Ese es el hecho. Pero el porvenir cultural del Nuevo Mundo exige de nosotros otra actitud ideológica y nos impone nuevas

rutas, si es que queremos, como debemos querer, aportar algo espiritualmente valioso a la historia universal y a la dignidad del hombre. No por prurito de novedades e ingenuo orgullo de "ser algo" a trompicones, sino porque todas esas enunciadas ideologías se han mostrado ineficaces para tranquilizar la angustiada sociedad en que vivimos y conducirla sabiamente.

En el reparto de esta augusta y difícil labor cultural, corresponde a Colombia puesto eminentísimo. Otros pueblos de América podrían con sus grandes capacidades capitanear dicha obra, y, desde luego, nos ganarán de mano en muchas creaciones de esa índole, pero Colombia está obligada a definir el rumbo, a definir algún rumbo de ensayo a lo menos, mientras el verdadero surge, con esa espontaneidad e "imprevisibilidad" con que estas cosas espirituales suelen amanecer en el mundo un día.

El caso concreto es así y así ocurre: Algunas naciones nuestras, de poderosa vocación intelectual, como México y el Perú, están ahora primordialmente atraídas por el estudio de las culturas aborígenes que de manera indeclinable enaltecen lo pasado en la historia de su vida y justamente acrecen su orgullo, hasta el punto de que aun se advierte en ellas el deseo de fundamentar la organización de su cultura propia en preciadas y revaluadas reliquias de esos tiempos, de orden social y artístico sobre todo.

Otras naciones, Argentina, v. gr., anhelan continuar lo europeo en nuestro mundo americano, y con mucha diligencia y grandes virtudes de observación, de asimilación y de talento, llevan adelante esta generosa e ímproba tarea.

Algunas más, viven hoy horas difíciles en su organización política interior o en sus problemas económicos, que les coartan temporalmente la voluntad para dedicarse a este grave asunto.

Leves obstáculos de idioma producen cierta insularidad en otros pueblos, que por distinta razón y otro aspecto, el Brasil, digamos, tienen ganada jerarquía.

Todos estos hechos debemos acatar y esperar con discreción que maduren colateralmente en sí y nos den el producto de su evolución, que puede ser eximia, para doctrinarnos con ella o asimilarla al común haber de nuestra experiencia frontal diferente.

Colombia, en cambio, situada en el centro del continente cultural iberoamericano y en el riñón de su idioma, con unidad definitiva de instituciones y estirpe, representa el criollismo pecu-

liar de América, y debe, en tanto y por lo tanto, asumir las obligaciones morales que esos hechos irrecusables le imponen.

¿Podrá hacerlo?

LA CAPACIDAD CULTURAL DE COLOMBIA.—Durante cinco años, de 1821 a 1826 exactamente, nuestra nación, en su Estado más perfecto de Gran Colombia, inició en el Continente Cultural Iberoamericano noble ciclo de cultura propia, que frustraron algunos de los caudillos de la Guerra Magna con su alocada ambición y torpe entendimiento del destino parcial de las regiones entonces componentes de la república. ¡Dios y la Historia se lo demandan hoy!

Los hechos son así: Al origen de toda cultura nacional valedera, como emblema suyo o albor ideal de investidura, surge siempre alguna epopeya de magnos lineamientos. Tal así en Grecia e India, tal en la época carolingia de Europa o en la modernísima de Napoleón. Colombia la tuvo: en su gesta emancipadora, de amplitud continental, Bolívar y sus grandes generales nada tienen que envidiar en prestancia y gloria a los héroes de Homero, ni a los doce pares de Francia, ni a los más ilustres mariscales del genial Corso. La rudeza del batallar fue mayor y más difícil, menores los recursos y más dilatado el buen éxito. Superior a don Roldán fue Páez, sin duda, y sobre Oliveros estuvo siempre Sucre. Córdoba en sus mejores días vale más que Aquiles... bello, además como el legendario Lohengrin. Santander fue el Néstor de la democracia continental y el Ptolomeo Filadelfo de un pueblo civilista. Bolívar señorea su siglo y sigue siendo el timonel de luminosos rumbos.

También la poesía suele aparecer en la primera alborada de los pueblos y lustrar su cuna con la ensoñación y la elación del canto, y yo no sé de otra con estro mayor y más cuajada dulcedumbre que la de Bello eglógica o la épica de Olmedo. Ni sé cómo pudo ser aquello a esa hora de nuestro Nuevo Mundo y pueblos infantiles, aquello tan sazonado y noble.

El derecho tiene asimismo sus primicias en ese momento inicial de las culturas, y el derecho internacional de América, vigoroso ahora y ya universalmente normativo, dio sus primeros pasos en mentes colombianas de entonces.

La misma ciencia, fruto el más tardío de las culturas superiores, abotonó rozagante en los discípulos de la Expedición Bri-

tánica, en la creación santandereana de nuestra universidad y colegios mayores provinciales, en el grupo académico inicial y en el estímulo general de muchas artes.

Mas fue la democracia, la democracia naciente de este mundo iberoamericano, con su libertad civil y su equidad jurídica, la cumbre y el faro de aquella cultura en cierne, y esa democracia halló en Colombia su sede pontificia y en Santander el mantenedor suyo, ejemplar e impertérrito, hasta el límite heroico de quedarse solitario con ella en todo el Continente.

La Gran Colombia, con más de tres millones de kilómetros cuadrados de extensión territorial, el dominio de dos océanos y ríos caudalosos, con productos minerales y vegetales de primera utilidad en la idustria del hombre, hubiera continuado ascendiendo en su evolución histórica y hubiese sido hoy rectora de pueblos en la esfera sin manchas del espíritu.

Perdió aquella oportunidad excelsa y luego estuvo al borde de todos los abismos, de que la salvó su entrañado amor por la ley y las normas eminentes del ideal. Ahora la invita de nuevo la fortuna a ser grande en el sendero de su historia y el marco de su índole, y me estremezco de pensar que otra vez se quede dormida en la ribera oceánica de este viaje del espíritu.

Porque en tareas de esta laya no es discreto medir la potencia presente y los actuales recursos, sino embriagarse de fe y lanzarse al vuelo. Con otras ocasiones lo he dicho, y en ésta, más urgente, lo quiero repetir: el yo es funcional, es del tamaño de la función que asume. La responsabilidad lo magnifica y robustece. Cuando Colombia tuvo la responsabilidad de la emancipación continental de América, fue genitora de cultura y magnos hechos: ¿Por qué no en este otro instante decisivo?

*

COLOMBIA, NACION JURIDICA.—De estos bienes culturales comentados en párrafos anteriores, nos quedó uno tan de primera calidad que nos distingue honrosamente en el panorama político de América y nos hace felices en el ejercicio interno de nuestras instituciones: nuestra vocación jurídica.

Sociólogos de otras tierras me han preguntado frecuentemente en qué consiste la génesis de esta nuestra preciada índole republicana, si los elementos terrígenos, raciales e históricos que

constituyen y enmarcan nuestro pueblo no difieren específicamente de otros muchos de América, y yo les he contestado que esa causa no es una sino conjunto armonizado en el tiempo de múltiples causas de vario origen.

Ello es que la gente chibcha ya era un poco inclinada a la juridicidad, en cuanto de tal pueden calificarse sus métodos de gobierno y políticas costumbres en aquel imperio naciente. La relación entre la autoridad central y los feudatarios de provincia, Ubaque, Guatavita, Ubaté etc., no fue de despotismo militar ni de personal capricho del monarca, antes ponderadamente sujeta a normas de severa equidad y de orden.

Los conquistadores de nuestro suelo, Jiménez de Quesada, Rodrigo de Bastidas, Vasco Núñez de Balboa, Pedro Fernández de Lugo, Francisco César, Jorge Robledo, Gaspar de Rodas etc., y aun sus capitanes e inmediatos tenientes, cronistas inclusive y hasta soldados, como Juan de Castellanos, Cieza de León, Lázaro Fonte... fueron hombres de conducta ejemplar, ilustrados y pulcros: el mismo Belalcázar, excepción hecha de su trágico error de la Loma de Pozo, fue varón cívico, el más insigne fundador de ciudades que hubo entonces; los primeros jerarcas de la iglesia colombiana, los capellanes y misioneros de esa edad y la siguiente, a estilo de Fray Bartolomé de las Casas, Fray Juan de los Barrios, Fray Cristóbal de Torres, San Pedro Claver, San Luis Beltrán, Hernando Arias de Ugarte, Lucas Fernández de Piedrahita... eximios todos y aun heroicamente santos; y los gobernantes de la Colonia, principiando por el decano suyo, Andrés Venero de Leiva, el de la edad de oro, como de él se dice, y siguiendo con los virreyes del siglo XVIII, un José Solís, un Manuel Gurior, un Caballero y Góngora, fueron gente ilustre que dejó huella historiable, sociable por ende, de cultura espiritual y loable comportamiento: a muchos de ellos, con el sabio Mutis a la cabeza, tengo por modeladores de la patria, y, en algún sentido moral, proto-próceres suyos.

A los hacedores de nuestra emancipación corresponde en este asunto el puesto más alto por la calidad, la continuidad y resonancia de sus hechos y dichos. Hombres de la alcurnia moral e intelectual de Camilo Torres y José Félix de Restrepo, de Antonio Nariño y Francisco José de Caldas, de Francisco de Paula Santander y... tantos otros, no se dan aína y a montones en

un país pequeño que apenas salía entonces de la penumbra colonial y la asfixia económica.

A ellos siguió gentil pléyade de gobernantes civiles que durante un siglo consolidaron la tradición de una moral administrativa incólume, por tal modo que yo suelo hacer una distinción capital entre nuestras instituciones escritas y nuestras instituciones vivientes: porque siendo aquéllas, como en todo el Nuevo Mundo, de régimen presidencial, al Presidente de la República corresponde de hecho la máxima potestad jurídica; pero Colombia no sólo es eso, potestad jurídica, sino también, y principalmente, fundamentalmente, una majestad moral, una investidura de majestad, tan arraigada en el corazón del pueblo que si un presidente delinquiera entre nosotros por dolo contra la honestidad pecuniaria, por ejemplo, la nación no saldría a barricadas en la calle... la nación se sentaría a llorar de vergüenza.

Y así, en consecuencia, del abuso: nuestros presidentes mandan y gobiernan, son lo primero en la sociedad y en el poder, son lo primero en el palacio y en la calle pública, en la tribuna del senado y en el suburbio, pero a condición de no abusar nunca, nunca, de esa preeminencia, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra.

Es nación de equilibrio, también: funciona con la más equipotente polaridad de oriente a occidente, por línea divisoria que va de Ríohacha en el Caribe a Ipiales, en el sur, con predominio de mezcla indígena de un lado, introspectiva y recóndita, y mezcla mulata del otro, económica y pragmática, extravertida y más alegre. Disposición cultural y vocación técnica; civilización y cultura: equilibrio... Los defectos y virtudes de uno y otro lado se compensan, se afinan y corrigen, hasta el punto de que los gobernantes nacionales turnan por orden de tiempo y para mantener el estímulo regional y el orden.

El mismo territorio se compone de altas cordilleras y llanuras tropicales, de clima alterno.

Todo esto constituye apreciable y aprovechable terreno para una empresa cultural de grande envergadura, pero está muy lejos de engendrarla por su mera virtud de presencia, ni hemos consultado aún en este análisis los defectos que pueden dificultarla reciamente.

NUESTRO PATRIMONIO ESPIRITUAL.—Todo lo que he dicho de Colombia, nación jurídica, potencia moral, democracia, núcleo armónico del criollismo iberoamericano, se resume en la sola frase de que somos un país histórico: venimos de "una" historia, y vamos a "la" historia.

En la plática social callejera y en publicaciones frecuentes de crítica partidaria de oposición nos tratamos unos a otros con acerbo juicio y alocadamente nos negamos nuestras propias virtudes. Ello conviene a veces, como admonición negativa y positivo freno, que pues hasta la murmuración, en tal sentido, resulta útil. Pero... el hecho es muy otro: Colombia tiene actualmente un grupo de estadistas que honrarían a cualquier país de América. En meses anteriores algunos miembros del partido liberal doctrinario solíamos reunirnos en ágape amistoso a discutir nuestros deberes en el curso general contemporáneo de los acontecimientos públicos, ex-presidentes de la república, ex-ministros del despacho ejecutivo, periodistas, etc., y yo les vi y les oí tratar de los grandes negocios de la patria con tal cordura y peritas opiniones que me sentía orgulloso de mi gente y me decía en silencio: hasta diez de estos hombres pudieran ocupar el solio presidencial de Colombia con eficacia indiscutible y decoro moral supremo. Cualquiera de ellos, y de otros muchos que de ese partido y de los demás partidos históricos del país no estaban allí presentes, enorgullecería a un pueblo culto en la primera magistratura política nacional. A estos de esas reuniones les oí discutir con tan encumbrada actitud de nobleza y tan disciplinado pensamiento que aun venciéndome ellos muchas veces en el juego múltiple de las discusiones, a pesar de mi vanidad íntima me regocijaba de ello y los admiraba en alta voz o entre mí mudamente.

Pero esto no ocurre con frecuencia. Reuniones de esa índole son raras en nuestras costumbres sociales, y en contrario, casi todos pretendemos vivir nuestra vida en el sabroso aislamiento del estudio insular y repuesto claustro del espíritu.

Tal acontece asimismo en la esfera mayor de la cultura, en la tarea filosófica, por ejemplo. Yo sé de muchos humanistas insignes y de jóvenes aplicados a dicha investigación que consumen su inquietud espiritual y dejan perder sus mejores hallazgos por este prurito colombiano de andar solos, olvidando sin duda, que ignorarlo ellos no es posible, el prodigioso estímulo que la

comunicación social aporta a las ideas, cuánto las afina siempre y cómo las hace surgir en ocasiones. Culturas enteras, y de las más valiosas en el mundo, la griega y la francesa, v. gr., se construyeron platicando día a día sus hombres ilustres y discutiendo con brío todas sus grandes preocupaciones, en academias y banquetes, en el hogar mismo y aun en la plaza pública.

Es algo característico de los pueblos iberoamericanos. Recorriendo varias veces sus países de norte a sur, he hallado en todas partes varones de gran cultura que vegetan solitariamente en cualquier suburbio de ciudades tumultuosas o de villorrios humildes, malbaratando sus mejores días en la necedad de eso que llaman torre de marfil y sabio silencio.

La cultura es social y en sociedad florece y vive.

Debemos fundar en cada uno de nuestros países iberoamericanos grupos de asociación cultural, centros de plática, no de casino o club, ni de academia regimentada y reglamentada, sino de acceso amistoso y fácil, para conocernos mejor y ayudarnos un poco mutuamente; y estos grupos vincularlos de nación a nación, porque así el viajero intelectual encuentre en todas partes un hogar de su espíritu. Las bibliotecas nacionales debieran establecer estos núcleos de asociación intelectual, internacional e interna, dotándolos de ambiente informal y atractivo, una mesa de revistas, una poltrona, una taza de té y un cigarrillo bastan. ¡Ah! y un jefe de casa, discreto y oportuno, que sepa dirigir la escena, hacerla agradable y útil.

Yo sé que una gran cultura no se hace como vestido de confección o artefacto industrial. E igualmente conozco que muchos países iberoamericanos nos ganan en recursos culturales y nos pueden superar en la elaboración de esa cultura propia. Mas sé asimismo que es la hora de iniciar algo digno de esta responsabilidad de existir como naciones independientes en un mundo agobiado de estrechez y pesadumbres, y que alguien debe iniciarlo y decirlo. Hagamos un imperio cultural iberoamericano de base afectiva, y que en él guíe luégo el que más noblemente pueda, pero hagámoslo hoy cuando la historia lo facilita y lo requiere. Un día Herder y Fichte lo soñaron para su nación alemana, lo enseñaron y dijeron bravamente, y ello fue con gloria y triunfos.

DERROTERO POSIBLE.—Con un sentimiento de servidumbre ideológica multisecular, muchos de nosotros se aterran de que nos lancemos al pensamiento propio iberoamericano en achaques de filosofía y cultura mayor, sin parar mientes en las, por lo común, flaquezas y necedades con que nos "ilustran" otros continentes, ni del eclipse sangriento y el colapso moral que ha tenido en Europa la cultura en que nacimos.

Y argüirán algunos seguramente que admitida la emotividad como fundamento del carácter iberoamericano, poco estable podemos esperar de nuestra gente y sí la versatilidad y el desorden. Con todo, la emoción bien administrada es recurso de primera magnitud en toda empresa de grande aliento, en la inspiración, naturalmente, en el ímpetu que luego mueve a decisión la voluntad, y en la elación, en fin, que idealiza y robustece nuestra idea o nuestro anhelo. Sin emoción la vida y el mundo carecerían de interés, sin emoción la memoria quedaría inerte, inactiva o débil la inteligencia y la voluntad inmóvil. Lo grave es que la emoción tiende a darse en un momento toda, en gastarse con fulgor de instantaneidad y peligroso agotamiento consecutivo, buena para el ataque subitáneo y la defensa urgente, no para el lento batallar de las grandes creaciones del espíritu. Mas esta falla suya puede corregirse con la disciplina, cual ocurre en la milicia técnica y el deporte, cual ocurre en la sujeción voluntaria de ciertas congregaciones religiosas.

Y es muy verosímil que la emoción entre para mucho en ese fulgurante abarcar de varios remotos conceptos con que se producen la generalización suya que los amplía y la síntesis que los armoniza en nueva unidad, con magnificado vigor, más perdurable en sí y más fecundo.

Lo verdaderamente inquietante en esta gigantísima jornada es el primer paso, que es, y sólo puede ser, hallar otro núcleo cultural que reemplace al que preside la evolución de la cultura eurasiática.

En la proposición: 'El hombre es la criatura predilecta de la Divinidad", hay que definir dos sujetos, dios y hombre. Ahora bien, hasta donde ha llegado el pensamiento humano en sus visiones inmediatas y sus lucubraciones, sólo posee con indiscutible certidumbre esta verdad solitaria y suprema: 'El hombre es "una" conciencia del Cosmos", y como otra conciencia no se

ve en el mundo con esta evidencia indiscutible, podemos deducir, esta vez relativamente, que "el hombre es para el hombre actual "la" conciencia del Cosmos".

La primera definición deja abiertas las ventanas al juicio de que es una conciencia inmanente o derivada, única en sí o participante de otra en misión adjetiva o en esencia. Y así, pues, hay que compulsar esa definición con la definición de divinidad.

Ahora bien, Dios es lo que creemos que es, pero puede ser lo que creemos que no es, y más aún, lo que ignoramos que es: Consciencia o inconsciencia, providencia o fatalidad, bondad o indeferencia, justicia o silencio, actividad o quietud, criatura o creador... o puede ser, sin dilema ninguno, unas y otras cosas, y todas juntas, conocidas y desconocidas, es decir, y esta es mi opinión, Posibilidad Absoluta.

Dentro de esa posibilidad absoluta "la conciencia del cosmos", sería una dirección posible, una posibilidad mentalmente aislada por nosotros para poderla entender con la limitación de nuestras actuales capacidades cognoscitivas.

Esto nos coloca en otro mundo conceptual y en el núcleo de otra cultura posible. El núcleo precedente, "criatura predilecta de Dios", de fecundidad extraordinaria en sus albores, cargado de ternura religiosa y de esperanza, de piedad filial para con Dios y de infinita confianza en él, no ha resistido la dura prueba de los conflictos morales que angustian al hombre ni el turbión de catástrofes que ahora lo afligen y enloquecen. Este otro núcleo conceptual constituye un paso adelante en la serie de jornadas históricas de la cultura ecuménica, como atrás lo expuse, y una actitud genuina en la índole de América, que consolidó en el hombre la personalidad autónoma en sí y la democracia armonizadora en el conjunto social y estatal de esa individual autonomía.

Veamos algunas consecuencias que de ello se desprenden.

*

CONDUCTA SOCIAL.—Sorprende la frecuencia con que la necedad dirige el destino de los hombres. Yo no conozco profesión menos lucrativa, ni más arriesgada y torpe que la del ratero y ladrón: de lo que difícilmente hurta a su incierto cliente el

prójimo, apenas si aprovecha el diez por ciento, ya que su ciriri de cabecera, el "reducidor", reductor o intermediario de ventas, se lleva casi toda la utilidad del latrocinio, con tal infortunio para el delincuente y sus víctimas, que para aquél poder subsistir mediocremente tiene que robar diez veces lo que necesita o ambiciona. Fuera de esto, debe de ser muy desagradable despertar úno todas las mañanas con el convencimiento irrebatible de que su esposa y sus hijos, la sociedad y su propio espíritu, éste sobre todo, lo desprecian y conceptúan parásito indigno de convivir con ellos en la grata comunidad de la familia honesta, de la sociedad y la república.

Se necesita, pues, ser muy lerdo y atontado, muy bobálico, como diría el simpático vagabundo Torres Villarroel, para dejar el sabroso vivir de la honradez y darse al asendereado de la trampería y el abuso. No hay tal que el ratero sea ingenioso y listo, es apenas malicioso y aventurero, ratoncillesco y humilde. Porque se requiere humildad extrema y aleve cobardía para sólo aspirar a vivir como parásito y adjetivo de otro sér humano. Es la confesión vergonzante y paladina de ser inútil para ganarse puesto decoroso entre los suyos.

Conceptúo, sin embargo, que la culpa de ello, en mucha parte, es nuestra, es de los que alardeamos de servir a la sociedad y conocerla un poco, pues no veo por ningún camino que a estos infelices perturbados de la voluntad y de la mente se las iluminemos con enseñanza adecuada a su poquedad natural y adquirida depravación, y el asunto va así creciendo en proporciones calamitosas, hasta el punto de estorbar el trabajo de la gente honrada, empobrecer la comunidad y deshonrar la nación terriblemente.

Cuestión económica y patología normal de las sociedades, dirán muchos. Mas ello es que día a día mejoran las condiciones culturales y sociales de nuestro pueblo, sin que mejore su conducta, antes con visible aumento de la delincuencia en todos órdenes, en el de sangre, por ejemplo, y en los atentados contra el pudor, en forma cada vez más agresiva y cobarde, como dije en otro estudio. Indudablemente se percibe que los frenos morales se han relajado, que esta llamada cultura de occidente nos está defraudando en su rumbo social también, el más importante de la vida común. Los juristas y sociólogos del derecho penal

hablan de reformas, deducen consecuencias de la patología individual, familiar y social en favor de enmendar educando y disminuyendo los castigos. Ello es exacto en principio, desolador, infortunadamente, en los resultados: con ingentes gastos, abrumadores a veces, algunos países, mediante abundantísimas instituciones carcelarias, de vigilancia y tutoría, achican un poco la marea creciente y aun se enorgullecen de benéficas curaciones parciales. Sino que el ciclón general sigue creciendo. Y entre nosotros, con esas instituciones caóticas aún y gravemente pobres, esto de proteger al delincuente va parando en proteger la delincuencia, y en pavor, ya casi irremisible, de los ciudadanos pulcros y el gobierno.

Hacerle comprender a un delincuente obtuso, "mentalmente débil" u oligofrénico, como se dice en el léxico científico, y lo son casi todos, hacerle comprender, repito, que el hombre, en cuanto conciencia del cosmos posee una dignidad gigantesca, que es ineludible respetar y enaltecer constantemente; que su conducta, en tanto, radica, en primer término, en el propio espíritu, con sagrada inmanencia, y no en mandamiento foráneo alguno; hacerle entender que el hombre es uno, en sociedad y en especie, y en consecuencia, que el que a otro daña a sí mismo se daña y disminuye, no es tarea fácil, ciertamente. Empero, no debemos olvidar la prodigiosa enseñanza de los países totalitarios que nos reveló cuánto y cómo la propaganda tenaz e inteligente modifica la conducta de los pueblos y hasta su índole.

Emprendamos esa propaganda en Colombia: enseñémosle a nuestra gente que ser colombiano es ser honesto y culto, honesto de conducta y culto de trato, que ser colombiano es una categoría de dignidad. Que el periódico, la radio, el cinematógrafo, la escuela, la policía, el cuartel y aun el gobierno en sus alocuciones y demás discursos oficiales, el hogar, en fin, y el templo, por obligación ineludible, lo repitan diariamente, incansablemente, fervorosamente.

Ser colombiano es ser honesto y culto, y de contera, perdonar las primeras infracciones, si se quiere, en cuanto no revelen consumada perfidia, y admitir fianzas, y exigir testimonios más o menos difíciles, y conceder libertad condicional, y enseñarles trabajo a los delincuentes, y alimentarlos bien, y curarles sus dolencias físicas, y educarles el espíritu... todo, todo, pero esto sí,

no pasar de la tercera reincidencia sin apartarlos de la sociedad definitivamente.

*

CONDUCTA FAMILIAR.—La moral es el conjunto de normas ineludibles que nos impone el hecho de vivir armónicamente asociados. Y como la unidad hombre no es el individuo sino la especie, esta moral así considerada resulta inmanente y no transitiva, residente en el mismo sér que la produce. La refuerza, además, el concepto funcional del yo, en cuanto a mayor función social de éste mayor tamaño suyo y mayor dignidad suya. Así, por ejemplo, dentro de la idea de que somos conciencia intelectiva del Cosmos, el conocimiento perfecto de la esencia de ese cosmos, con el de su origen y su fin, daría a nuestro yo magnitud de eternidad, equivaldría a ser eternos. Y asimismo nos dotaría de poderes divinos, lo que equivale, a ser la hipóstasis de lo que hoy entendemos por Dios.

Mas estas grandiosas concepciones de la moral son improcedentes en tratándose del hombre común, todavía muy niño para abarcarlas en su significación propia y extraordinaria fuerza normativa: empecemos, pues, por apoyar su conducta en mandamientos más simples.

Tenemos que decirle que el yo crece de dentro hacia fuera y de no fuera hacia dentro, lo que es decir, que crece con lo que da y no con lo que recibe, por donde se entiende cómo la generosidad social, y la familiar y política por ende, es prodigiosamente retributiva y grata: de ahí que el ejercicio de esa generosidad, de esa función social de servir, tanto nos dignifique y engrandezca, y nos enorgullezca tanto. De ahí que sea, como ya dije, tan sabroso conducirse bien.

A ese hombre común hay que inculcarle que cualquiera, por humildes que hayan sido sus antepasados y aun por delincuentes que hayan podido ser, logra, si gusta, encabezar nueva estirpe en su familia y prolongar su yo en hijos de noble alcurnia moral, de esa única alcurnia que aún no ha muerto en el mundo ni jamás podrá morir.

Y así como a todo sér humano le podemos decir: condúcete bien por la infinita dignidad de ser hombre, al padre de familia

le podemos enseñar una regla elementalísima que su corazón entenderá plenamente: condúcete como quisieras que se condujese tu hijo.

Y como esto pudiere no bastar por el momento, pues que las gentes contemporáneas, por la flaqueza creciente de la fe religiosa y el creciente auge de la concupiscencia egoísta, no están para sermones de esta índole, y antes buscan afanosas desligarse de todo deber marital y paternal, amar en serie y rehuír las consecuencias, por esto repito, conviene reforzar la honestidad y estabilidad de la familia mediante la institución del matriarcado económico, es a saber, dando a la esposa o a la compañera, si esposa no hubiere, o a la jefa del hogar en todo caso, hija huérfana, por ejemplo, el derecho de percibir ella, y de manejar por ende, parte del salario o del sueldo que el hombre devenga y de las bonificaciones, recompensas y cesantías correspondientes, y alguna participación en las utilidades de ciertas industrias, que conviene imponer para servicio del hogar, en la proporción que el legislador juzgue adecuada o más útil por el momento.

El patriarcado hispano-romano no encaja bien en ciertos grupos mulatos y mestizos de nuestro pueblo, y nos va resultando socialmente dañoso. Usted no ignora, señor lector, en cuánto falla la conducta de hombres y mujeres y hasta dónde el freno económico aliviaría situaciones por otro aspecto insolubles. La mujer es fundamentalmente madre, y hay poco riesgo de que deje con hambre y desnudos a sus hijos, como sí lo hace el hombre, por buscarse nuevo amor, embriagarse un poco y haraganear abusivamente a su gusto. Fuera de que la mujer, con mayores recursos económicos adecentraría el hogar y lo acondicionaría mejor a ser agradable, ella misma cuidaría más de sus propios atractivos, de su ánimo sociable y su salud. Y no poco, también, retendría al hombre por el interés de lo que ella le diese o él pudiera quitarle de cualquier otro modo.

Los matrimonios de vieja estampa patriarcal e impecable conducta, nada tendrían que padecer con esta reforma, porque en ellos las cosas ocurren de consenso unánime entre marido y mujer, padre e hijos.

Y por lo que respecta a la legislación previa que ello requiere, no creo que nuestros economistas y jurisconsultos vayan a ahogarse en este pocillo de agua de panela, cuando tan audazmente nos ponen la soga al cuello cada cinco minutos, con razón menos válida y, a veces, bueno, pues... lo diré otro día.

*

CONDUCTA POLITICA.—La cultura es frágil: Todos estos bienes de que hoy disfruta Colombia en el orden político, podrían desaparecer en un cuarto de hora de mecanografía, mediante la acción de un gobernante atrabiliario o confuso. Debemos, pues, vivir alerta. El pueblo, como los niños, admira la voluntad heroica y todo lo que a ella se parece, la tozudez y el grito inclusive. Regresa, es cierto, a la cordura y a su entrañada devoción por los serenos ideales del espíritu, pero regresa a veces demasiado tarde, cuando ya la historia se rompió, se entronizó el azar y las calamidades hallaron libre curso.

Hoy más que nunca es aquella cordura urgente. Colocados en el vértice y en el vórtice de mutaciones sociales y políticas de imperiosa aplicación y alcance aún indefinible, todo minuto de ceguedad será eterno en sus trastornos consiguientes.

¿Hasta dónde cambiar y hasta dónde retener lo ya adquirido?

Era de equidad es la nuestra, y por lo mismo socialmente iguialitaria y económicamente justa. De ello se deduce la indeclinable aceptación de cuanto mire al bien social, realmente lo favorezca e implante. Mas no todo lo que se dice bien social es sociable. Muchas peticiones son abuso del anhelo enloquecido y muchas ofertas, aventuras no más de la fantasía inconsulta o ambiciosamente desatada.

Esa vigía, pues, de la revolución sin locuras inútiles es indispensable encomendarla a las instituciones ya existentes, adecuándolas a ello con leal entendimiento, a la vez cauteloso y firme.

Y comoquiera que algunas de esas instituciones de nuestra arquitectura jurídica se tuercen ya un poco de su noble comportamiento tradicional y amenazan seguir torciéndose, conviene considerar ese peligro y tratar de prevenir su definitivo arraigo.

El primer error es el de rehuír la responsabilidad en la disimulada anonimia de los cuerpos colegiados: el congreso, la asamblea, el cabildo, la comisión, la junta general etc., en que se ahoga y esconde el iniciador o mantenedor de muchas travesuras,

mañas y entuertos: hay que publicar siempre el nombre del innovador ponente y hacerlo muy visible.

El segundo es multiplicar esas juntas y comisiones hasta el cuarto y quinto grado de delegación de las tareas, para éstas diluír y sostener un poco, y para prolongarlas siempre. Es vicio burocrático muy frecuente en otros países, Estados Unidos, por ejemplo, y terriblemente costoso, peligroso e inútil: En toda labor administrativa un hombre es el que sabe, el que redacta e impone el resultado, los demás son relleno para advertir olvidos y detalles o para mantener "el equilibrio político", partidario y ritual meramente. Comisión que pase de tres personas es redundante, y embarazosa ya la que pase de cinco.

Por lo tanto, el sistema de elegir congreso sobre la base proporcional de la población es un dislate, que conduce a disolver las funciones en el número. Cien representantes para la cámara y cincuenta senadores, repartidos departamentalmente según el censo, bastan y sobran. Lo demás induce a ambiciones burocráticas temibles. El congreso es servicio que se retribuye con honra, y no perniciosa posesión de altura para el lucro pecuniario o la influencia propiciatoria de otro orden. Es verdad que en la función parlamentaria puede disciplinarse la juventud para el conocimiento y manejo de los negocios del Estado, adquirir pericia oratoria y renombre nacional, ver y hacerse ver, cosas, todas ellas, muy favorables a la república, pero no hay que extremar tanto el recurso y convertir dicha institución en escuela de novicios y taller de ensayos o en ruedo de luchas menos plausible. Impedir la reelección inmediata para atenuar el feudo político, y turnar un poco para educar nueva gente, serían tal vez ahora remedios oportunos.

La judicatura es otra institución que debemos precautelar, cueste lo que cueste y sin retardo. Preciada fue entre nosotros siempre y purísima en esencia y ejercicio. Pero no sé qué confuso rumor me viene de las esferas inferiores suyas, que, de avanzar allí o ascender a otras, nos arruinaría la función más sagrada de la sociedad y la república.

Y no hay que presumir de invulnerabilidad o de inmunidad en estos organismos del Estado; ahí tenemos el ejército, joya nuéstra a la faz del Continente y orgullo de nuestra ordenación política, herido de gravedad en un cuarto de hora de mecanografía, al abrumarlo de favores que colocan su jubilación antes del servicio, su administración antes que la milicia, y el presupuesto suyo hipertrofian hasta el borde de la imposibilidad fiscal futura de sostenerlo honradamente. Alocada emulación de los partidos por halagarle, e imprevisión indefendible, que a ese mismo ejército puede desconcertar técnicamente, y que, desde luego, ya en su callado fondo le conturba.

*

ECONOMIA NACIONAL E INTERNACIONAL.—Dos grandes grupos mundiales de pueblos se disputan hoy día el gracioso privilegio de hacernos individualmente felices, el que encabeza Estados Unidos con su régimen capitalista, ya un poco atenuado, y el que preside Rusia, con su socialismo estatal, rectificado en parte también.

En el centro quedamos nosotros, molidos en el vaivén de las teorías, ora vaya, ora regrese la piedra rotatoria del molino. Esto me induce a pensar que ninguna de esas dos organizaciones sociales resuelve satisfactoriamente el problema que a sus gentes y a las nuestras preocupa, y que, por lo tanto, nos incumbe plantearlo y resolverlo a nuestro modo.

En una visión superficial de las cosas, Estados Unidos va ganando la partida, ya que goza de mayor cúmulo de riqueza nacional, y de reparto individual de esa riqueza, que la suma de las otras naciones restantes del mundo. Produce alrededor de 230.000 millones de dólares anualmente, y el promedio "per capita" de su renta debe de subir hoy a 1.800 dólares en oro físico, y yo calculo el monto total de sus haberes en cerca de un millón de millones, aunque los estadísticos norteamericanos no hayan hecho aún ese cómputo o no qnieran darlo al público.

Esto significa que la economía mundial está seriamente amenazada de absorción por la estadounidense, pues, plagiando la ley de Newton, puede decirse que "la moneda atrae a la moneda en razón directa de la masa e inversa del cuadrado de las distancias", y como ahora la distancia no existe... todos iremos siendo meramente administradores más o menos asalariados de la riqueza norteamericana y siervos suyos.

Los yanquis saben esto y temen las catastróficas consecuencias que implica para el porvenir de su economía en particular y

de su nacionalidad misma, y ensayan atenuar el golpe con préstamos y donativos, con planes y consejos, sin ignorar que cuanto regalen o presten, automáticamente regresará a sus manos, por esa diabólica virtud contraproducente que derrotó a Midas y le hizo daño en el Pactolo.

Tampoco no estoy seguro de la panacea rusa. En el mejor de los mundos que presupone el socialismo, todos trabajaríamos bajo estricta vigilancia, a escuadra y a cordel, según nuestras capacidades, y ganaríamos salario medido igualmente: uno promedio, pongamos en hipótesis, de diez dólares "per capita". El Estado perfecto nos diría entonces: Tomo cinco dólares para mí, uno más para alimentar a usted en las cocinas oficiales, otra para vestirlo en la proveeduría nacional, otro para alojarlo en los albergues públicos, cincuenta centavos para transportarlo en los vehículos de la comunidad, cincuenta para hospitalizarlo cuando envejezca o enferme, y generosamente le dejo un dólar libre a usted para sus vicios y distracciones, o para que lo acumule en alcancía. Parágrafo: ojalá prefiera la alcancía... Los niños permanecerán un año en la clínica, cinco en el kindergarten, seis en la escuela, seis en el taller o en el colegio, hasta que sean hábiles para el trabajo que les corresponde. Las mujeres procrearán tres hijos pasteurizados para mantener el nivel demográfico, y nadie podrá viajar sino por prescripción médica u orden del ministerio de industrias.

Mundo perfecto, indiscutiblemente, donde no habría sino una calamidad, la de un aburrimiento crónico, universal e incurable...

Esta caricatura no es inverosímil, antes muy próxima ya de lo que ocurre hoy mismo en uno y otro sistema económico y social del mundo. Es que, como tantas veces dije, el margen de bondad de las revoluciones y triunfos del hombre es muy leve.

Pero es un margen de bondad, y hay que luchar por él. Cada una de las grandes jornadas de la historia de que hablé en artículos anteriores, ha venido aportando un ápice de progreso a ese margen, y así, todo optimismo se justifica y se impone. Lo que importa es no embriagarse mucho e irse a los extremos con ceguedad fanática e imperiosas actitudes.

Aquí en Colombia estamos en capacidad y en oportunidad de obtener el justo medio. Somos, y debemos ser, nación "de

pequeños capitales y capitales pequeñas"; de libertad personal con servicio social compensatorio; de Estado tutelar en economía industrialmente autónoma; de sociedad fraterna para estimarse, estimularse y protegerse todos mutuamente; de Estado de cultura y orden para servicio de la nación y colaboración ecuménica.

Debemos enseñar al trabajador que tiene derecho a reclamar su mejoría y deber, asimismo, de corresponder con trabajo leal y oportuno, y con noble conducta.

Y debemos trabajar, porque nadie ha inventado fórmula ninguna para enriquecerse con desidia, sabotajes, ocio y vicios. Producimos mil millones de pesos anuales menos de los que pudiéramos producir, por falta de técnica, ritmo lento en el trabajo asalariado, daño doloso de los bienes ajenos, incuria general e ignorancia estúpida de que la riqueza de unos es, al fin y al cabo, la riqueza de todos, en la unidad indisoluble de las leyes económicas de un pueblo.

*

HACIENDA PUBLICA.—Las contribuciones públicas nacionales en Colombia han crecido en este siglo XX de diez a cuatrocientos, mientras que su riqueza sólo ha progresado de dos a diez. La tributación general, de nación, departamentos y municipios es más o menos la mitad de los mil doscientos millones de pesos que el país produce anualmente.

En términos generales esto es justo, y así se acostumbra en otras muchas naciones. La discusión de equidad se plantea, pues, en distinto terreno, a saber: ¿Han mejorado los servicios públicos en la proporción de diez a cuatrocientos durante el lapso en que así aumentaron sus presupuestos nacionales? Como ello no parece ni siquiera presumible, tenemos que concluír que la administración pública es abrumadoramente ineficaz y costosa en grado sumo.

Con efecto, para desolación de presidente y de ministros, el trabajador oficial de sueldo y salario, sobre todo este último, difícilmente alcanza a rendir en labor el treinta por ciento de lo que le corresponde; la incuria de los bienes públicos, maquinaria, herramienta y productos, llega a lo aflictivo en todas cosas y lugares; y la pérdida por incapacidad funcional está al nivel de las anteriores, o las supera en muchos casos.

De ahí, pues, que pueda decirse sin violentar el juicio, que de los seiscientos millones de pesos que aportamos anualmente al fisco de las diferentes entidades públicas, a lo sumo se aprovecharán doscientos. Esto conduciría a la quiebra, culpable, naturalmente, en tal sentido, a cualquier industria privada, así fuese la de extraer joyas del tesoro encantado de Aladino. Y efectivamente, el fisco nacional vive en quiebra crónica; nunca, que yo sepa, los ministros alcanzan a cumplir su tarea con el presupuesto que se les asigna, y el congreso nunca se satisface con la estimación presupuestal que el poder ejecutivo le propone.

¿Cómo, entonces, no se ha derrumbado esta armadura de derroches? Por la palmaria razón de que el país se desarrolla juvenilmente y compensa a galope tendido las fallas y las faltas de sus administradores públicos.

Sino que esto tiene un límite. Límite general, para todos los pueblos, y límite peculiar, más restringido aún, para los pueblos jóvenes. A un individuo se le puede sacar un litro de sangre sin que peligre gravemente, dos ya con mucho riesgo, más de ahí adelante la aventura orillaría el cementerio. Tal así en esto de imponer al trabajo colombiano más y más obligaciones tributarias porque sí o porque otros pueblos las soportan, ignorando o recusando el conocimiento de que viejas estructuras industriales poseen mayor solidez y recursos: capital barato, maquinaria nacional, materias primas asequibles, mano de obra hábil, fáciles transportes, seguros propios, gran volumen...

E ignorando o pasando despreocupadamente por alto, que la aritmética es relativa también, que un dólar en Nueva York, Londres y Bogotá es un dólar pero no es un mismo valor de compra, y así, gravarnos nosotros a usanza de Nueva York o Londres, es temerario entendimiento de este asunto.

Pretender limitar el enriquecimiento de empresas particulares y de individuos, con visión de socialismo cegato y rencoroso, es, "ispo facto", detener la riqueza nacional conjunta y el bienestar creciente de cada ciudadano en particular. Porque ¿cuál es el gobierno que pudiera, si atrás vimos su impericia en esta gerencia de negocios, que pudiera, repito, dirigir una industria, hacerla lucrativa y prosperarla en sus funciones? Ninguna mejor en el mundo, por el volumen de su clientela y facilidades de manejo, que las oficiales y semioficiales que hoy rige el Estado de Co-

lombia, oro en polvo para el pago de la cuenta y resignación ilimitada para la percepción de los servicios, y mire usted, señor lector, mire usted...

En un mundo agresivo, que de un lado quisiera, el capitalista, que permaneciésemos industrialmente sujetos, y que del otro lado, el sovietismo, quisiera que nos devorase el desorden, para uno y otro aprovechar a costa nuestra, nosotros debemos conducirnos con máxima cordura y paso firme. A Dios gracias, esas fuerzas enfrentadas hoy, y por estarlo, nos favorecen, pues que una a otra se vigila, se critica y contiene. ¡Guay de nosotros el día que en ese orden internacional sólo hubiese un poder rector y regulador del mundo!

Digo, pues, en consecuencia, que debemos, naturalmente, ir aumentado la tributación fiscal, porque los servicios nacionales de mayor población y mayor cultura así lo requieren, pero en adecuación cautelosa con el rendimiento económico, no sea que el optimismo de la inflación nos induzca a errores deletéreos; y que debemos, más que todo y por sobre todo, incuria y costumbre, en primer plano, emprender la reforma tributaria, no en su imposición para lo que somos ya muy peritos, muy sutilmente peritos, ni en su recaudación, asimismo hábil, y hasta abrumadora a veces, sino en su aplicación, en su aplicación ceñidamente útil.

El hacendista y el recaudador fiscal adquieren, naturalmente, psicología de perseguidor y fobias de desconfianza, se hacen escudriñadores y zahoríes; en algunas ciudades nuestras han extremado la imposición tributaria hasta la última minucia, hasta el límite de derrotar la amplitud, que higiénicamente acoge la luz del sol y el aire.

Honrados somos, felizmente, en el manejo de la cosa pública, pero la sola honradez no basta: tenemos que ser honrados y eficientes, sin olvidar que la adecuación "in situ", y no la perfección abstracta, es la que constituye y estatuye la eficiencia.

*

INDIVIDUO Y SOCIEDAD.—Filósofos y teólogos de la Edad Media discutieron prolijamente la esencia y la existencia del principio de individuación, "principium individuationis", o sea, lo que hace que en la unidad de la especie haya pluralidad y diver-

sidad de individuos. Yo no me atrevo a creer que exista "principio" alguno que determine tal cosa. El individuo surge espontáneamente de hechos naturales: siendo orgánicamente la combinación molecular y celular complejísima de muchos elementos simples, no es factible que dos seres coincidan en número y orden de tales elementos, con que ya sus funciones íntimas se alteran; y variando a cada instante el ambiente témporo-espacial en que los seres van naciendo, éstos sufren también modificaciones estructurales con esa indetenible mutación.

A la manera que en una cadena circular cada eslabón es a un tiempo mismo principio y fin, según se le considere, así nosotros somos término de una serie y comienzo de otra, puerto de llegada y de partida a la vez. Por tal razón elementalísima, se dan en nosotros sentimientos tradicionalistas y anhelos de revolución, que organizados socialmente en opiniones, constituyen la dinámica común de los partidos.

Más aún: de ese hecho natural de ser individuos con diferencia formal y substancial propia, emana el que gustemos de poseer algo propio también, distinto del que otros poseen, y así, el sentimiento de la propiedad privada no es caprichoso ni injusto, antes muy ajustado a la naturaleza de nuestro sér y al modo existencial suyo.

Como ente individuado con existencia singular, el hombre goza de estilo propio, y ese estilo gusta de imponer en sus creaciones y apreciaciones, en su arte, pues, y en su conducta, por donde nos explicamos la originalidad que personalmente le distingue.

De ello igualmente procede, y en ello consiste, que se halle dotado de doble finalidad: una que participa de su especie, y le es común con sus semejantes, y otra que a él sólo le pertenece e incumbe. En ésta arraigan sus derechos personales y el porqué la socialización no puede ser exagerada y asfixiadora del individuo. Anarquismo, en consecuencia, totalitarismo y socialismo extremo, son errores contra la naturaleza del hombre ciudadano, y graves peligros del proceso normal histórico.

Fuera de este hecho indefectible de la individuación, existe otro de inmensurables proyecciones y cuasi mayestática cuantía: El alma personal del hombre no cabe en su vida, el alma humana desborda de la vida del hombre. Es esta la máxima tris-

teza del morir, que no hemos vivido suficientemente nuestro yo, sus anhelos y potencias; que morimos "inéditos", con virtudes inexpresadas aún, no manifiestas.

Por eso de que el alma no cabe en la vida, deseamos intensamente crear algo nuestro que en algún modo la haga perdurable, la confirme siquiera como virtud en otros seres u otras obras. Crear algo, el Partenón o un huerto de legumbres... un hijo al menos. La ambición de riqueza se vincula estrechamente con esta circunstancia del hombre, con ese anhelo suyo de crear, de producir algo, y ello se confirma en la aparente contradicción de los avaros, que se condenan a indecibles privaciones por atesorar bienes para ellos inútiles. Ni otra cosa significan el insomnio y sumas penalidades a que nos sometemos los trabajadores de otras disciplinas, sin más retribución que la muy cautivadora, ciertamente, de ennoblecer y prolongar el propio espíritu.

La riqueza de propiedad individual, interpretada así, está muy lejos de ser vituperable. Corresponde al ejercicio de esa virtud creadora que hay en nosotros, y garantiza con gentil dignidad aquella otra consecuencia de la individuación que atrás expuse. Apartada de estas sus fuentes naturales, no creo que surta mayores efectos, y, en contrario, opino que ha de languidecer notoriamente. Y como dicha riqueza posee una faz egoísta individual y otra social altruista, tanto perturbaremos privando a los hombres de su devoción por crearla y tenerla, como permitiéndoles crearla con daño del prójimo o en pernicioso exceso.

Quiero deducir de lo dicho en esta nota que no debemos dejarnos embriagar por la fiebre efímera que toda revolución produce, y sí recordar que ninguna tiene valor absoluto. Dejemos al hombre alguna libertad para el ejercicio de sus virtudes de individuación, de creación y fuero de persona, que le den originalidad, dignidad y sabor a la vida, y algo también de haberes propios que aquéllas enaltezcan y consoliden.

*

NACIONALIDAD Y NACIONALISMO.—Imposible, señor lector, extender más esta serie de notas; sería ya abuso de confianza periodística e impertinencia. No quisiera, sin embargo, concluír y despedirme de usted sin agregar algunas frases acerca de lo que somos y debemos ser, cuanto a nacionalidad y nacionalismo.

Nación, por lo general, es un grupo humano aislado jurídicamente en un país para su mejor administración política. Ni raza, ni lengua, ni religión, ni suelo la limitan o constituyen: lo fundamental es la buena administración. La duración suya y su tamaño son determinados por esa capacidad de buena administración, descontando naturalmente, las perturbaciones de origen externo y las calamidades naturales ineludibles.

Ese agrupamiento nacional produce tres sentimientos fundamentales en el ejercicio de su existencia: el de patria, o gratitud por los antepasados, progenitores nuestros y hacedores de la nación en sí; el de fratría, o hermandad entre los ciudadanos constituyentes de la generación viva, y el de filia, o piadosa tutela de las futuras generaciones.

La nación es, pues, hogar, un hogar gigantesco, si se quiere, pero hogar indiscutible. El conjunto de naciones constituye la sociedad ecuménica del hombre, y en tal sentido es vínculo más amplio, obligatorio también, mas no inmediatamente. De ello se deduce que debemos ser fervorosamente nacionalistas, sin ser exclusivistas respecto del prójimo foráneo, ser nacionalistas sin "chauvinismo" agresivo ni agreste.

En lo concreto, las cosas ocurren dentro de la nación con mayor intimidad de intereses prácticos y mayor mancomunidad afectiva. Todo cuanto alcancemos a ser individualmente en riqueza, en cultura, en decoro, no sólo repercute en nuestra nación, sino en la persona de cada uno de nuestros conciudadanos; y lo que es aún más impresionante, todo bien que hagamos a nuestro vecino y prójimo, y aun al más remoto conciudadano, vuelve a nosotros, regresa a nosotros, multiplicado en bienes.

Conducirse bien, no es pues, acto meramente caritativo, o bondadoso en abstracto, pero el más retributivo de todos, el más pulcramente egoísta de todos. De ahí que yo no entienda este predicar de odios de partido y clase que es ahora frecuente en nuestra nación, sino como aturdimiento de las pasiones y burda ignorancia de lo que somos y debemos ser en cuanto colombianos y hombres cultos.

El comunismo entre nosotros, y el socialismo a ratos, han entrado a destruír aquella dulce índole nuestra de ser gentiles en el trato social, y endilgan sus prosélitos hacia la grosería y el insulto, aquélla confudiendo torpemente con la dignidad y el coraje. Han entrado a imbuírles que la destrucción del bien ajeno, la mayor destrucción posible, es vindicativamente laudable y útil. Han entrado a inculcarles que el maltrato de hecho a las personas y el insulto, a ellos dignifica minorando a los otros.

Error vitando y bochornosa equivocación: somos unos mismos en la patria, en la fratría y en la filia: en el ayer, el hoy y el mañana. Los hijos de los unos se unirán con los hijos de los otros, y todos confundidos en la sangre, el bienestar y la cultura, serán Colombia. En el torbellino social, los ricos de ayer son pobres ahora; los pobres de hoy serán mañana ricos; los aristócratas de un día, son luégo humildes; los privilegiados de un instante, necesitados se verán posteriormente. Todo es deleznable y transeúnte. Todo es efímero. Sólo la nación permanece, en sí o en la historia, en el mapa del mundo o en la trayectoria del espíritu.

Heredamos hijuela de dignidad y misión de cultura. Eso heredamos, y eso debemos transmitir, acrecentado e incólume, a las venturas generaciones.

La existencia de los individuos es milagro de gracia que es necesario pagar con gracia de espíritu. La existencia de las naciones es marco de seguridad para la "vivencia" de ese espíritu. Los errores económicos de que adolezcamos, los errores de política que nos perturben, los defectos sociales que aún nos aflijan, remediables son y ya los vamos poco a poco remediando: lo que importa es conservar vigorosa y noble la república en que aquellos bienes, y otros muchos por venir, tendrán sede propia y lustre.

Ser colombiano es una categoría de dignidad.

BALANCE DEL 9 DE ABRIL

LO QUE ERAMOS.—Con esa ironía muda de los hechos naturales, la máxima tragedia moral de Colombia ha coincidido con el dulce nombre de abril, primavera del año boreal, emblema de juventud, nuncio o portero (aprilis: el que abre la puerta) del regocijo solar de la generación y de las flores. A riesgo de parecer inoportuno y pedante —Dios me lo perdone— he de decir que por mayor sevicia de la suerte, y tétrico sarcasmo suyo, esta vez las Furias llegáronse a nosotros con el manto luminoso de Perséfone, la bien amada y anhelada, virgen portadora de luz y de promesas.

Eramos un pueblo americano orgulloso de su historia. Teníamos a honra el vivir honestamente nuestra república, sin riquezas deslumbrantes, es verdad, pero sin agobio de tragedias insolubles, poco a poco construyendo nuestra economía incipiente y edificando con amor, con legendario amor ya, la cultura espiritual de nuestra estirpe. Los pueblos hermanos del Continente, y aún los hermanos más remotos del Viejo Mundo, hallaban motivos de aplauso justiciero y hasta de familiar orgullo, en la conducta política de nuestras instituciones y en la bondad social de nuestra gente.

Y era deleite del espíritu viajar por el dilatado mundo de la cultura occidental con el sabroso nombre de Colombia en el pasaporte y en los labios. Muchos, sin duda, ignoraban hacia qué región del planisferio caía ese nuevo país, y aún le confundían con otros. No importa: nosotros rectificábamos el error o los errores, y aprovechábamos la oportunidad para decir jubilosamente lo que él era en sí o merecía ser en el aprecio universal de los hombres.

Ya se nos miraba amablemente como caso singular de cordura en el piélago tormentoso de esta hora aciaga del mundo. Y no pocos aún nos preguntaban, con intención de adoctrinar su propio destino, de dónde nos venía este preciado bien de la legalidad y el orden. Nosotros lo creíamos eterno. Con cuánto amor regresábamos a esta patria gentil, y con cuánta gratitud la remirábamos pulcra en el decir y bondadosa de intenciones. Sus gentes adineradas desvivíanse por agasajar al huésped; sus letrados esforzábanse por enaltecer el patrimonio cultural de nuestros mayores; sus estudiantes pugnaban por redimirse de la poquedad de los recursos docentes para merecer un título de honor; sus obreros eran dechado de cortesía, y sabían escudar con honra de palabra y de actitud el decoro sagrado de la mujer y la plácida inocencia de los niños.

Así éramos en toda ocasión, aún calamitosa: estudiantes fueron García Rovira y Santander, Córdoba mismo y Girardot, y aquella legión de adolescentes que llevó Bolívar a la primera emancipación venezolana, nunca renegados de sus normas espirituales, pulcros siempre; estudiantes idealistas los de 1828, los de 1854, los de 1866, los de 1876, los de 1900... de 13 de marzo, eminentísimo, y de 8 de junio, en fin, sin mácula de impudor ni de crueldad, "Mochuelos" y "Alcanfores", a veces de tipo Bayardo.

Los guerreros también. Mil días combatió y trafagó Herrera por selvas y montes, desiertos y ciudades, sin un asalto al honor ni un saqueo. Mil días militó Uribe Uribe sin una mancha en el escudo, ni un pecado siquiera contra su lealtad de esposo...

Porque éramos así, sin distinción de clases ni de estirpes: Zamarra, Obeso y Robles, negros ilustres, honraron el derecho en estrados, en cátedra y tribuna, a la par con José Ignacio Escobar, Antonio José Restrepo y Nicolás Pinzón Warlosten; Ospinas, Perdomos y Tovares, de refinada herencia, no le ganaron al negro Marín en el señorío de la guerra y sus azares.

Así, desde más atrás aún, cuando nuestros abuelos transitaban por rutas de soledad en jornadas de meses, sin otro amparo que su recia intención, ni otro albergue que abandonado bohío entre los bosques, o cuando poblaban remotas regiones sin sendero ni recursos e instalaban su hogar entre la selva, movíanse confiados en que nadie asaltaría su persona, pillaría sus bienes, ultrajaría su honor. Eramos pobres, inmensamente pobres, sin duda, pero nadie vendía su dignidad por ningún halago del mundo.

Así, honrada, así, amable y justa, así era Colombia.

*

LO QUE YA TENIAMOS.—Durante los últimos treinta años, de

1910 a 1948, exactamente, el progreso de Colombia, proporciones guardadas en el mundo, fue eminentísimo; duplicó su población, triplicó su riqueza nacional, consolidó sus instituciones republicanas, administró honestamente la cosa pública, inició la industria manufacturera, elevó el nivel común de los sueldos y salarios, dióse legislación social de grande aliento, emprendió eficaces campañas de higiene, de alojamiento rural y de urbanismo estético, decuplicó los recursos de la educación pública y privada, enalteció la sede de las universidades hasta la linde del lujo, construyó preciosas bibliotecas nacionales y museos prestigiosos, sin par alguno de ellos en su orden.

Teníamos, pues, una historia en desenvolvimiento cultural progresivo que nos honraba a la faz de las naciones, y un Estado de noble juridicidad, punto menos que ejemplar en América, si es que no era ejemplar del todo, como a mí me lo parece. Sobre estas dos bases de magnitud espiritual se alzaba el prestigio de Colombia y nadie sería osado a negarles en justicia ese mérito visible.

Con ellas delante de nosotros emprendimos la preparación para recibir decorosamente la IX Conferencia Panamericana, y logramos hacerlo en términos que honrarían a cualquier pueblo culto. Nada quisimos ahorrar en ello, porque entendíamos con meridiana evidencia que de aquel certamen augusto saldría Colombia aureolada de grandeza moral, y ya en firme dueña de prestigio universalmente histórico. Había, pues, llegado nuestra hora de cosechar los esquivos laureles de un triunfo espiritual de resonancia inequívoca. Y estábamos felices. Lo hecho en la esfera material se presentaba digno de las mejores urbes americanas; lo hecho en la organización funcional era casi perfecto, y lo que habíamos convenido aportar en materias conceptuales pertinentes al estudio de aquella presunta asamblea de naciones era armónico en la estructura, eficiente en la sustancia y exquisitamente elegante en su ordenación formal. Hombres de todos los partidos, peritos de todas las disciplinas, colaboradores de todos los matices ideológicos habíamos trazado un esquema de acción política, en la amplia significación de este vocablo, para lo económico internacional, para lo educativo y lo jurídico, y para el cauce audaz de nuevos rumbos históricos, que auguraban blanca fortuna a nuestra empresa y nos traía legítimamente alborozados.

Y esto se cuarteó en un instante y se nos vino a tierra estrepitosamente: noble historia de cultura, legalidad incólume, orgullo espiritual de huéspedes felices, luminoso porvenir... Cuarenta y ocho horas de locura oprobiaron cuatro siglos de tenaz esfuerzo. Ni la noción de patria, ni la memoria sagrada de los próceres, ni la dignidad de la estirpe, ni aún la visión elemental de los elementos físicos de subsistencia alimenticia, escapó al furor de la insensatez aborrascada en caos.

¿Qué falló, entonces?

Antes de abocar estudio a fondo de esta cuestión, que nos permita formarnos juicio adecuado o aproximado al menos, de sus causas y remedios posibles, es preciso establecer cuatro afirmaciones previas, a modo de cuatro hitos de demarcación de la ruta que he de seguir en la pesquisa de su entraña más honda: la primera es que rompimos nuestra historia patria, en cuanto de hoy adelante, y por una generación a lo menos, nadie en el mundo creerá sinceramente en nuestra cultura nacional; la segunda es que, a pesar de haberse restablecido el orden jurídico, el social permanece muy precario todavía, y tal vez efímero si a él no se acude urgentemente con remedio heroico; la tercera es, aunque resulte paradójico el decirlo, que las fuerzas morales de la nación están aún intactas, así parezca que hubo y subsiste un colapso general del espíritu, y por último, la afirmación indiscutible de que el deber de servir a la patria es incancelable, irrenunciable y perenne.

*

DESTRUCCION DE LAS COSAS INOCENTES.—Amarga la acción destructora de la ceguedad del hombre y la ensombrece más aún el desbordamiento suyo en daño inútil de las cosas inocentes: De qué sirve a su instinto o a su idea, o a su pasión embravecida, destruír a machetazos los útiles apacibles de un despacho público, los enseres bondadosos de un hogar ajeno a la borrasca, la pálida hostia de un sagrario silencioso o la efigie dolorosamente muda de Cristo? Y yendo más allá, y entrando a la ponzoña terrible de las cóleras humanas y su hervoroso frenesí de horrores, de qué se retribuye la furia catatónica de las muchedumbres asesinando a un niño tembloroso de pavura inocente, o vilipendiando el honor de humilde monja, claustrada y débil?

Para bochorno de la especie, tenemos que reconocer acongojados que ese es el producto negativo y nefario reverso, de la inteligencia humana. Toda fiera sacia su cólera en la muerte de su enemigo natural y come de él hasta el límite de su hambre; jamás se vio que el león o el tigre destruyesen una manada de cebras o de antílopes, ni arrasara sus refugios. Sólo el hombre posee sevicia y es único en el reír ante el dolor y amar el incendio. Tenebroso rescate que el enigma le impuso a la humanidad por ese don suyo, inexplicado aún, de su dominio mental de la naturaleza en sí y de sus normas.

Destrucción de las cosas inocentes...

También nosotros la hubimos. Ciento un años hacía que en el costado sur de la plaza mayor metropolitana de Colombia erguíase severo y pulcro el palacio de las leyes. Era orgullo del arte nacional y emblema inmaculado de justicia. Allí los voceros de la nación decían libremente su sentir e incorporaban en leyes las aspiraciones del bien público. Allí la juventud lucía sus mejores armas ideológicas y la augusta senectud patricia atemperaba la vehemencia de los combates con la voz suasoria de la sabiduría, y noblemente doctrinaba el patriotismo. Allí el pueblo tenía su santuario y la historia nacional cuna de honor.

Y manos oscuras lo hirieron.

Al oriente el Palacio de los próceres, casa de Bolívar. Allí se desvelaron por el bien de su pueblo los pocos grandes que en Colombia han sido, y urgieron la mente lúcida en bien de sus derechos y en procuración de su gloria internacional. Allí, Palacio de San Carlos, cancilleres de la patria heredad definieron la frontera legítima y la defendieron con triunfo. Allí reposaban los códices de ese honor y la huella de ese espíritu.

Y manos oscuras lo destruyeron.

Más allá se erguía bondadosa y colonial la casona venerable de la Arquidiócesis, donde vagaba el trasunto fiel de los santos varones que enorgullecen nuestro escudo de bondad: Fernández de Piedrahíta, Arias de Ugarte, Manuel José Mosquera, Arbeláez, Velasco y Paúl... Herrera y Perdomo: ni una mancha en sus vidas. Muchos años hacía que esa ovejuela de Cristo, Ismael Perdomo, habíase desposeído de todos sus bienes terrenales en favor de sus amados labriegos del Tolima. Nada tenía, sino el

inmenso corazón herido de injusticia para perdonarnos el golpe aleve de nuestra ingratitud. En ese caserón dignificado reposaban los cedularios irreemplazables de nuestra historia, las actas de fundación de nuestros pueblos y ciudades, y tesoros, también, de bellas artes y de libros.

Y manos oscuras lo destruyeron.

Manos oscuras que movieron asimismo sus llamas de fuego contra el Palacio de Justicia, para que la moralidad pública quedase en desamparo de toda protección legítima y la impunidad pudiese alzar la frente sombría.

Para el sociólogo es lúgubre la perspectiva que el impacto moral en el alma del niño colombiano presentan los sucesos del 9 de abril. El niño ve en sus padres la norma suprema de conducta y el centro universal de su vida afectiva: la generación que abra los ojos al conocimiento del mundo con una visión de injusticia social por delante o de crueldad y delito de sus progenitores, será, con mucho, resentida y frustrada, dolorida y peligrosa ciertamente.

Hechos son, suicidas y confusos, que requieren de nosotros estudio medular que no los narre y agite meramente, sino los esclarezca a la faz de la nación, para su remedio y cancelación definitiva. Mirémoslos, pues, en toda su hondura y sus matices, aunque así otra vez nos duela el alma y se acongoje.

*

URBE Y PATRIA.—Desconcierta el ánimo perspicuo el comprender cuánto ignora el hombre medio acerca de su patrimonio espiritual. Si es que ni lo ve siquiera. Las gentes del común, y hasta muchas de aparente categoría, tienen de la patria concepto tan confuso que casi toca el límite de lo inasequible y abstracto. Más les parece vocablo de relumbrón tribunicio o residuo verbal de pretéricas generaciones románticas que esta ingente realidad que es en sí y este prodigio vital que le constituye entidad suprema de los destinos del hombre. Los que hemos regresado a la patria entendemos lo que patria significa. Es el reintegrarse uno a sí mismo, es el volver a ser en plenitud. Fuera de la patria uno está siempre disminuído, incompleto, extrañado y solo. Tremendamente solo. Es una orfandad de corazón que angustia, y es una extranjería del espíritu que lo desorganiza y comprime. La

decantada felicidad de viajar se condiciona a la plácida certidumbre del regreso.

Porque patria es ese terrón del agro natío de que están formados nuestra carne, nuestra sangre y nuestros huesos. Y patria es el paisaje de colinas y de cielos, de la suave planicie y de los montes que plasmaron nuestra noción estética del mundo. Y es el conjunto de emociones primordiales que modelaron nuestra sensibilidad infantil y de esas otras que dulcifican los recuerdos juveniles. Los actos todos de las generaciones que nos precedieron en la vida, organizados en estructuras materiales y en normas, y los sueños, en fin, que vuelan de nosotros hacia la infinitud de las posibilidades futuras.

Es todo.

Y contra ese todo, hemos pecado deletéreamente, minorando su grandeza, tiznando su pulcritud, disminuyendo sus destinos. Exasperadas ambiciones, injusticias irredentas, obnubilación de letrados, desoladora inconsciencia de las muchedumbres... y un no sé qué arcano que cobra pontazgo de amargura en los caminos universales del espíritu, se coligaron esta vez contra Colombia, y le rompieron la columna vertebral de su prestigio exterior y de su propia fe íntima, sin que yo pueda decir que nuestro pueblo se ha dado cuenta exacta de la barbaridad que cometió y sigue aún anhelando cometer, locamente.

Cuando uno piensa en la gentileza de esta urbe en que vivimos, de esta Bogotá que honraron hombres suyos y de todos los ámbitos del país, que ella señorialmente preside, cuando uno repiensa la bondad con que nos recibió un día, la generosidad con que nos alberga y nutre, la amplitud con que nos honra y protege, la dulzura de su trato, la ternura de su afecto, la silenciosa caridad de sus obras, y la ve herida, humillada y doliente, un grito feral se le anuda en la garganta, grito de maldición por los que la ultrajaron así y la asolaron con iscariote ingratitud y turbios hechos.

Patria y Urbe; es la hora de arrodillarnos y pedirles perdón, y de alzarnos nuevamente a rescatar su nombre de todo lo que hicimos. Porque no ellas, no nuestros mayores, que nos las hicieron dignas y nos las trasmitieron puras, sino nosotros, generación confusa, somos los culpados. Ni nos aturdamos un punto, creyendo que esos sus hijos que incendiaron colegios y librerías,

la utilísima casa de los correos o el Palacio de la Gobernación, estén hoy día lacerados de remordimiento y entrañablemente confundidos: casi podría uno jurar sobre seguro que a esta hora están en sosiego tomando su café, hojeando este mismo periódico, con distraída atención o acariciando bondadosamente la cabeza de alguno de sus pequeñuelos, sin reconocer o sin saber ¡ay! que su mano proclive arruinó la patria y afrentó el porvenir de esa su misma prole inocente.

De ahí que si queremos —como ya es grito imperioso y unánime— reconstruír la dignidad de la nación y enjugar sus duelos, debamos comenzar por el cimiento y trazarnos nueva estructura del individuo y sus funciones, de la economía social y la cultura, de la armonía del hombre con el mundo. Arquitecto espiritual necesitamos y no albañiles de efímeros remiendos. Y otra vez, tercera vez ahora, el hombre nuevo que plasmó y proclamó San Pablo, albacea de Cristo.

*

LOS EJECUTORES DEL DESASTRE.—Empero, antes de elucidar un poco siquiera el plan de nuestra nueva vida, conviene mucho que echemos una ojeada a esta patología social de los ejecutores del desastre, pues sin su claro conocimiento ninguna terapéutica eficaz será posible.

Porque son varios los grupos que comprende, y muy disímiles:

Uno de los actores más entusiastas en estas horas de desorden es el "alocado", como generalmente se le califica en sociedad. Simpático y alerta casi siempre, aunque de moralidad muy discutible, precaria en todo caso, corresponde a los umbrales de varios géneros de locura, sin llegar a la desarticulación de ideas y sentimientos. Se caracteriza por padecer de corto circuito entre la tentación y el acto, de que resulta irrefrenable y vehemente, y actor constante en revoluciones, asonadas y bochinches, como en esta vez se vio por todas las regiones en que tales ocurrencias hubo.

El fanático constituye grupo muy diverso: es, por lo general mono-ideísta, lo que es decir, individuo de una sola idea, y frecuentemente corresponde a la temible especie de los paranoicos más o menos activos. Como toda idea se acompaña de una

carga potencial de emoción y se asocia con los instintos fundamentales del hombre, cuando impera sola en uno de ellos, se hace tenacísima y potente, sutil, además, y grandemente combativa; sobre todo en los prosélitos de los caudillos populares, de los partidos revolucionarios y de las nuevas religiones.

En tercer lugar cuentan los resentidos, de tan difícil manejo. Los hay de resentimiento personal, como los defectuosos y estropeados; familiar, como los que padecen infortunio hogareño, y social, extensísimo, que abarca a los que la fortuna amorosa o la económica o la profesional deprime. El resentido tiende a hacerse anárquico y aún malévolo, intolerante e injusto, y aprovecha las ocasiones de desorden, como lo vimos trágicamente el 9 de abril, para vengar en cabeza ajena, con rabia asoladora, su propia inferioridad.

El bandolero o delincuente profesional, constituye el cuarto grupo en esta mano de obra de los trastornos sociales, como que ellos le aportan ocasión sobreexcelente para el ejercicio impune de sus fechorías, y así lo vimos el 9 de abril regocijarse con el pánico de la comunidad y aprovecharlo hasta el límite máximo de su audacia y de su técnica, con abundancia tal que hemos quedado despavoridos de su alcance, y cogitabundos acerca de la explicación que hayamos de dar a este anormalísimo fenómeno.

Existe también el grupo de los curiosos, que iniciándose como tal, fácilmente se trueca en actor por obra y gracia del contagio psíquico de las muchedumbres.

Y vese, asimismo, un sexto orden de actores, amplísimo el 9 de abril, los que pudiéramos llamar, forzando un poco la terminología, criminales inocentes. Lo constituyen todos aquellos que obedecieron a la voz del desorden creyendo de buena fe que había llegado la hora de reivindicar las garantías de un partido político, los derechos de una clase social desamparada y hasta la renovación o palingenesia del mundo. Es este grupo inocente el que he observado con mayor interés, por abarcar en sí, y resumirlas en algún modo, las causas más recónditas de esa catastrófica rebelión del pueblo colombiano.

Veámoslo con mayor amplitud.

Durante decenios se han venido predicando en Colombia conceptos y opiniones acerca de la injusticia social en el orden económico, de la incuria de las autoridades gerentes de la cosa

pública y de la malevolencia y hasta delincuencia de estos o de aquellos hombres públicos que sirven a la nación en la esfera de sus actividades, conforme a sus ideas y funciones. Todo ello dicho en términos de vehemencia tal que entrañaba a veces veredicto condenatorio inapelable y aún la invitación expresa a que fuesen castigados violentamente. En esta forma, a un pueblo de mentalidad no robustecida aún por sólida instrucción ni milenaria experiencia, como otros que disfrutan de tradiciones culturales bien consolidadas, de un pueblo todavía infantil en sus reacciones y criterio, se le entregó la solución de los más arduos problemas de la vida nacional y se le armó de cólera. Esta insensata conducta de nuestros magnos dirigentes condujo al terremoto tumultuario del 9 de abril. Sobre la dinamita de los sufrimientos populares cayó el fuego de la palabra incandescente de hombres que gozaban, y continúan gozando, de la adhesión indiscutible de las clases menos preparadas para la meditación y el orden, y así, lo que esas clases hicieron, en gran porción de sus elementos individuales, es inocente de sus terribles actos.

Algo incógnito aún, gravísimo también: en las horas más trágicas de ese cataclismo viéronse unas como sombras infernales que iban guiando la locura popular enceguecida y aplicándola al mayor daño posible, con certera frialdad, ellas sí, y certera previsión.

*

LAS CAUSAS.—Antropológicamente contemplando este suceso histórico, es decir, estudiado como una reacción del hombre, aflige el ver hasta dónde éste es un sér irrefrenable y caótico, ayuno de ponderación y ritmo moral. El mismo que hoy nos conmueve por su piedad y su ternura, mañana nos dejará despavoridos con el frenesí de su acción destructora y homicida, suicida inclusive. Hechos de esta laya confirman la opinión de algunos pensadores acerca de que el espíritu del hombre es a un mismo tiempo angélico y satánico, demoníaco y divino, según lo ilumine la bondad o lo hiera la amargura del vivir. Maniqueísmo de la esencia humana que debe advertirnos y hacernos muy cautos; enseñanza preciosa para educarla y conducirla, y para precavernos de su facilísimo desorden.

Asimismo tenemos que repensar esa otra enseñanza de la

vida que nos dice que todo bien apareja un mal correlativo, por tal modo que muchos niegan el progreso y sólo ven en el curso de los destinos humanos un movimiento pendular poco plausible.

Así, por ejemplo, la civilización: la necesidad estimula la inventiva, que crea recursos para adaptar la naturaleza al servicio del hombre. Satisfecha la necesidad, resulta un sobrante de energía humana que, de un lado, se convierte en cultura, y ésta en espíritu; de otro, en comodidad, que de su parte se transforma en necesidades meramente, y en concupiscencia anonadante, cerrando, por tal modo, el sorites de progreso en vicioso círculo. Es, pues, urgente planear la vida social a fin de que no ocurra ese círculo vicioso. Efectivamente, en dicha tarea estamos hoy, y Colombia, con su Universidad a la cabeza, no puede rehuír problema de tan augusta magnitud y de tan inmediata aplicación a su propia felicidad y espiritual destino histórico.

Otra causa de conmociones exageradas, excesivas a veces, como en el caso del 9 de abril, es la divergencia de sensibilidad moral de una a otra generación. Es el mensaje de los tiempos, lo que hace que los jóvenes miren a los viejos como retrógrados, y éstos a sus hijos como alocados y rebeldes. Ello se explica así: el universo es distinto cada día, como que incesantemente cambia en algo y se transforma: la nueva generación es producto de un universo diferente del que ya plasmó la precedente, que por haber sido organizada o "estructurada", como ahora decimos, carece de plasticidad suficiente para seguir el ritmo de la transformación universal. Lo grave consiste en que los jóvenes aprecian el mensaje de su época como algo definitivo y absoluto, el materialismo histórico hoy día, v. gr., y descuida la correlación de ese mensaje con el de las pretéritas generaciones, produciendo cataclismos sociales inútiles.

En nuestro caso particular del 9 de abril intervino un hecho propio muy grave: habíamos construído trozo o lapso de historia nacional muy noble, de que nos enorgullecíamos justamente; un Estado de gratísima juridicidad, ejemplar en el Continente iberoamericano, conforme antes dije, y ya adelantábamos el desarrollo de una economía nacional floreciente, mas no habíamos fortalecido la personalidad del hombre medio colombiano, y la nación, como pueblo en sí, nos falló al primer conflicto, derrumbando las otras estructuras en sumo grado. Ese pueblo no entendió el

ritmo de avance ordenado que llevábamos hacia la solución de sus problemas sociales, ni la dignidad de nuestra posición cultural en el Nuevo Mundo, ni la fraternidad de todos los colombianos en el seno común de la nación. Yo no me atrevería a culparlo totalmente, porque esa falta es imputable a nosotros los que hemos debido adoctrinarlo a buen tiempo, y a los alocados conductores suyos de ocasión, que lo precipitaron a la confusión mental y al odio.

A estas causas mayores es necesario añadir las incidentes de menor categoría conceptual, de tremenda eficacia en esta ocasión: el grave desnivel de los recursos culturales y económicos de las distintas capas sociales de nuestra población, en época en que la visión inmediata de esa inarmonía resaltaba agresivamente a los ojos del pueblo en la prensa periódica, muy leída ya, en el cinematógrafo, de extraordinaria difusión, y en la patente observación inmediata que de ello ofrecían nuestras grandes urbes.

Todo esto, manejado a la topa tolondra por políticos, industriales, comerciantes y agitadores de pecaminosa especulación, sirvió de fulminante a la pólvora de la angustia popular acumulada e inconsciente.

*

CENTROS DE INTERES VITAL.—Lo dicho en páginas anteriores no agota el estudio de las causas que determinaron la conmoción social del 9 de abril. La organización del hogar obrero en las grandes urbes de la república padece de errores funestos. La concepción de la vida que imprime el campo agrícola y la que surge de la convivencia en ciudades es, en este sentido, diametralmente opuesta y sobremanera digna de cuidadoso estudio.

El labrador tiene su centro de interés afectivo y retributivo en el hogar, donde esposa e hijos absorben todas las potencias de su corazón y de su mente, y de ellos deriva la máxima complacencia del vivir, inclusive la compensación de cuanto a veces sufre. En su obra encuentra, además, una a modo de prolongación de su espíritu, ya que ésta en mucho se le ofrece como creación suya y su triunfo personal.

En cambio, el obrero de las ciudades, en los grupos sociales más humildes a lo menos, busca su recreación fuera de casa, y

aun rehuye ésta por lo que le representa de incomodidades físicas y de angustia moral: con frecuencia tiene su interés vital en sitios de disipación, la taberna sobre todo, y en aventuras de pecaminosa índole, con gastos que más y más empobrecen su familia y ensombrecen la convivencia del hogar inatractivo. Poco a poco pierde la estimación de la esposa y el afecto de los hijos, tórnase huraño, agresivo e injusto, rencoroso en todo caso. En estas condiciones tropieza con la prédica de la venganza social, con el estímulo de sus pasiones más violentas, y un desligamiento absoluto de la religión, de la moral, de las buenas maneras y aun de sí mismo. Valora, pues, la vida como campo enemigo de depredación y oprobio, y la da o la quita por motivos baladíes, con frialdad aterradora a veces e incuria casi inverosímil. Por lo demás, no ama su obra, antes la tiene por ajena y cruel, espuria siempre.

Todo esto viene de dos raíces, a cual más emponzoñada de amargura y de peligros: la pobreza familiar y la extremada flaqueza de la persona en sí y de sus componentes. De ahí que la terapéutica respectiva no deba ser unilateral, como muchos agitadores sociales la proponen, sino económica y moral a la vez, y por lo alto.

La sola alza de los sueldos y salarios no sería suficiente, como que ya se ha visto resultar nugatoria en muchas ocasiones, y hasta contraproducente en uno que otro caso, por esa débil personalidad de nuestro pueblo. Como carece de altas normas y desconoce la acción retributiva de los ideales superiores, consume en vicios lo que le fue dado para enaltecimiento de la felicidad y la virtud, y a la hora de nona regresa a la desolación y al caos.

De estas consideraciones he deducido que la cuestión social colombiana ha de ser tratada con ciertos matices diferenciales de lo que en otros países se ha hecho o pueda hacerse. Tengo para mí que la revolución social colombiana, para denominarla con término que cautiva la imaginación de las multitudes y encandece el labio de los oradores de buena y de mala fe, de los sensatos, que son muchos, y de los locos que también abundan, ha de comenzar por robustecer la familia, ennoblecer sus relaciones, dignificar su ambiente y hacerlo más grato que otro alguno.

Lejos de mí el menospreciar los remedios de otra índole que ya adelantan la sociedad y el Estado, la iglesia, por su parte, y

muchos apóstoles del bien común, que individual o insularmente trabajan en este gravísimo negocio, pero hago hincapié en el análisis de la personalidad de nuestra gente y en las consecuencias suyas en la vida familiar, porque el desorden ahí es calamitoso. La flaqueza moral y mental de esa persona puede apreciarse a la luz meridiana de lo ocurrido el 9 de abril, en que no sólo palpose la leve noción, si alguna, que tiene de los sentimientos de solaridad patria, de su participación en los beneficios del patrimonio común, sino que demostró ser casi nulo su discernimiento intelectual al exponer la vida en grave forma y al perder totalmente el honor por apoderarse de bienes inútiles, que pues de joyas y pieles robadas, valga el ejemplo, con valor de miles de pesos, sólo podía obtener centavos y disgustos en venta subrepticia, y así, hablando con desnuda torpeza moral, puede decirse que, como negocio, fue perfectamente imbécil.

CENTROS DE GRAVEDAD DEL YO.—En 1826, en 1876 y en 1948 se nos rompió la escala ascendente de nuestra cultura patria por los tres graves motivos que analicé antes: pobreza nacional, ignorancia del pueblo y ambición política. Empero, en cada una de estas ocasiones hubo matices diferenciales que nos incumbe analizar discretamente.

Así, a la ruptura de la Gran Colombia contribuyó mucho el gran aislamiento espacial de las regiones componentes; en 1899 culmina el choque entre la Federación y la Regeneración, pues la primera hizo hincapié en la libertad individual con descuido evidente de la organización de la democracia y la segunda, que organizó jurídicamente la democracia, descuidó el ejercicio de la libertad, por lo cual una y otra fracasaron. Hacia 1910 se establece aquel equilibrio, comienza el desarrollo económico del país con visible auge, y la educación pública prospera, sobre todo en estos últimos catorce años. Subsiste, sin embargo, gran desnivel económico entre las clases dirigente y proletaria de la nación, que emprendimos corregir con legislación social muy avanzada, y que ya estábamos a punto de redimir con otras reformas aun más audaces. Infortunadamente la educación popular no marchó a la altura de las necesidades y el tercer elemento causativo de desorden, la imprudente ambición de los políticos, halló anchuroso cauce para actuar en alud desolador incontenible.

¿Cuál, entonces, el matiz diferencial de esta última quiebra

de la cultura colombiana? A mi entender, a las causas anteriores, se añadió una falla terrible en la estructura de la personalidad de nuestras gentes —¡de las de arriba y de las de abajo!— en amplitud que minoró nuestro destino.

Veamos bien esta tronera del desastre, esta tronera por donde nos venció el desastre, que de su estudio habrán de desprenderse enseñanzas curativas ineludibles.

El yo, núcleo y resumen de la personalidad, tiene como todo en el mundo, un centro de gravedad que armoniza todas sus actuaciones fundamentales: en los pueblos primitivos, la tribu y el clan lo constituyen, y por ellos se rige la vida del hombre, dándosela, si es necesario a su bien, sirviéndoles ciegamente en todo caso. En culturas más avanzadas, es la urbe-estado, la que constituye aquel centro, polis griega, v. gr., con igual mandamiento imperativo. En otras modalidades de cultura, es la familia, como en China, o el jefe del Estado, como en el Japón, con elementos religiosos inclusive. Después de la revolución cristiana, ese centro de gravedad se desaloja hacia Dios, como ápice de la salvación del hombre, cuanto espíritu. Quebrantadas todas estas concepciones interpretativas del destino humano por el choque implacable de la filosofía y de la ciencia, sitúase en el hombre mismo, el hombre en sí, y la conducta fundaméntase en normas de asociación y en la dignidad íntima, enderezándose poco a poco hacia la mancomunidad ecuménica.

Ahora bien: en los períodos de transición de estas jornadas históricas de la cultura, debilitado el basamento preceptivo anterior y no hecho aun obligatorio el subsiguiente, los hombres se conducen con gran desorden moral, en que predominan el egoísmo y los instintos primarios, el hedonismo al menos. En tales ocasiones sólo se salvan de esta bancarrota los pueblos y los hombres de recia estructura personal, como se vio en la última guerra del mundo, para unos pocos alemanes, algunos franceses e italianos y la mayoría del pueblo inglés, y como ocurrió antes en la decadencia del Imperio Romano y los agitados días del Renacimiento.

Al perder nuestro pueblo, como la está perdiendo, su fe en los máximos ideales de la cultura occidental, los religiosos, en primer término, los sociales y políticos, los morales, en fin, queda en el vacío espiritual más peligroso que pueda imaginarse, huérfano de conductores hábiles, careciente de puntos de apoyo en lo íntimo de su propia conciencia y sujeto al vértigo de una conducta individual sin rumbo. No poseyendo personalidad definida y sólida, el comportamiento anárquico que esa interinidad de los valores culturales le impone, no le permite conducirse por el substitutivo remedio de la dignidad propia, cumbre de una cultura personal superior.

De ahí que yo enfoque todas mis inquietudes hacia el fortalecimiento de esa personalidad en nuestra gente colombiana, y que, aunando ese propósito con el de resolver en firme la cuestión social-económica, le dedique el máximo esfuerzo que esté al alcance de mis escasos recursos.

*

LO DE ATENAS SURAMERICANA.—Releyendo la página precedente descubro que las fechas que doy como hitos de los tres momentos de colapso de la cultura colombiana son discutibles. En verdad, en achaques de esta índole la precisión matemática es improcedente. Así, v. gr., 1825 marca la cumbre de nuestros triunfos, pero deja adelante el Congreso de Panamá; y por lo que dice a 1948, es apenas el núcleo del ciclón que comienza en 1942 en el orden político y se agrava en 1946 con el colapso del partido liberal por la indefendible pugna de esas ambiciones personales.

Tal así ocurre respecto de 1876. Federación y Regeneración chocan en 1885, sucumbe entonces la primera y continúa alocadamente la segunda hasta su extinción en 1903, pero la Federación quedó, en verdad, herida de muerte desde la guerra civil de 1876.

Igual incertidumbre pudiera hallarse cuando decimos que la segunda culminación de la cultura colombiana tiene su epicentro en 1870, pues solemos hablar de "la generación del setenta" como de la más eminente de aquel ciclo. Realmente la jornada gloriosa va de 1866 a 1876, para ser justos, y por lo tanto, la fecha de 1875 cuadraría mejor con los hechos, pues abarcaría los más destacados acontecimientos culturales de esa época.

Y aquí cabe preguntarnos si efectivamente la metrópoli colombiana mereció alguna vez el calificativo de Atenas en la relatividad de este Nuevo Mundo iberoamericano, y he de res-

ponder que sí, cuanto a la obra cultural de los libertadores, y a la de esta generación del setenta, sobre todo. Repasando la nómina de sus hombres más ilustres, es fuerza reconocer que ningún otro país iberoamericano de entonces la tuvo de mejor calidad ni en tal copia: Los tres filólogos, Caro, Cuervo y Suárez, pues que este último ya avanzaba estudios literarios en el Seminario de Medellín; los tres poetas; Pombo, el universal, Gutiérrez González, el eclógico más original del Continente, y José Joaquín Ortiz, de grande envergadura neoclásica y romántica a la vez, afortunado en mucho; los tres novelistas, el poemático Isaacs, el costumbrista Eugenio Díaz y ese narrador ingeniosísimo, José Manuel Marroquín, remozador sin segundo de la picaresca española, de tipo original zoomórfico; los tres educadores, Dámaso Zapata, Santiago Pérez y Carlos Martínez Silva, egregios en otras esferas de la actividad pública también, mas sin émulo victorioso en esta docente; los tres políticos de mayor aliento, Rafael Núñez, Murillo Toro y Pedro Justo Berrío, disímiles hasta la contradicción máxima, pero grandes en sus respectivas órbitas, los sabios, que abundaban entonces a despecho de la penuria científica del ambiente tradicional, al estilo de José Jerónimo Triana, Ezequiel Uricoechea, Liborio Zerda, Manuel Uribe Angel, Andrés Posada Arango, Fortunato Pereira, Manuel Ancízar etc., con renombre europeo algunos y mérito perenne.

Eso basta para persuadir que sí hubo Atenas Suramericana un día, como lo comprueban, además, la existencia del Mosaico, la organización de la Universidad, la creación de las Escuelas Normales, eximias, la fundación, en fin, de la Academia Colombiana, y ese periodismo doctrinario de grande arresto, en que militaron bravamente los mejores publicistas de aquella edad de oro de nuestra cultura patria.

¿Por qué se nos derrumbarían estos caminos de gloria ya adquirida y de esperanza? El definir tales causas deletéreas constituye negocio fundamental de nuestra sociología, y aporta luz para remediar discretamente lo futuro.

Tengo para mí que siempre hubo tres causas constantes, pobreza de la nación, ignorancia del pueblo y ambición imprudente de unos cuantos, pecaminosa a veces, ya en 1826, ya en 1876, ya en 1948 y años inmediatamente anteriores: de 1942 a 1948 propiamente, según dije antes.

Y tres causas especiales en cada época: la dificultad de comunicaciones al comienzo de la república, cuando teníamos que recorrer sus enormes distancias a lomo de mula y aun a hombro de indio, por cordilleras abruptas y selvas vírgenes que impedían el favorable uso de la locomoción por ruedas, como en otros más afortunados países de igual magnitud; la imprudencia temeraria de los estadistas de esa generación del setenta, que durante la Federación dilató la libertad sin proveer al ejercicio jurídico de la democracia, y durante la regeneración articuló jurídicamente la democracia, pero descuidó la libertad, por donde una y otra fallaron y se derrumbaron al fin. La tercera causa específica que obró en 1948, como lo he anotado, fue la inocultable flaqueza de la personalidad en nuestra gente: rotas las armaduras ideales de otra edad, morales y religiosas en primer término, y sin sucedáneas correspondientes, el pueblo, algunos conductores inclusive, dejose llevar como una brizna al primer golpe de la tragedia y no resistió. Desmoronose su conducta en la aflictiva barbarie de los instintos primarios y se condujo como un ácrata insolvente. Si se salvó del abismo abierto, ello debiose al milagro de dos o tres incidentes y a la recia virtud de unos cuantos hombres —benditos ellos— que rescataron la dignidad de la estirpe.

*

FALLA DE LA PERSONALIDAD.—Juzgo discreto y grandemente útil insistir en el análisis de la personalidad en sí y en su relación con nuestra actual conducta nacional, porque he observado grave confusión en el común entendimiento suyo. Así, muchos creen que la violencia, y aun la insolencia, son signos de personalidad vigorosa y se esfuerzan por serlo o parecerlo, cayendo neciamente en la vulgaridad, sobre todo la inexperta juventud; y no hay para qué decir que todo el mundo confunde muy a locas la audacia con la recia personalidad, siendo así, al contrario, que mayor coraje se requiere y más vigor volitivo, para la moderación y la conducta ecuánime, para la afabilidad y la justicia: nada más audaz e imperioso que los instintos primarios, ni cosa alguna más distante de lo que significa la personalidad eficiente.

Porque ésta, descartando su definición filosófica, harto discutible, ha venido adquiriendo por evolución semántica un significado social de uso común, que todos ya entienden aproxima-

damente, sin lograr de ello conocimiento preciso. Hasta hace poco se la confundía con temperamento y carácter, y siempre se la tuvo, por la cualidad íntima del modo peculiar de ser cada hombre. Ahora parece abarcar otros componentes, desde esas modalidades fisiológicas que se expresan en el temperamento, y esa expresión física suya que decimos "presencia" (buena o mala presencia, v. gr.), hasta las virtudes morales y la cultura mental que distinguen al individuo y lo diferencian.

De ahí que pudiera definirse como el atributo sintético del yo, como resultante de la conjunción de todas las cualidades de ese yo en su función social. De ahí que mientras más nobles sean dichas cualidades y más armónicamente estén relacionadas entre sí, mejor personalidad tendremos. Y como quiera que las morales, raíz de la conducta, constituyen el nódulo central de ese complejo de virtudes de la persona, ya que es, en el sentido que de ella estamos contemplando aquí, sujeto social primordialmente, se deduce que la buena conducta es la mejor demostración posible de una vigorosa personalidad.

De acuerdo con lo que acabo de exponer, se comprende fácilmente que una nación de definidos rasgos étnicos, tenga temperamento mejor organizado, y si culta, carácter más armónico, que le permiten resistir los rudos embates de las revoluciones sociales y el infortunio mismo de las derrotas. Véase, si no, la reciedumbre de carácter con que el pueblo inglés soportó la catástrofe mayor de la historia humana y la pulcritud de conducta con que ha venido realizando una de las transformaciones sociales más intensas que pueblo alguno haya realizado, sin desplantes de anarquía, sin división de su gente entre víctimas y victimarios, con justicia y en orden... y véase lo ocurrido en países que no gozan de esa sólida estructura étnica.

Aduzco ese ejemplo para poder comentar la situación muy disímil en que nos hallamos en Colombia: nosotros veníamos viviendo, conviviendo diré mejor, mediante la gerencia social y oficial de una clase criolla de estirpe ibérica y alcurnia cultural hispano-romana. Ella nos gobernó desde la emancipación hasta el presente, conformándose muy dignamente a los mandamientos de esa cultura y de esa estirpe. Ahora sube el copioso aluvión de otras estirpes, más o menos mezcladas, al comando de la vida en sus varios órdenes, el económico y el social lentamente, el

gubernativo con mayor premura, y el problema surge al primer impacto de ese hecho. Tales estirpes nuevas pueden desamar la conducta de aquella orgullosa tradición a impulsos de un resentimiento atávico, o trastrocar la categoría de los valores supremos por la instigación urgente de los que predominan hoy en la lucha inmisericorde del mundo, y como otros valores vicarios no existen, el caos puede así llegar a ser el trágico timonero de la patria.

Por tales razones, que no me atrevo a zahondar suficientemente, conceptúo que debemos refugiarnos en intensa educación pública de la personalidad, por la escuela primaria sobre todo, y desconfiar mucho de ese afán moderno del alfabetismo que centra la cultura del pueblo en la dotación suya de un instrumento de saber y no en la reciedumbre moral del ser mismo: Otros pueblos, Estados Unidos, v. gr., de miscelánea composición étnica también, han logrado unidad cultural superior mediante la acción eficacísima de su estupenda escuela pública.

*

REACCION INMEDIATA.—No todo fueron sombras, sin embargo, y motivos de angustia: es justo reconocer que en la índole del pueblo colombiano hay madera para constituir nación de noble cultura y un Estado de normas eminentes. Dígalo, si no, la reacción moral de la inmensa mayoría ciudadana del país, que en vez de sumirse en el colapso de una desolación inerte, por dondequiera alza la voz, pide nuevo rumbo y hábiles remedios. Al recibir yo la investidura de rector universitario me fueron llegando de todas las regiones de la patria, las más discretas y más remotas inclusive, mensajes que en un principio juzgué ser actos de compañerismo, de amistad o de cortesía, mas ello es que poco a poco advertí que su número era mayor del que yo pudiera merecer y que, de una u otra manera, pero todos en algún sentido, clamaban porque la Universidad asumiese la misión redentora de la cultura patria, de la cultura moral de nuestros mayores y de la cultura armoniosamente integral de lo futuro. Yo no sé qué hálito de orfandad había en aquellos mensajes que pedían socorro al máximo instituto de la cultura nacional y en ese como arremolinarse del espíritu al rededor suyo en solicitud de protección y albergue.

Y yo me decía entre mí, analizando y sopesando aquel hecho:

he ahí que en los escombros nacen siempre la ortiga irritante y la cicuta venenosa, mas de estos escombros del nueve de abril están surgiendo nuevos y raros fenómenos de restauración cultural efectiva, nuevo ímpetu de superación y acaso un nuevo mundo. Ocurren en verdad cosas que no por leves aun en su fina raigambre de planta naciente y breve tallo, dejan de ser promesa fecunda. Hemos visto a uno de nuestros hombres rescatar heroicamente la juridicidad del Estado a peligro de su propia popularidad; a otro enderezar la política caótica con inesperado vigor y magno riesgo; a un tercero, en su difícil altura, conservar incólume la dignidad de los próceres; y a otro vimos también, que herido en el alma y desposeído de su patrimonio material sagrado, respondió al ultraje ciego de las turbas con la blanda bendición de su mano enferma de senectud y físicos dolores.

Y a la institución armada por excelencia, ser baluarte e insignia de fidelidad a las leyes; y a los partidos políticos congregarse a la sombra de la cordura, y proclamar que normas más altas que su lema les une.

Y con ellos, instituciones y jefes, vimos levantarse sordo murmullo de la inexpresa multitud ciudadana, en la reacción presurosa de sus ideales supremos: un clamor de corazones en que bullen la angustia de perder la herencia de pulcra legalidad que nos legaron nuestros padres, la inquietud de aparecer ante la historia como generación frustránea y confusa, y la convicción de que algo flaquea en los derroteros del destino. Pero, sobre todo, la recia voluntad de ser y de ser noblemente.

Esto se percibe en los programas de nueva vida nacional que ya se esbozan en el gobierno, en el seno deliberante de los partidos y en cenáculos sociales de intensa inquietud patriótica. El primer hecho aprovechable es, sin duda, la mayor receptividad política que el infortunio ha suscitado en todas las esferas de la opinión pública, una a modo de exquisita sensibilidad moral de la nación que coloca los intereses de la comunidad por encima de los parciales de gremio, de clase y de partido, y enaltece su vocación por las grandes empresas de bienestar común y la cultura espiritual.

Sobre esta depurada sensibilidad moral con que Colombia responde al felino zarpazo de la fortuna adversa, vamos sus

hombres a discutir amigablemente las reformas sociales y culturales que garanticen el "nuevo trato" de nuestras relaciones mutuas y el destino histórico que nos es indeclinablemente común. Dos de ellas constituyen el centro de gravedad de ese nuevo mundo, las de índole económico-social que alivien los graves desniveles de comodidades o recursos, y fortalezcan el rendimiento de la producción nacional, sobre bases de sensatez técnica y de justiciera ponderación, sin caer en el desorden, y las que prosperen la cultura intelectual y moral con base en el desenvolvimiento armónico de la persona, para que nunca más nos sorprendan las calamidades sin la adecuada reciedumbre de buena conducta, que sepa y pueda y quiera resistir su cruel embate, a las veces "sorpresivo" y deletéreo.

*

LA ECONOMIA Y EL FISCO.—Los remedios deben, en lo posible, adecuarse "ecuacionalmente" a las necesidades y trastornos que contemplan: por razones fáciles de entender, mal encauzamiento desde luego de los sentimientos que las calamidades y la injusticia producen, predominan entre nosotros la desgana de trabajo, su desorden y poca competencia, con el ineludible resultado de una producción deficiente y de una redistribución más defectuosa aún.

Para estimular ese trabajo y robustecer esta producción hemos propuesto múltiples recursos, más o menos efectivos, pero no los hemos organizado hábilmente. Principiando por la receta común de "producir", que todos encomiamos día y noche, sin parar mientes en que la norma debe condicionarse mejor diciendo "enseñar a producir" que, conduciendo a lo mismo que se propone, lo endereza más a su propósito y mejor lo define ciertamente.

Ahora me interesa abordar otro aspecto de este grave negocio, el de aprovechar equitativamente lo poco que producimos. Vuelvo atrás los ojos y miro con aplauso nuestra revolución fiscal en aquella parte suya que dice relación a los impuestos directos como más justos y productivos que los meramente indirectos de que antes se nutría el fisco nacional, para traer a consideración de nuestros economistas y financieros si no es el caso

de completar esa revolución con su corolario social de una redistribución directa también.

Tal como las cosas ocurren hoy en este achaque de la redistribución de los beneficios del trabajo, seguimos pensando que el Estado es el mejor gerente de aquella redistribución, y alegamos, sin duda en mucho cuerdamente, que así se logra mayor justicia distributiva, y máxima generalización del bien común a que se destinan: orden público, higiene, instrumentos de cultura, vías de comunicación, estímulo de la técnica, et sic de coeteris, lo que es verdad y contribuye a la protección de mayor número de gentes desamparadas y de muchas regiones que carecen de recursos definitiva o momentáneamente. No se puede, pues, eliminar este procedimiento de redistribución tradicional y justa.

Sino que esa redistribución de vehículo fiscal es en todas partes, y aun más entre nosotros, terriblemente dispendiosa y hasta inconducente en ocasiones: de lo percibido fiscalmente no regresa al productor el cincuenta por ciento, porque los gastos de administración, de burocracia y de incuria retienen la mayor cuantía de ese rendimiento, hasta el punto de que estimo exagerado el cómputo del tal cincuenta por ciento de aplicación útil. En cambio, la acción directa de industria a operarios filtra menos aquel producto y permite el aprovechamiento de un porcentaje mayor de las respectivas utilidades del trabajo, nunca menor de un ochenta por ciento en el peor de los casos.

De ahí que contemple que el Estado colombiano no debe acaparar más y más las utilidades de nuestra industria, antes permitir que el obrero las reciba en buena porción directamente, como lo he sostenido en estudios anteriores.

De esta manera el dicho obrero amará la industria de que deriva su salario normal y aquella justa participación en las utilidades y, lo que es no menos apetecible, perderá este su hábito de considerarse enemigo de la misma obra en que se emplea, como hoy infortunadamente ocurre, y ésta su deletérea desgana de perfeccionar su obra y hacerla más abundante.

La redistribución indirecta de las utilidades del trabajo industrial puede, en ocasiones, ser más técnica, y como ya dije, más armónicamente repartida por clases y regiones, pero eso no lo advierte bien nuestro obrero común, como sí advertiría el tener mano a mano el provecho inmediato de sus labores. Empero, las circunstancias de incultura, vicio y costumbres en que actualmente vive no nos permiten forjarnos la ilusión de que él sí aplicará en bien propio o en bien social y familiar aquellas utilidades: De ahí mi propuesta de uno a manera de matriarcado económico, es decir que parte de ese salario y todas aquellas utilidades vayan a la gerencia de la mujer jefa del hogar para protección de éste y de los hijos. ¿En qué proporción? Pues... ensayémoslo discretamente.

Esas utilidades pudieran, así, ser destinadas a la amortización de la respectiva habitación obrera o a cuotas de un seguro social aun más amplio: que los peritos lo estudien y legislen, pues el 9 de abril no hizo sino confirmarme en esta mi arraigada opinión y hacérmela ver más urgente.

*

CAPITALISMO SOCIAL.—No se me oculta que muchos de mis lectores consideran alocada dicha mi tesis del matriarcado económico, o a lo menos, muy difícil de amoldar a nuestras leyes y costumbres. Yo quisiera que la meditasen más largamente. Porque ella busca la solución de problemas muy arduos y de no menos graves conflictos de la personalidad y de la familia en Colombia.

Un hogar "responsable" mide la procreación con las severas restricciones de su posibilidad económica, y no podemos pretermitir la evidencia social colombiana de que los más aptos se reproducen menos, con que, en país sin inmigración, tendremos muy pronto inversión peyorativa de la estirpe. Y si el que menos produce se reproduce más, a la postre tendremos, asimismo, nación desposeída de suficientes recursos para subsistir cultural y aun biológicamente.

Aspiro, no a que Colombia sea pueblo de ricos, sino a que en su conjunto sea rica: lo que vale decir, que no me interesa un ardite el que subsista el capitalismo individual, mas sí anhelo mucho el social, el de todos, grande en su conjunto, pero discreto en su distribución.

Ni excesivos capitales privados, ni capitalismo de Estado tampoco: que cada cual tenga lo que le permita vivir decentemente. La felicidad no estriba en la abundancia de bienes, sino en su adecuación a nuestra capacidad de su aprovechamiento útil.

Y en manejar nosotros mismos ese aprovechamiento, y no en derivarlo de mano ajena, en una a modo de gota de leche del Estado, con tetero más o menos gratis para cada uno. Fuera de que el Estado, aquí sobre todo, nunca estará en capacidad de ser hábil gerente de industrias y dineros, antes lento, inepto y terco, como siempre lo ha sido.

Capitalismo social, porque es sueño estrafalario el pretender igualarnos en el común denominador de la miseria, como infantilmente lo entrevieron muchos maleantes el 9 de abril, con aquel dicho que se dijo aquí en las horas sombrías de la catástrofe: "ahora vamos a ser todos pobres". Fórmula de resentimiento estéril con que el pueblo inadvertido responde a la propaganda de los ideólogos imprudentes que no miden la responsabilidad de sus actos o la miden con la norma equívoca de su egoísmo momentáneo.

Y no es que yo atribuya a la mujer mayor competencia para el manejo del patrimonio familiar, ni sueñe con que el hombre respetará gran cosa esa nueva atribución femenina de distribuír prudentemente los recursos económicos del hogar. Muchos abusos subsistirán, sin duda, y no faltarán tampoco atropellos y desmanes. Mas ello es que la defensa de su persona, su decencia sobre todo, y la protección de sus hijos, adquieren con ello base más sólida. Hasta es verosímil que entregue a su hombre vicioso la porción de salario que legalmente obtenga, pero, aún así, siempre será la que de, y dar es categoría de dominio, fuente de aprecio y cabrestante de retención para los huidizos y falsarios. A los buenos en nada afectará esta medida, que pues la practican ya de suyo, y en cuanto a que la mujer pervertida abuse de tal derecho, quedan muchas soluciones que pueden impedirlo, inclusive la convenientísima de hacer al hombre más prudente en la constitución y organización de su propio hogar.

Nunca seremos nación grandemente acaudalada, porque el país adolece de muy serias limitaciones en su poder de producción, mas sí lograríamos fácilmente, por discreta conducta de nuestros recursos, vivir con decoro dentro de la preciada atmósfera de la cultura universal, y aun contribuír a ella con muy nobles obras. Esta misma escasez de géneros explotables de que padecemos ahora y la consecutiva penuria de recursos pecuniarios extranjeros, de divisas como solíamos decir antes, de dólares como hoy decimos, pudiera ser explotada favorablemente llevándonos a establecer en el país las innumerables industrias menores que producen los artículos de comodidad apetecible que hoy escasean en el mercado o adquieren precio excesivo. Sin aspirar a autarquía imposible, y aún indeseable, la precaria situación del comercio actual de Colombia, en cuanto a los instrumentos de cambio de que hoy dispone, bien manejada sería susceptible de feliz aprovechamiento: el amplio desarrollo de la población y el notable aumento del consiguiente consumo ofrecen ya ocasión para que industriales de dentro y de fuera intenten ganar para sí lo que transportes, seguros y traficantes intermedios ganan hoy.

Y así digo, que si no logramos diversificar nuestros géneros exportables, ensayemos diversificar nuestra propia industria interna, y desahogar en tanto la estrechez del comercio exterior.

*

SALARIO CAMPESINO.—Si el salario del obrero urbano se hace más insuficiente por los trastornos de conducta personal que las ciudades fomentan, el jornal del campesino nos ofrece mayor deficiencia, casi insoluble. Porque si el peso colombiano vale más o menos treinta centavos de dólar y el dólar sesenta centavos de oro físico, aquel salario que sólo alcanza en promedio a un peso con cincuenta centavos de nuestra moneda, resulta ser de solo treinta centavos oro, para el sostenimiento de seis personas por familia (mínimo computable) y desde luego, inadecuado a todas luces.

Que haya o no problemas de latifundio y minifundio entre nosotros, lo esencial en nuestra economía agropecuaria es aquel bajo nivel de sus salarios. ¿Puede la nación, Estado e industrias inclusive, resolver este conflicto? No me atrevería a ser muy optimista. Mas seguramente existen remedios colaterales que logren aliviarlo un poco, y a ellos voy a referirme.

En primer lugar es necesario establecer claramente que el salario en la industria cafetera (medio millón de predios cultivados), rige en mucha parte el que pueda establecerse en otras, y de ahí que debamos ahincadamente procurar precios más y más remunerativos para nuestro café, sobre la base de que ello es justo en sí y, sobre todo, conveniente para los mismos países consumidores. Una política discreta que demuestre a esos países esta

verdad irrecusable, con ser difícil, no parece inoportuna hoy día. De esos países, Estados Unidos es el principal, casi único ahora, y nadie ignora el criterio de sensatez y de justicia que distingue al pueblo norteamericano en sus relaciones con el resto del mundo, de este mundo iberoamericano sobre todo.

De nuestra parte, disponemos de instituciones muy bien orientadas que atienden a mejorar los cultivos, abaratando su costo de producción por la técnica, la conservación de los suelos fecundos, el crédito liberal, el comercio equitativo, los transportes, la higiene, en fin, y la buena habitación campesina. Es un esfuerzo gigante, sin duda, pero no suficientemente redentor.

De estas medidas, una hay que aplaudo grandemente: el que toda familia de jornaleros tenga derecho a la propiedad o al usufructo de un predio mínimo en la hacienda donde regularmente resida, como ya ocurre en muchas regiones, para el cabal aprovechamiento del trabajo de mujeres y menores que auxilie la economía doméstica.

Otra es la institución de médicos rurales que mediante subsidio del Estado puedan vivir en las aldeas y pueblos menores, para atender baratamente a la salud del campesino, estudiar poco a poco la geografía nosológica del país y ser núcleos de divulgación cultural eficacísima. Calculando en quinientos los municipios colombianos que urgentemente necesitan de este auxilio, y a doscientos pesos "per capita" aquel sueldo oficial, tendríamos la erogación de un millón doscientos mil pesos anuales, que no derrota nuestros recursos, que antes alivia las campañas de higiene trashumante, no tan útiles, ciertamente, por lo efímeras y someras que son de suyo. Además, a los principios de esta institución no habría posibilidad de servir cumplidamente esa crecida demanda profesional, puesto que a lo sumo lograríamos establecerla en uno o dos centenares de pueblecitos más desamparados y remotos.

A esta medida básica habría que añadir ciertos estímulos personales para el joven profesional, y otros varios recursos técnicos: El informe que ha de rendir al final de esta misión suya debe ser retribuído, si resultare excelente, con beca de estudios en el exterior, si meritorio en alguna manera, con mención honorífica o con su aceptación como documento de idoneidad en los concursos para elección de profesores agregados. Además, es

ineludible apoyarlo científicamente con el establecimiento de centros hospitalarios menores en sitios estratégicos de la respectiva comarca, a fin de facilitarle el cabal cumplimiento de sus tareas profesionales de terapéutica y diagnosis.

Cosa similar debe proyectarse respecto de los jóvenes abogados: su misión de prueba y ejercicio como alcaldes de pueblo puede contribuir a romper malas costumbres en los cabildos respectivos cuanto a manejo del fisco municipal, tan desordenado casi siempre y tan dilapidado a veces, aun dolosamente; amén del mucho beneficio de sus posibles iniciativas culturales de otro orden y de su propia disciplina.

Dentro de las reformas que estoy estudiando para "regionalizar" la acción cultural dinámica de nuestra Universidad Nacional, he creído muy útil establecer unos cuantos núcleos de instrucción, tres digamos por ahora, de administradores de hacienda, que sean como elementos intermediarios entre el agrónomo y el veterinario doctorados y el mero peón ignorante, para vincular la cultura superior al campo agrícola. Yo sé bien que instituciones de esta índole han fracasado en Colombia, y que ya nos asedia el pesimismo en tales proyectos. Mas sé también en qué consiste el fracaso, y no vacilaría en afrontar esas dificultades. Nariño, Huila, Santander del Norte, Magdalena, el Sinú y el Chocó lo requieren en primer lugar, y sería discreto, como ya lo estudio, comenzar por tres de dichas obras, sobre la base de que constituirían precioso vínculo entre nuestras facultades superiores y la conveniencia inmediata de los hacendados, y un recurso de instrucción técnica para los hijos de éstos o los propietarios menores independientes que no puedan o no quieran cursar estudios más lentos y difíciles: algo de letras, algo de agronomía y veterinaria teóricas, con sus nociones básicas sucintas, y mucho de ejercicio permanente, en dos años obtendríamos enorme beneficio.

Y, naturalmente, armonizar estos institutos con los que ya tienen otras entidades, ministerios de Agricultura e Higiene, Gobiernos departamentales, Sociedad de Agricultores y sus cuatrocientas filiales provincianas, Federación de Cafeteros, en fin, poderosa y fecunda, para su mayor eficacia y mayor economía funcional, sin repetir inútilmente las tareas, como suele ocurrir muy a menudo entre nosotros.

ECONOMIA REGIONAL.—Esto de la geografía nosológica del país de que traté en mi artículo anterior está casi hecho, si consultamos lo ya obtenido por la higiene y la milicia: en los archivos del Ejército deben de existir las notas de examen de conscriptos con cuantos informes se requieren para ello, y bastaría que el ministerio respectivo lo ordenase para que sus médicos, o cualquier estudiante de medicina que desee elaborar una buena tesis, lo realice.

Porque en Colombia tenemos que estudiar el país y sus gentes región por región, y en muchos casos kilómetro por kilómetro, para entender acertadamente sus problemas.

Así su economía.

Los tres ramales de nuestra cordillera andina, vértebra orográfica de este país, con emanar de un mismo tronco y adelantar su curso casi paralelamente, no conservan ni suelos ni subsuelos iguales, que hasta su mineralogía es harto disímil; no alimentan fauna y flora que les sea exactamente común, y no producen un tipo humano de caracteres semejantes: hay, pues, que interpretar por menudas porciones ese nuestro ambiente físico.

El clima que de él resulta no puede ser más vario y discordante. La altitud, la temperatura y la humedad parecen regirse por la ondulación de las montañas rusas, y engendrar el caos de las estaciones. El régimen de los vientos, que necesariamente condicionan la precipitación pluvial, y con ello la biología de las regiones, zigzaguea y entrechoca a cada paso, con deplorable incertidumbre. Sitios hay donde el pluviómetro marca cincuenta centímetros, y otros en que registra con holgura diez metros, así llevándonos de las planicies semi-desérticas a las hostilmente pantanosas y lacustres.

Los valles del Cauca, del Magdalena, del Amazonas y del Oriente en general, en nada se parecen, y como la cordillera, requieren estudio en pormenor particularizado.

La pobreza original de algunos suelos o su paulatino empobrecimiento trae ya raquíticas las especies vegetales y animales que escasamente nutren, y no veo por qué el hombre haya de escapar a este deterioro, antes me confirma en tal presentimiento la somera observación personal que me asiste: departamentos donde la reciedumbre de la raza fue hasta hace poco proverbial y evidente, no la ostentan hoy ni vigorosa ni tan hábil. En algunos

sitios dicha decadencia toca ya los límites de la decrepitud y urgentemente nos demanda acucioso remedio.

La variedad, la inestabilidad (y la precariedad, por ende,) de nuestra naturaleza física nos imponen su estudio y su tratamiento parcelario del país, de que se colige lo muy provechosas que son instituciones ya felizmente adelantadas, como la huerta casera, y las no organizadas aún, granjas municipales, por ejemplo, de todos los municipios, se entiende, y en algún modo vinculadas a la escuela pública, para la enseñanza objetiva de cualquier reforma agropecuaria 'in situ".

De estas instituciones de índole cultural al parecer adjetiva, una seduce mi ánimo con atracción vehemente: la de la casa cultural de cada municipio, en que se aúnen la educación, la instrucción y el recreo, y sean algo así como eslabones vinculares entre los institutos de la cultura superior y el pueblo rural. Pudieran organizarse tan elementalmente como se quiera al principio, un saloncito de reunión social, con cinematógrafo recreativo y educativo bien seleccionado, y un embrión de biblioteca pública circulante, del tipo de las aldeanas que el ministerio de educación inició felizmente en 1934, con centro de distribución y de consejo en la Biblioteca Nacional, donde todavía subsiste el departamento de correlación correspondiente, aunque punto menos que inerte ahora. Para su fundación deben asociarse el municipio, aportando la casa, el departamento, los sencillos aparatos de proyección cinematográfica y radio-recepción, que no son hogaño muy costosos, y la nación, los libros de la dicha biblioteca rudimental. Federando, para este fin, las funciones de la Biblioteca Nacional y de la Universidad Nacional, con estas nuevas funciones de cultura dinámica, aquella sería la estimuladora como órgano de distribución de nuevos libros y de la correspondencia activa, y ésta contribuiría con el mensaje periódico de sus mejores iniciativas culturales a través de publicaciones adecuadas a este objeto, que, por otra parte, ya tiene establecidas.

Iniciar labores culturales sin organizar previamente los respectivos núcleos de población recipiendaria es algo improcedente que la experiencia recusa: Granjas municipales y casa cultural municipal resuelven en parte, y muy noble ciertamente, este gravísimo defecto.

DIFUSION RURAL DE LA CULTURA.—Sobre la base de la Casa Municipal de Cultura, base imprescindible, podemos iniciar la vinculación de la Universidad al campo agrícola. No se trata ya de "regionalizar" nuestro magno instituto docente fundando ramales suyas en los departamentos, según su índole y necesidades más notorias, sino de "democratizarla" llevando al propio hogar del campesino la labor educativa de sus tareas, en cuanto éstas estén a su alcance y le puedan ser útiles.

En Colombia existen alrededor de un millón de fincas rurales y unos seis millones de labriegos, en su mayoría aislados de inmediata comunicación con el movimiento económico, social y político de la nación, en regiones a veces, muchas veces, solitarias y remotas. Hacer que todos los días esas nobles gentes escuchen la voz del lejano mundo de la civilización, oigan unas palabras de aliento y amenicen un instante siquiera de su monótono vivir cotidiano, amén de alguna somera instrucción que aproveche a su esfuerzo laboral o a su espíritu, es algo prodigioso para el avance de la cultura patria y eminentemente justo para con esos seres desamparados y humildes que producen la riqueza común con el aporte total de sus vidas.

La tarea es grande, y algunos hay que la juzgan inverosímil, no así yo, que la he estudiado lentamente.

Porque es posible obtener aparatos radio-receptores de pilas secas, fáciles de manejar, a precio menor de cincuenta pesos, que pudieran darse a plazos prudentes, con amortización de un peso semanal, digamos, que esté al alcance económico de un gran número de labriegos, y obtenibles en la prenombrada Casa Cultural del municipio, con más las indicaciones e instrucciones pertinentes u ocasionalmente necesarias, reparación técnica inclusive.

Dichos aparatos se pueden construír, y así me lo ofrecen casas industriales de gran prestigio, únicamente "sintonizados" con la respectiva estación radio-difusora que a ello se destine, la de banda de 62 metros, por ejemplo, y 4.955 kc. que funciona hoy para todo el país en el departamento de extensión cultural del Ministerio de Educación, pues de otra manera se les aplicaría a recibir programas de otra índole, demagógica, comercial o meramente parlanchina, improcedentes o dañosos, que agotarían el aparato en poco tiempo.

Usado éste durante media hora diaria, su batería se recargaría automáticamente, hasta duración posible de dos años, lo que es fundamental para el proyecto, ya que el costo de nuevas pilas ahuyentaría a muchos.

El programa docente no puede ser más sencillo, ni más fácil: Cinco minutos de noticias nacionales, cinco de noticias extranjeras, cinco de música y quince de una conferencia instructiva o educativa elemental. La Universidad tiene ochocientos profesores: pedir a cada uno de ellos que escriba breve exposición de quince minutos una vez al año, apenas una vez al año, sobre "en qué es útil al campesino colombiano lo que usted enseña en su cátedra", agronomía, veterinaria, higiene, construcciones, mercados, educación cívica, educación moral, artes y oficios etc.... y suponiendo que sólo el cuarenta por ciento de tales profesores responda, obtendríamos el material docente cotidiano.

Cada una de estas exposiciones pasaría al departamento de extensión cultural universitario para su acondicionamiento a las presupuestas proporciones de tiempo y a lenguaje bien inteligible para gentes iletradas, y luégo al departamento de extensión cultural del ministerio respectivo para su adecuada radio-difusión técnica.

Comenzando esta labor divulgadora con mil aparatos, o sean cincuenta mil pesos de gasto inicial, en pocos años pudiera ampliarse a diez mil, y hasta cien mil, con resultados que es difícil encomiar suficientemente: Basta pensar un momento en lo que significaría para un campesino del Chocó o del Putumayo, del Patía o el bajo Cauca, de la Amazonia o los Llanos Orientales oír, al regresar de sus tareas, entre seis y siete de la tarde, la voz del mundo, no ya remota y confusa, sino amiga y casi hogareña, que le distrae, que le instruye y le conforta en esa su agobiadora soledad. Si es que de sólo pensar en ello un breve instante, siente uno que estamos faltando a gravísimos deberes y siendo injustos hasta el linde de la crueldad y de la temeridad imprudente.

*

CULTURA BASICA.—En llegando ahora a la esencia misma de nuestros programas educativos debo decir sinceramente que han recibido grande atención por parte de la sociedad y del Estado, y notable incremento. Ministros de la educación, ciudadanos de vocación apostólica y profesores muy peritos le han dedicado a veces lo mejor de su vida. Las respectivas instituciones crecen,

aumenta el curriculum de estudios correspondiente, los estudiantes acuden en proporción abrumadora... mas yo no sé qué incongruencia surge entre esos hechos, esas obras y su resultante final que las determina poco eficientes. A mi ver ello consiste en que nuestro crecimiento cultural opera horizontalmente, en avance colateral vegetativo, como la grama, y no en estructura vertical armónica. Aumentamos clases y profesores, mas no consolidamos el conocimiento de las materias básicas de esa cultura ni robustecemos el aprendizaje de las que son medulares en cada facultad.

De esto adolecen la primera enseñanza, el bachillerato superficial extenso y el doctorado. Hay algo de calcomanía en las nociones que reciben nuestros educandos de toda índole y en consecuencia resultan profesionales de incierta maestría en el oficio y personalidad muy débil. Y como ello repercute calamitosamente en el comportamiento social y en la conducción de los graves negocios de la república, conviene corregir un poco siquiera este trastornado orden.

Con efecto: cada facultad se compone de un grupo de materias nucleares que la constituyen en lo que es como función social y concepto en sí. En medicina, digamos, fisiología o sea, funcionamiento normal del organismo humano; perturbaciones correspondientes o patología (estructural y funcional); manifestaciones clínicas de esas perturbaciones; tratamiento y deontología o conducta profesional del médico. En jurisprudencia, estructura y funciones de la sociedad, funciones jurídicas de derecho privado y público, procedimientos jurídicos correspondientes y conducta profesional, en fin, del abogado, etc. Las otras asignaturas complementan o especifican estas funciones. A la universidad incumbe, pues, que esas nociones vertebrales sean dadas y sean adquiridas con plenitud de pericia y de conciencia, porque así la sociedad quede, hasta donde ello sea factible, a salvo de la ignorancia, la improbidad y el embuste.

Juzgo superfluo encomiar el mérito de la especialización y la profundidad en el natural fraccionamiento de estas materias, por lo vario, lo amplio y difícil de su actual contenido, y a ello debe atender la Universidad en cuanto pueda, honrada y oportunamente, así como a la investigación, indeclinable ahora, pero su tarea primordial consiste en dotar a sus alumnos de un saber bien entrañado y sintético que les permita resolver con adecuada pericia los casos más comunes de su profesión, aquellos con que tendrán que enfrentarse funcionalmente en el solitario ejercicio de ella, como lo hacían nuestros abuelos ilustres.

La aplicación de este criterio pedagógico es asimismo urgente en la segunda enseñanza que conduce al bachillerato, muy dispersa hoy y superficial, y muy ceñida, infortunadamente, a ser como el atrio de los estudios profesionales, cuando, al revés, constituye disciplina cultural en sí, preciosa y completa. Seguir considerándola como materia lectiva de transición y no como edificio cultural propio, establece error grave que a ella debilita y a la universidad abarrota de falsas vocaciones y fútiles esfuerzos.

Y de este modo, perfunctoriamente y como a salto de pulga, llego, en fin, a la educación primaria, basamento o plinto de esta columna cultural que estoy analizando. De ella hablamos todos con ahinco, encomiando su importancia siempre y doliéndonos a menudo de la insuficiencia con que cumple entre nosotros sus funciones en calidad y en cuantía. De mi parte he de repetir en este artículo final de la presente serie, décima vez, y no la última, que apreciando comedidamente la utilidad cultural del alfabetismo, le tengo por muy inferior a la educación moral de la persona, y hasta por dañino cuando ésta no lo asiste intensamente. Por tal razón imperativa conceptúo que las autoridades docentes, ministerio y secretarías de educación, normales de toda índole existentes en la república y demás instituciones a las que ello incumbe, como la iglesia, v. gr., deben organizar tenacísima campaña en pro de la formación de una mayor reciedumbre moral de la persona humana en el país, indicando a los maestros de la niñez que no escatimen las ocasiones que tengan de predicar sobre este asunto, que antes las busquen y aprovechen hábilmente con lección formal, con anécdotas atractivas, con sesudos comentarios de lo que vaya ocurriendo en el mundo, con aforismos, lecturas y carteles murales, con premios y encomios, con cinematografía y radiodifusión, en fin. Un aluvión de enseñanza incontenible. Un nuevo sentido de la educación, que tenga por centro, centro de interés suyo o centro de gravedad, como antes dije, que nos abastione el espíritu de las nuevas generaciones y nos lo encumbre a la dignidad de su misión egregia.

Porque es estúpido que a la brevedad de la vida y sus congojas peculiares les añadamos el afearla torpemente o hacerla inútil.

HISTORIA MAGNA DE COLOMBIA

(ANTEPROYECTO QUE ESTUDIA LA ACADEMIA)

El informe presentado a la Academia Colombiana de Historia por sus honorables miembros de número, don Juan C. García, Pbro., don Enrique Otero D'Costa y don Carlos Cortés Vargas, fechado en septiembre de 1941 y relativo a la presunta redacción de una historia extensa de la nación colombiana, desde sus orígenes hasta el día de hoy, es documento-guía de indeclinable consulta en este asunto, y en consecuencia me ceñiré, para el breve comentario de dicha materia, a sus normas más eminentes.

Ciencia y arte a la vez, la obra del historiador debe ser a un mismo tiempo instructiva, normativa y amena, ceñida por ende, a la mayor veracidad asequible, a justicia indeficiente y a la impecable gallardía de un estilo noble y grato. Amén de puro, porque en tratándose de obra colombiana y de obra educativa de las futuras genetes, su casticidad se impone de suyo. De ahí, pues, que sea convenientísimo el que haya junta especial revisora del lenguaje, o un mentor, a lo menos, bien calificado en dicho menester, fuera de los que se designen para aquilatar la tarea histórica propiamente.

Por tales razones no aconsejaría yo, caso dado, que esta obra fuese prolijamente crítica de documentos ni muy amplia en narraciones expletivas o circunstanciales, antes ajustada apenas al ágil discurrir de los hechos, con habilidad de trazo que abrevie la dicción sin minorar las esencias. Que lo "monumental" se predique de ella por su excelencia más que por su volumen: ojalá no pase de veinticuatro tomos de discreto tamaño, de a cuatrocientas páginas cada uno, en dieciseisavo, por ejemplo, y papel "Edad Media", con tipo de lectura fácil y márgenes generosamente espaciosos.

La historiografía, como el proceso mismo del acontecer histórico, debe tener estructura orgánica y mostrarse orgánicamente vertebrada. Esa columna vertebral corresponde a la función eminente de las sociedades congregadas en república, es decir, a la función política que las constituye en unidad de pueblo y en juridicidad de nación histórica. A esta columna vertebral

confluyen, pues, funcionalmente todas las actividades individuales, familiares y sociales que alcanzan valor de "res publica", categoría de perduración eficiente, y en tanto, las instituciones de cualquier índole, económica, religiosa, científica, artística, jurídica, partidaria etc., en que la actividad social nacionalizante se exprese.

Este devenir histórico ocurre en Colombia por magnos ciclos funcionales precisos, que espontáneamente definen la división capitular de su historiografía, a saber: conquista territorial o país, hasta 1564; formación colonial del pueblo, o nación propiamente, hasta 1760; gestación social precursora de la emancipación política, hasta 1810, veinte de julio inclusive; luchas iniciales que delimitan y robustecen este sentimiento, de 1810 a 1819; las grandes jornadas militares de 1813, segunda liberación venezolana, y de 1819, de la neogranadina, procesos objetivos de la Gran Colombia y fundamento de Bolívar; la misión panamericanista, democrática y jurídica de esa Gran Colombia; constitución independiente de la Nueva Granada, fijación de su propia ciudadanía, conceptual y material, de 1832 a 1849; su inquietud política centralista-federalista, hasta 1863, constitución de Ríonegro inclusive; pugnas entre nación y estados, entre Estado e individuo, entre libertad y orden, hasta 1886; institución de la juridicidad unívoca para la nación entera, y la discordia entre el orden pasivo y la democracia activa que sigue, hasta 1910; la constitucionalidad uniforme de los partidos y la armonía final entre libertad y orden, con el ejercicio práctico de la democracia, que va de 1910 a 1930; la evolución socialista interna y la nueva actitud política internacional que distingue al período siguiente, hasta el día de hoy.

A la descripción y crítica de estos grandes ciclos funcionales hay que agregar la narración y el esclarecimiento de otros coeficientes de la nacionalidad, de período indefinible o muy disperso, que exigen estudio especial aparte: grupos étnicos precolombinos de España, de Africa y de América, en cuanto a la entonces futura Colombia se refieren; aparición de la tipología regional de los colombianos de hoy; influjo dañoso o benévolo de los piratas, filibusteros y contrabandistas en la conciencia cultural, política y económica de nuestra gente colonial; actuación de las grandes misiones científicas extranjeras que hemos tenido, y todo cuanto,

en fin, alcance valía de "res publica" y no quepa, por su peculiaridad o su magnitud, en el flujo encauzado de un solo período histórico.

Asimismo convendría terminar la serie con un volumen de biografías sintéticas de los varones más ilustres que contribuyeron a la formación de la nacionalidad colombiana, para que su desarrollo espiritual se vea en uno como epítome historial de su cultura y de su espíritu.

*

1.—En llegando a la estructura técnica de la obra, conceptúo que debiéramos dedicar el primer volumen a las nociones básicas previas a su cabal entendimiento, volumen prologal, digamos, que sumaria mas no perfunctoriamente, indicase la composición étnica y la situación social, económica y política de España a fines del siglo XV, y un poco, también, de la cultura general de Europa entonces; la caracteriología peculiar de los grupos peninsulares que más destacadamente contribuyeron al poblamiento de nuestro país, como son, el andaluz, el castellano y el extremeño, el vasco, el catalán y sus vecinos, el portugués y los suyos; la índole de los personajes que intervinieron decisivamente en el proyecto de descubrir el Nuevo Mundo, con indicación de su actividad y de sus labores principales en tal sentido, de Colón y los Reyes Católicos, por ejemplo, hasta terminar con la primera visión de las costas colombianas, que inicia el descubrimiento posterior de todo el territorio patrio.

2.—Presentar en el segundo tomo brevísima reseña de lo que físicamente constituye este Nuevo Mundo, aparición geológica, situación planetaria, magnitud y rasgos fundamentales de su aspecto, de sus varios climas y su ambiente vital, cuanto a flora y fauna, se entiende; hacer esto mismo respecto del que luego sería país colombiano, en un delineamiento magistral sucinto, que lo descubra a la mente sin pormenores inútiles. Decir a continuación algo acerca de los orígenes del hombre americano y de sus culturas sobresalientes, para situar lo que de ello corresponde a Colombia, desde las cepas aborígenes arcaicas hasta las familias étnicas más importantes que poblaban su suelo a esa hora de los descubrimientos. Localizar en la actual geografía política del país las naciones y culturas indias que en él predominaban entonces,

y descubrir su contenido cultural, acompañando todo ello con mapas etnológicos que lo aclaren.

3.—El tercer volumen debe abarcar la conquista y primeras fundaciones hasta 1564, o sea hasta el arribo de Venero de Leiva a Santa Fe de Colombia. Deben aclararse las rutas de los conquistadores con exacta proyección en la actual geografía política nacional, e informar, ahora sí, en detalles concisos, de las tribus que iban descubriendo, con noción precisa de su estirpe original, de su importancia numérica y cultural correspondientes. Las fundaciones de pueblos y ciudades deben ilustrarse con la narración y descripción de su propio ambiente físico, de sus recursos y vías de comunicación, en un marco antropogeográfico viviente y no en la nebulosa meramente nominativa con que suelen definirse en la generalidad de nuestros textos de historia patria.

4 y 5.—El cuarto y el quinto pudieran dedicarse a la Colonia propiamente dicha, hasta 1760, cuando la llegada de Mutis y los Virreyes ilustrados de Carlos III marcó nuevos rumbos a la nación colombiana en cierne, concretándolo a la evolución administrativa del Estado y a la obra política de sus gobernantes: Fundación de pueblos, fusión de razas, dominio, justicia y orden.

6.—En el sexto tomo presentar la formación de las regiones provinciales más características de la nación, los atlántidas desde el límite de Venezuela hasta el de América Central, los orientales de la Meseta Andina, los antioqueños, los caucanos, los tolima-huilenses, los santandereanos de norte y sur, y los nariñenses, los chocoanos etc., con anotación de su medio ambiente, de su estirpe, de su economía y costumbres, de sus características personales, familiares y sociales, en fin, que los diferencian en el mosaico de la República, pero sin perder de vista los rasgos comunes que nos distinguen como tipo nacional propio.

7.—El séptimo volumen debe dedicarse a la evolución de las instituciones culturales que corresponden a ese período, industria y economía general inclusive: Indole de los gobiernos civil y eclesiástico, comunidades religiosas, clases sociales, educación pública, hacienda y tributos, etc.

8.—El octavo trataría de la población afro-colombiana y de

sus mezclas: orígenes suyos en las regiones del Africa equinocial, con distinción de estirpes; localización en Colombia; su primer destino económico-social; sus reacciones étnicas, políticas y culturales después de la esclavitud; su difusión y propagación por litorales marinos y cuencas de los ríos mayores, con algunas observaciones, además respecto de las diferencias caracterológicas entre blancos y negros, entre mulatos y mestizos.

9.—A este mismo período corresponde el estudio de los piratas, bucaneros y contrabandistas de uno y otro mar, que tanto influjo tuvieron en la vida de nuestra colonia, como destructores a veces, como estimulantes de nuevos rumbos otras, y así, conviene consagrar a los más influyentes de ellos y a sus hazañas o depredaciones, a la inquietud comercial, cultural y política que suscitaban sus informes, sobre todo, un volumen historial aparte.

10.—En el décimo volumen cabría fácilmente el período que corre de 1760 a 1810, del Virrey Solís al Virrey Amar y Borbón, con el veinte de julio inclusive, agrupando en síntesis histórica hechos que guardan entre sí vinculación causativa indisoluble, como precursores y generadores sociales, culturales, fiscales y económicos de nuestra emancipación política.

11.—Lo que llamamos "Patria Boba" y la reconquista, de 1810 a 1819, forma otra asociación de hechos político-militares estrictamente conexos, que con alguna habilidad podrían exponerse en este onceno volumen, glosando en él los vaivenes de la conciencia progresiva de patria y su final definición sentimental, conceptual y política, ya que la emancipación iberoamericana fue oportuna y prematura a la vez: circunstancialmente oportuna, pero anticipada en otros órdenes de su maduración histórica.

12.—La obra de los guerreros unidos de Colombia y Venezuela, campaña libertadora de la capitanía general de 1813, jornadas bélicas de 1817, 1818 y 1819, hasta el triunfo de Boyacá, Congreso de Angostura inclusive, y federación militar de las dos naciones, exige este duodécimo volumen para sí sola.

13.—Entra luego la Gran Colombia con sus grandes labores de administración civil y sus magnas empresas militares en el exterior a formar un todo armónicamente conjunto hasta el Congreso de Panamá en 1826: sus gestas militares, su labor panamericanista, su misión democrática, su acción genitora de derecho en el Nuevo Mundo, sus instituciones culturales, en fin...

14.—De esta fecha a 1832 se pueden estudiar en el décimo cuarto volumen los accidentes que motivaron la disolución de la república, la índole de las tres naciones que la formaron y la actuación de sus caudillos en ese trance, incluyendo naturalmente las perturbaciones suscitadas por el Perú y guerra de Tarqui, las disputas entre Bolívar, Páez y Santander, el sacrificio de Sucre, la muerte del Libertador, la ofuscación de los jefes regionalistas y su ambición disociadora, la penuria del Estado, la lejanía de los pueblos, la incultura general, etc.

15.—Queda al volumen décimo quinto el estudio de la Nueva Granada desde el advenimiento de Santander a la presidencia de la República en 1832 hasta el 7 de marzo de 1849, con sus vacilaciones en el concepto territorial de patria, cuanto a ciudadanía y límites de algunas regiones, y su delimitación ideológica de los partidos políticos fundamentales.

16.—Romanticismo democrático cultural, religioso, económico y político que va de 1849 a 1863, con sus nuevos conceptos de libre enseñanza, libre cambio, abrogación total de la esclavitud y organización federal de estados semindependientes, en que la personalidad ciudadana se robustece en medio de confusas vicisitudes constitucionales.

17.—Que el décimo séptimo se consagre a la Federación de los Estados Unidos de Colombia hasta la Constitución de 1886: Pugna, como antes dije, entre nación y estados, entre Estado e individuo, entre libertad y orden, con centro de gravedad en la dignidad humana.

18.—El décimo octavo narrará lo ocurrido de 1886 a 1910, con la ligazón íntima que une los, al parecer, acontecimientos disímiles de esa época: Reajuste de la juridicidad unívoca para toda la nación; discordia entre el orden pasivo impuesto y el anhelo de una democracia activa; centro de acción en la autoridad.

19.—El décimo nono comprenderá de 1910, evolución política constitucional unitaria, hasta 1930, con el análisis del despertar económico de la nación y su incipiente transformación industrial, con su nueva institución bancaria y el crecimiento de sus comunicaciones, ferrocarriles, carreteras, aviones, telégrafos y

teléfonos, radiodifusión etc. Período de armonía entre la nación y el Estado.

20.—De 1930 a hoy se verá en el vigésimo volumen, con su revolución social, la nueva fórmula de sus partidos políticos, las reformas constitucionales, el incremento de la riqueza nacional: café, petróleo, textiles, minería, ganadería, agricultura, etc., la revolución tributaria, en fin, la multiplicación de las ciudades y su rápido crecimiento: Período social por excelencia.

21.—El vigésimo primer volumen debe destinarse a historiar la vida y el influjo de las instituciones y comisiones culturales que, como la Expedición Botánica, la visita de Jorge Juan y Antonio Ulloa, la de Humboldt, de Boussingault y de Codazzi, la Comisión Corográfica, la Misión pedagógica alemana de 1870, las militares, bancarias y científicas de otro orden etc., que han contribuído a nuestra civilización y cultura.

22.—El vigésimo segundo pudiera corresponder a la organización y misión de la Iglesia colombiana, desde sus evangelizadores del Descubrimiento, sus doctrineros de la Colonia, sus institutores docentes, hasta la constitución de las actuales diócesis y vicarías apostólicas: observaciones acerca de sus prelados más egregios y de su actitud ante los problemas sociales, filosóficos, políticos y religiosos en sí; su obra peculiar en la Emancipación y la República; su honestidad, su catolicidad y devoción por el Romano Pontífice; su caridad, en fin, y su cultura.

23.—El vigésimo tercero debiera de resumir en apretada síntesis la gestión internacional de Colombia, como quien dice, su actitud personal ante el mundo. Obra suya en los grupos Grancolombiano y Bolivariano, en el concierto panamericano y la comunidad ecuménica; misiones de don Manuel Torres y Sánchez de Tejada; labor ingente de don Pedro Gual y de Pedro Fernández Madrid; norma jurídica de Zaldúa; defensa territorial, su posición ante el arduo problema del Istmo, su aportación al Derecho peculiar de América; su índole jurídica constante desde el memorial ilustre de Camilo Torres hasta las ecuánimes orientaciones de Marco Fidel Suárez, Lozano Torrijos, Olaya Herrera y Eduardo Santos... como aspectos de su entidad que trascienden de su sér histórico y merecen consideración aparte.

24.—Y por último, el vigésimo cuarto, a modo de culminación y resumen, debe recoger las biografías condensadas de los personajes más ilustres de Colombia, desde la Conquista hasta el presente: Siquiera unos treinta de los más representativos, como el fundador Jiménez de Quesada, el presidente Venero de Leiva, el cronista Juan de Castellanos, el institutor Fray Cristóbal de Torres, el apóstol San Pedro Claver, el Virrey Caballero y Góngora, el maestro José Celestino Mutis, el precursor Antonio Nariño, el magistrado José Félix de Restrepo, el jurista Camilo Torres, el sabio Francisco José de Caldas, el Libertador Simón Bolívar, el estadista Francisco de Paula Santander, el héroe José María Córdoba, el progresista Tomás Cipriano de Mosquera, el gobernante Manuel María Mallarino, el político Manuel Murillo Toro, el educador Santiago Pérez, el naturalista José Jerónimo Triana, el legislador Rafael Núñez, el filólogo Rufino J. Cuervo, el humanista Miguel Antonio Caro, el poeta Rafael Pombo, el novelista Jorge Isaacs, el estilista Marco Fidel Suárez, el poeta José Asunción Silva, el poeta Guillermo Valencia, el matemático Julio Garavito, el guerrero Benjamín Herrera y el parlamentario Rafael Uribe Uribe.

*

De lo anteexpuesto se colige fácilmente que yo hago hincapié en la redacción artística de nuestro proyecto historial, y no porque eluda o minore los documentos, que deben ser severamente valuados y compulsados previamente sino porque la eficacia de un logro estético magnificaría la obra en sí. También invito con ello a la orientación sociológica fundamental, pues que así enfocaremos la NACION de preferencia al ESTADO, a la inversa de como ocurre en muchos de nuestros trabajos de historia patria. La nación, y sus componentes esenciales de sociedad e individuo, son el sujeto de la historia en cuanto entidades vivas y sede del espíritu. Los fastos militares y políticos que crean el Estado o lo informan, son seguramente importantes y dignos de ilustrada mención, pero los que fundamentan la sociedad y enaltecen la persona humana constituyen el fin supremo y el triunfo de todo acaecer histórico. La prolija narración de pugnas partidarias o de jornadas bélicas, que tanto abunda en nuestra literatura historiográfica, corresponde a la historia política o a la militar especializadas: a nosotros nos incumbe el tratamiento de

la historia NACIONAL con estructura armónica de todas sus funciones, si no es la cultural, que a todas rige. En nuestra casa colombiana yo preciaría más la empresa educativa de un Dámaso Zapata o la periodística de un Carlos Martínez Silva que cualquier revolución civil de guerreros ambiciosos, resentidos o meramente equivocados: aun las rebeliones justas en su planeamiento moral que hemos tenido, dañaron más en su operación bélica y consecutivo desorden que lograron con su victoria, cuando excepcionalmente ésta obtuvieron.

La división temática que propongo nos permitiría obtener en el seno mismo de nuestra corporación académica los presuntos autores que esta obra sacaran efectiva con el resonante triunfo que requiere: si es que casi ve uno los nombres al pie de cada capítulo mencionado y adivina su espléndida realización! Verdad es que algunas partes presuponen pericia muy "sui géneris", que tal vez por el principio escasee o no exista, pero otras están como maduras ya y punto menos que urgiendo su cosecha, y aún aquellas, las difíciles, pudieran elaborarse provisional o tentativamente, mientras surge su cabal entendimiento.

Al proponer este diseño proyectivo no intento, ni con mucho, desviar la historia hacia la sociología o el mero arte, no ambiciono que lo que ahora iniciamos nos resulte un tratado de procesos sociales o un poema nacional: La historia tiene su método genuino y su propia filosofía que la diferencian y rigen. Aun la amenidad suya, que tanto encomio, es peculiar del sujeto que la sustenta, de cierta esbeltez de señorío que la agracie sin familiaridad ni rebuscamiento, instructiva y atractiva a la vez, sobria y serena.

3

Actitud Universitaria

LA UNIVERSIDAD CONSIDERADA COMO GERENCIA DE CULTURA

El título de Universidad se aplica al género de institutos docentes que enseñan las facultades mayores de la cultura. En lo esencial corresponde a la función de trasmitir los conocimientos de una generación a otra, de padres a hijos, por ende, pero con cierta especificidad de índole, espacio y tiempo, que es conveniente definir.

Su organización básica y su nombre nos vienen de la Edad Media, con gran florecimiento en el preclaro siglo XIII, mas no sería ardua tarea el rastrear sus orígenes en varias instituciones de la antigüedad y tiempos primitivos. Con efecto, en tales épocas remotas vislumbramos, y aun sabemos de seguro, que existió la función docente adscrita ora al Estado en su tipo imperial, Mesopotamia, por ejemplo, al rededor de bibliotecas "sui géneris" como la de Asurbanipal de Nínive, las egipcias de Tebas y Heliópolis, la de Loyang en China, las celebérrimas del fraccionado Imperio Macedónico, la alejandrina, en fin, fundada por el mismo Alejandro. Otras fueron de estirpe religiosa, o muy mezclada con ella, cual ocurre en Epidauro, Crotona y Eleusis, en los pueblos cultos precolombinos de América, maya-tolteca e inca, pitagóricos y amautas, vamos al decir, o los iranios de tipo zoroástrico, los aryas védicos y los chinos de Loacio. Probablemente pertenecían a este grupo la escuela jerosolimitana del

maestro Gamaliel (Gamaliel al "Rabban") y la greco-judía de Filón. Hasta en culturas tan incipientes como la chibcha de esta altiplanicie cundinamarquesa hubo 'conventos" de educación y de instrucción iniciales, como el de Cajicá y Sugamuxi, para los príncipes y sacerdotes a lo menos.

El tercer tipc de institución universitaria primitiva es el que pudiéramos denominar demótico, al rededor de los grandes maestros de la sabiduría que iban surgiendo, como en Mileto, como en Atenas, como en Pérgamo y Siracusa. De las atenienses, sobre todo, podemos afirmar que constituyeron escuelas de especie universitaria desde los tiempos de Sócrates adelante, hasta su extinción por orden de Justiniano en 529, pues que en ellas diose instrucción en muy varias disciplinas del saber, como son la filosofía, las matemáticas, las ciencias naturales y aun la somera física de entonces.

A raíz de la revolución cristiana aparece en la Edesa oriental (actual Urfa) una escuela de escriturarios que vierten a su idioma semítico los evangelios y así componen preciado centro de cultura cristiana, que tan útil fue a los pueblos de esa región. Mas es, sobre todo, el despertar del mundo árabe, con Bagdad a la cabeza y bajo el patrocinio de Almanzor (o Al Mansur) el que inicia uno a modo de renacimiento de la cultura humanística en Oriente, par del primer renacimiento europeo que surge en Irlanda y se manifiesta luego embrionariamente en las escuelas carolingias del Continente, pero mucho más fecundo en sí y en sus derivaciones de la cuenca mediterránea, Egipto, España y Sicilia, por ejemplo.

Y con esto llegamos al real principio de las universidades de tipo europeo medioeval, que corresponde a la ilustre escuela de medicina que los salernitanos organizaron en el siglo IX con esa aportación de oriente y de occidente, pues que allí confluyen el griego y el latín, el hebreo y el árabe, en mixtura ineludible entonces.

Dos siglos después, hacia el onceno, nace la ínclita de Bolonia, "alma mater", ésta sí, lo que es decir, "madre fecunda", de todas las europeas que vinieron después, y brote inicial de los estudios del Derecho, con tal ímpetu que llegó a contar en sus cuatro "naciones" o guildas de estudiantes, no menos de diez mil, de todo el mundo europeo incipiente.

La de París, que comienza en el siglo IX con estudios de dialéctica y se encumbra en "La Sorbona" en 1256 a cumbres ejemplares, da pábulo, quizás por disentimiento regionalista, a la inglesa de Oxford, de tipo escriturario en el siglo XII, y a su hermana de Cambridge, a poco más, gloriosas luego en todo el mundo.

La de Sevilla, organizada en el XIII, sirve de vínculo al latín, al hebreo y al árabe, con función lingüística primordial, y la de Salamanca enseña, desde aquella eminente centuria, tres facultades.

En Alemania, Heidelberg y Colonia corresponden al siglo XIV...

Y así tenemos, como antes dije, esta "Universitas Magistrorum" y esta "Universitas Scholarium" en que la Edad Media concentró la función docente de su cultura. Como es de presumirse, su prestigio individual se acrisoló con la presencia de varones eximios, un Abelardo, un Alberto, un Tomás de Aquino, como después del segundo Renacimiento viose igualmente con Galileo y Newton, con Vesalio y Harvey, con Erasmo y Vitoria, con fray Luis de León y tantos otros. Esos hombres enseñaban y observaban a la vez: de esta observación fue surgiendo el prurito experimental, ya preconizado por los Bacons, Rogerio el medioeval y Francisco el moderno, hasta culminar en la fiebre científica de los siglos XVIII y XIX, tan bien definida en la obra de un Lavoisier, de un Pasteur, de un Virchow, de un Claude Bernard, de un Darwin. De ahí que al fundarse en 1876 la Universidad americana de Johns Hopkins, adopte la experimentación por lema primordial suyo, de ahí, en fin, que casi todas las alemanas lo tengan luego por eminentísimo, lo sigan las otras más célebres de Norte América, lo tomen briosamente para sí las inglesas de este siglo, y se difunda adelante por todo el planeta, Extremo Oriente inclusive.

De tal modo, la Universidad fue pasando de centro de estudios al rededor de un maestro, filósofos de Jonia, v. gr., a cenáculo de sabiduría de varios profesores, tipo medieval, hasta ser estas a modo de repúblicas autónomas del saber que hoy tenemos en Harvard y en Columbia, en París y en Oxford, en Upsala y Leipzig (o Lipsia) etc.

En ellas el arco menor es la función docente, y el grande

va siendo la ingentísima tarea experimental. Son, pues, creadoras de cultura técnica, más que tutoras del enseñamiento. Para llevar avante tan ardua labor han sido caudalosamente dotadas de toda provisión por la sociedad y el Estado: hombres insignes, en primera línea, abundantes recursos económicos, edificios gigantescos, utensilios y máquinas de cada especie útil. Repúblicas del saber con fuero propio, en una palabra, maravillosamente organizadas...

*

Ante esta evolución portentosa de la Universidad contemporánea, ¿qué podemos hacer nosotros en Colombia? Continuar la tarea docente de generación a generación, desde luego, ya que cosa alguna podría suplirla, e investigar lo poco que sea accesible a nuestro esfuerzo en el ámbito nacional, es decir, lo que corresponda a los problemas de la población y el medio físico, pues no sería discreto ni elegante que todo nos lo hicieran extranjeros, ni menos aun atinado el que descuidásemos las grandes disciplinas del saber en cuanto concierne a nuestra propia casa e inmediatos intereses de la cultura propia. Pero asumir, esto sí, la más amplia función de extender esa gerencia de la cultura a la nación entera, y no sólo al reducido grupo de los cinco mil alumnos universitarios a que hoy atiende dicha institución.

¿Cómo puede ser ello factible?

Pues... vinculando directamente la docencia universitaria a toda la nación mediante el cinematógrafo, la radiodifusión, las publicaciones periódicas adecuadas a ello y aun la visitación oportuna de sus técnicos en determinados ramos de aplicación urgente.

Gerencia inmediata de la cultura nacional.

A esto se enderezan las múltiples iniciativas que propongo aparte de este prólogo, y que la Universidad lentamente desarrolla en vínculo federal con todas las instituciones nacionales, departamentales y municipales de nuestra cultura. Una de tantas, la Casa cultural municipal, que nos permita comunicarnos cotidianamente con todas las poblaciones menores del país. Otra, la dotación de radio-receptores baratos en la mayor parte de los hogares campesinos, "sintonizados" únicamente con la Radiodifusora nacional, en combinación docente con el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad, para que todos los días

oigan su voz en asuntos que les incumbe conocer y en cierta esfera de recreación asimismo.

Y así, ya que no nos es dable rivalizar, ni emular siquiera, con las grandes universidades que crean cultura, démonos a la tarea de adecuar esa cultura a toda la nación en cuanto a ésta le fuere mental y económicamente asequible, pues hemos visto con pavor que muchos ideales normativos de la buena conducta se extinguen, sin que otros surjan, compensadores y eficientes.

*

El problema es perentorio: O sostenemos la ardua lucha de la existencia con ideales que la enaltezcan y dulcifiquen, o nos resignamos a la extinción en aborrascada guerra de instintos, inmisericorde y suicida. El hombre es como una antena cósmica plantada en el centro de los mundos. A ella convergen de los cuatro puntos cardinales sendas corrientes huracanadas de misterio: al oriente, por así decirlo, los problemas del anhelo, que engendran la poesía; al occidente los problemas del destino, a que responde la religión; del norte, el enigma de las esencias, fundamento de la inquietud filosófica; por el sur, el turbión de las acciones, que origina ciencias. Y así, el hombre, en medio de tales solicitudes imperiosas, es antena estremecida de emoción, pararrayos del enigma cósmico.

Poeta, místico, sabio o técnico, según la índole personal, es llamita vacilante de angustia en el piélago silencioso de los mundos. Esta su tragedia y éste su grandor. Mas ello es que entre todos los seres que existen, es él el único que perdió su centro de gravedad íntima: el animal, el vegetal y el mineral lo tienen en sí, y su existencia comienza y concluye en su propia entidad, armónicamente; no así el hombre, que colocó su origen fuera de su entidad y su destino aparte de su individua existencia; que carece, en tanto, de centro propio de gravedad existencial y vive inestablemente, interinamente, despavoridamente.

Hecho de tamaña magnitud demanda de nosotros alguna terapéutica, algún lenitivo al menos, y otro no existió nunca fuera de lo ideal. ¿Y cómo ha de ser que América no acuñe de suyo algún ideal que satisfaga el ansia de certidumbre que nos acucia y nos desuela, algún ideal de qué prender las normas del comportamiento generoso que la humanidad y la patria necesitan,

ría y sacrificio, que eleva los hombres a planos de una cuasi divinidad, de una demiurgia a lo menos. En los otros períodos, los de laxitud o menguamiento, imperan la vulgaridad en las costumbres y el hedonismo egoísta.

Y así puede decirse que, cualquiera que fuere el alcance de dicha definición o mera hipótesis, nuestra época coincide más con el segundo ciclo histórico que con el generoso de las grandes realizaciones del espíritu. El materialismo histórico, por ejemplo, que ahora prevalece en el mundo, triunfadora o soslayadamente, ha producido, como subproducto de su esencia, grave acrecimiento de la vulgaridad social, de la incuria familiar, de anarquía en la persona y universal desorden. El mundo en tales épocas se hace feísta y repugnante, insípida la existencia en sí y muy ardua, alocada y torpe la mente, hasta que se colma la medida y estalla una reacción de normas, y el hombre nuevamente se redime.

Ignoro si esto último esté cerca de nosotros, pero sé con plenitud que nos incumbe preparar su alumbramiento, siquiera para no morir con el bochornoso estigma de aparecer como generación inútil.

Y entre tanto, conducirnos con indeficiente dignidad. Enseñar constante y fervorosamente que el señorío no es amerengada actitud, sino norma, basamento indeclinable de toda sociedad, de toda cultura, de toda posibilidad de coexistir. Que es necesidad y no decoro solamente o cortesanía. Que al fin y al cabo es de lo poco que distingue al hombre de los brutos, y eso no tanto, porque ellos también, a su manera, lo entienden, lo respetan y practican.

Con lo cual pretendo decir que la formación de la juventud, cuanto a educación y buenas maneras, es tarea de la Universidad, tan importante como la más eminente de todos sus estudios.

Educación e instrucción a la vez, que tantos han dicho.

Pues yo querría que nuestra Universidad, sin dejar de constituír un todo peculiar nuestro, tuviese algo también de aquellas instituciones que anuncié antes: templo de sabiduría, núcleo de hombres ilustres, guilda estudiantil de afectos, obrador magnífico, en fin, de recia y noble personalidad en Colombia.

VALENCIA DE LOS IDEALES

Suele ocurrir que los acontecimientos máximos del mundo pasen inadvertidos a la conciencia del hombre, porque con su propia magnitud universal la anegan en su ambiente y en sí mismos la diluyen.

Que sepa yo, ningún poeta, con ser ellos de suyo intuitivos y como videntes de las más remotas relaciones, se ha detenido a imaginarse aquella jornada de portento en que la luz por vez primera mudó en flor la hoja humilde de algunas plantas e iluminó con sus colores la umbrosa soledad de los bosques primigenios. Refractada luz del sol que se aquietó en el copo de alguna joven cicadea primitiva para hacerse tenue lámpara de sí, por juego gentil de sus colores varios y aromas numerosos.

Otro día, día cósmico se entiende, el aire, que ya había engendrado las primeras aves del mundo en ese mismo bosque de tímida floración inicial, les dio la virtud del canto, y sobre la haz de la tierra surgió entonces el preludio o primordial arpegio anunciador de la música, que milenios adelante habría de enaltecer y de consolar al hombre. El espíritu se transporta retrospectivamente a esas remotas edades de la vida y percibe entre sí el asombro con que hubiese escuchado en el silencio de los primeros montes esa insólita y tenue vibración de un canto.

La inteligencia en sus manifestaciones elementales de tanteo individual y de adecuación instintiva de la especie da paso de gigante en los insectos gregarios, y descubre, con anterioridad de millones de años al hombre, soluciones técnicas que hoy asombran el espíritu.

Empero, aquella pulcritud del vegetal que florece y viste con los colores de la luz el mundo, esa elación del amor animal que modula un canto en las soledades de la vida incipiente y estos como escarceos primerizos de la psiquis ejercían su milagrosa función dentro de la ceguedad de su inconsciencia. Bien podían la ágil hormiga y la abeja acuciosa o el ingenioso comején adelantarse al hombre en la solución de arduos problemas de ingeniería y aun de química biológica, sin ganar con ello el galardón de conocer su triunfo, sin ser conscientes del mundo en que

vivían ni auto-conscientes de su propio sér. Sin duda, era aquel un cosmos de armonías próximas y de remotos enjambres de universos iluminados; sin duda amanecía cotidianamente el sol y doraba el mar y las praderas perfumadas de ese planeta joven, sin duda cruzaban las aves ya canoras el cielo azulado y tibio de la primavera fecunda, nada, sin embargo, nada en aquella infinitud detenía su silencio. Era un cosmos de majestad inútil. Era un cosmos sin alma, mientras no apareciera el que lo viese e indagase su destino.

De ahí que la presencia del hombre en aquel universo mudo lo iluminara con otra luz, luz de entendimiento, y lo dotara de nueva significación, enantes para él imposible. Porque esa prodigiosa magnitud y ese orden, sin una conciencia que les pudiese admirar y amar, y así entender a lo menos sensiblemente, era sólo mudez y grandeza fútil: el advenimiento del hombre redimió ese cosmos de la terrible orfandad de su silencio, y en tal sentido, la conciencia intelectiva del hombre recreó en sí, creó de nuevo, el mundo.

Al principio el hombre no lo advirtió claramente: creyose primero criatura adjetiva y humilde de una naturaleza imperial que le sujetaba a recóndita voluntad suya, en un conjunto mágico; aceptó luégo el dominio paternal de una divinidad providente, con título de criatura excepcional, egregia en amplio modo; se muestra ahora en trance de señorío autónomo del mundo, no ya porque la creación se repita en él, se recree en él, en cuanto conciencia intelectiva, o sea, por su existir consciente que en sí la repite, sino volitivamente, transmutando sus esencias y adecuándolas funcionalmente a su índole. Es decir, que un nuevo régimen de la realidad física se ofrece a las futuras generaciones, y ya desde hoy compromete nuestro espíritu. Pues que si en el hombre, cuanto conciencia cósmica, se ejerce la divinidad, como ocurrió hasta ayer, en cuanto potencia cósmica, conforme ocurre hoy, es él quien ya ejerce esa divinidad, así sea en un ámbito de acción todavía muy limitado y confuso.

Este hecho implica un cambio de timón en muchos procesos y en algunas normas de nuestra cultura tradicional, con incidencia inmediata y urgente en los destinos espirituales de América, individual, nacional y continentalmente contemplados.

Mas no es esto solamente lo que nos incumbe estudiar aho-

ra, al referirnos a un planteamiento de normas educativas americanas y a un estatuto panamericano de los derechos y de los deberes esenciales del hombre. Tales proyectos nos conducen a mayores honduras de meditación de las que suelen explorarse en estas asambleas de vinculación y de consulta, un tanto delimitadas procesalmente y presurosas de suyo.

Así como la existencia de los individuos sólo se justifica por el ejercicio de una función socialmente útil, la de las naciones está esencialmente condicionada por el cumplimiento de alguna misión cultural. La posición meramente vegetativa de individuos y de pueblos es hoy inadmisible en la angustiosa estrechez de los recursos vitales de que dispone el mundo. Ha llegado la hora de imponernos ciertas normas de economía en la generación del hombre, que no sean las de atiborrar el planeta de seres inútiles, de millares de millones de organismos ociosos o estorbosos para la augusta génesis del espíritu. A la limitación cuantitativa de Malthus la ciencia actual añade la más peligrosa aun de los imponderables, la limitación cualitativa de los suelos, v. gr., de consecuencias casi siempre imprevisibles, y la creciente ambición de comodidades que ignoraron otras generaciones.

Sino que esto nos introduce a un laberinto de nuevas complicaciones estatales y sociales a la vez, que ya despuntan en el horizonte de nuestra vida contemporánea, que ya no son vislumbre de posibilidad o mera hipótesis, antes ceñuda admonición de hechos ineluctables y temibles. El libre curso de la natalidad conduce al sobrepoblamiento de los países, a la pugna económica general de individuos, clases y naciones, a la postergación del espíritu y a la democracia hirsuta de tipo multitudinario. La oclocracia numérica desaloja a la democracia de opinión pública y la sustituye en la gerencia del Estado, con grave detrimento de la cultura y sus máximos valores de bondad, de libertad, de amor, de belleza y de justicia. Insegura y trágica entonces, la vida se amarga y ensombrece.

En cambio, con natalidad restringida y vida prolongada mediante la seguridad y la higiene, otros enigmas agresivos surgen. La gerocracia en primer término, con grave minoración de oportunidades para el ejercicio de la energía juvenil y sus audaces aventuras; con predominio absorbente de la comodidad, la estabilidad y la rutina sobre la imaginación creadora y la explo-

ración heroica de lo incierto: la quietud de la cordura inerte sobre la locura erasmiana del ímpetu.

Todo esto y mucho más que no podría citar en esta hora, solicita vehemente nuestro juicio al emprender el estudio de las bases que han de fundamentar la educación futura de América y los derechos y deberes esenciales del hombre. El mundo contemporáneo, exageradamente orgulloso de su técnica, es muy adicto a intervenir en el orden espontáneo de las cosas y a dar a éstas nuevo rumbo: economía dirigida, cultura dirigida, naturaleza dirigida, sin parar mientes en ello y advertir que todo planeamiento artificial es, o puede ser, fecundo en su primera actuación, pero aleatorio en las que siguen y caótico al fin: que no es fácil remover sillares de un puente sin comprometer en algo la totalidad de su estructura. Sin duda ha llegado la hora de que el hombre no sólo disfrute de la naturaleza con fuero de criatura consciente, y de que la modifique en su favor mediante la habilidad de su entendimiento, sino que ya entró en el ominoso cauce de dirigir sus fuerzas más recónditas y de variar su curso. Es un milagro, ciertamente. Pero, es, asimismo, hazaña prometeica en que juega cuanto tiene: su alma en cierne, desde luego, su sér y su destino. No sé qué inescrutable "fatum" (Adrastea terrible de los griegos) detiene al hombre cada vez que llega a los umbrales de la divinidad, y no estoy seguro de que ese "fatum" no se esté desperezando ya en los arcanos del mundo y ya nos avizore.

Sin embargo, la empresa bien vale su precio azaroso. Un día Sócrates corrigió el célebre apotegma de Protágoras, diciendo: "Dios, y no el hombre, es la medida de todas las cosas". Para mí tengo que Protágoras está en lo justo. En los abismos de la eternidad y del cosmos sólo se percibe una conciencia vigilante: la conciencia intelectiva del hombre. Sin ella la belleza inefable del mundo sideral y de las galaxias remotas sería solitud e iluminado silencio; sin ella los valores del espíritu dormirían inertes; sin ella las esencias mismas del sér no hubieran surgido. Por eso la creación se recreó en ella.

Es, pues, la conciencia investidura de majestad, y el hombre el sujeto suyo. En la confusión en que nos hallamos hoy día acerca del derrotero verosímil de la historia y del sino de la cultura universal, un hecho permanece inmutable y fecundo: la persona humana. Cuanto hagamos por conservarle su categoría

de dignidad y por habilitarla mejor para el entendimiento y la conducta de esa dignidad, será bien hecho, y casi lo único que rescatará a nuestra generación del desprecio con que podrían mirarla las futuras generaciones.

América lo sabe y está en pie, meditabunda y alerta.

Deudora de otros continentes por su sangre y su cultura, posee la universalidad de espíritu que esa misma deuda le imprime: voces de Asia y de Europa se conjugan en su voz, y le imponen una síntesis entre el afán volitivo y razonante de la una y la absorta meditación que a la otra define. Raíces étnicas la unen con los pueblos oceánicos del remoto Oriente y en cuarenta millones de sus hijos hierve aún la sangre voluptuosa del Africa equinoccial. Por eso aspiramos al común entendimiento de todos los hombres y quisiéramos hacerles un hogar fraterno en las proyecciones de nuestra economía, de nuestra democracia y nuestro espíritu.

Más he aquí que nosotros también necesitamos urgentemente acondicionarlos a nosotros mismos para ennoblecer la existencia que así nos favoreció y constituye. Porque hay error en aspirar siempre a cernernos en las cenitales alturas de lo sublime, cuando hoy sabemos que nada en el mundo es mayor ni menor, esencialmente, ya que tanto misterio esconde la curva cósmica en que mutuamente se engendran finito e infinito, que en el diminuto fotón errátil que la ilumina y construye.

Debemos conocer nuestro mensaje de universalidad, sin duda, pero debemos, sobre todo, recatarnos en nuestra individual limitación y ser perfectos en algo siquiera, por diminuto que pueda parecernos ese algo. Centrar nuestra existencia en alguna virtud que nos magnifique, y hacer que esa virtud sea perfecta, para que la suma de tales pequeñas perfecciones individuas se armonice en una perfección universa y más útil.

En tal sentido y tales derroteros, debemos tener en mientes que la disciplina del carácter y la estructura ética de la personalidad valen más, inmensamente más, que la técnica de la civilización y las vanidades del alfabeto a que rendimos hoy exagerada pleitesía de tiempo y de encomios.

Que la comodidad no es felicidad, ni ésta puede definirse como ecuación entre lo que se anhela y lo que se consigue, sino como una adecuación del ánimo a la misión que nos corresponde

en la vida y al orgullo de superar el mandamiento de esa misión ennobleciéndola. Porque lo menos que la dignidad exige de nosotros es que el hombre no se disminuya en nuestro espíritu ni se detenga en su arcana ruta de enaltecimiento indescifrable.

De cuando en cuando ocurre en la historia la necesidad de remodelar espiritualmente el hombre, y hoy nos hallamos en ese trance oscuro, como hace veinte siglos cristianos y estoicos lo estuvieron. "Sé hombre", "Esto vir", repetía San Ambrosio con acento senequiano, aun trescientos años después. La tarea es ardua, sin duda, e infortunadamente ahora no tenemos las lumbres geniales que entonces iluminaron el mundo: tengamos su recia voluntad a lo menos, y repitamos, adecuándola a nosotros, la frase ilustre de Liautey en Argelia: "Si ello es tan difícil comencemos ya".

Consideraciones de esta índole me llevaron a proponer en la IX Conferencia Internacional Americana los siguientes artículos para el Código de Deberes y Derecho del Hombre, que aprobó unánimemente:

*

"DEBER ANTE EL ESPIRITU.—Por cuanto el espíritu es la finalidad suprema de la existencia humana y su máxima categoría, es deber del hombre servir a éste con todas sus potencias y recursos.

"DEBER DE CULTURA.—Y por cuanto la cultura es la máxima expresión social e histórica de ese espíritu, es deber supremo del hombre mantenerla, ejercerla y prosperarla por todos los medios que estén a su alcance.

"DEBER DE MORALIDAD Y BUENAS MANERAS.—Y puesto que la moral y buenas maneras constituyen la floración más noble de esa cultura, es deber de todo hombre acatarlas siempre".

*

En todas épocas encontramos voces admonitorias que se duelen de la incultura moral de su generación y hábiles exegetas que aducen gran copia de argumentos para probar que su tiempo es la culminación de todas las tragedias del mundo y el más próximo a un final apocalipsis: ¿Estaremos nosotros meramente repitiendo aquella quejumbre?

Quienes hay, asimismo, que sostienen ser más o menos semejante la vida del hombre en todo tiempo y sitio, y apenas diferenciada por la tenue ondulación de los acaecimientos y la febril interpretación de sus contemporáneos comentadores. "Lo que somos, fueron", decía un crítico inglés del siglo XIX al revaluar algunas exageraciones acerca del "milagro" griego y griega estirpe: ¿Oscurecerá nuestro juicio también alguna carencia de perspectiva histórica?

Uno y otro defecto son posibles en el estudio de las distintas edades de la humanidad, avaluadas en períodos muy cortos, mas si proyectamos esa historia suya en amplios paneles de vida, milenios, v. gr., no podemos negar que ciertas jornadas de su destino descuellan por el impacto proceloso de mayores calamidades en el orden del espíritu, y que esas calamidades surgen con ritmo especial recóndito.

Remiremos la disímil actitud gnoseológica del abderitano Protágoras y de Sócrates, en la quinta centuria antecristiana, y observemos la rítmica evolución de esas ideas en su cabal trayectoria de veinte y tantos siglos.

Con el advenimiento del cristianismo la fórmula de Sócrates rige por muchos siglos la conducta del hombre occidental, de Europa, primordialmente, de Asia un poco y de América, en fin, en las postrimerías de su vigencia histórica. Con ella se organiza un vivir libre de complicaciones mentales insolubles, sencillo en la conducta, ingenuo y puro en su expresión artística. El hombre retiene, naturalmente, sus vicios y pasiones, pero atemperados por el freno de un ideal dominador indiscutible, que compensa con la perspectiva de su imperio perenne en ultratumba los golpes del infortunio natural de la injusticia. Dolor habrá, sin duda, en el corazón de los mortales, pero habrá sosiego también en su espíritu por la inmutable certidumbre de una convicción.

Es la sencillez que descubrimos en las imágenes bizantinas, en Fra Angélico, en los cantos de San Francisco de Asís, en las estatuas góticas de la Virgen María, en la música y el canto de la época medioeval.

Esto, sin embargo, no perdura. La fórmula de Protágoras reaparece: El hombre, el hombre incierto y débil, es la medida de todas las cosas, y sus conflictos vuelven a ensombrecer la visión de la vida. Ese hombre agresivamente inquiridor e insa-

tisfecho surge ya en Dante, en Giotto y Wiclef; en Copérnico, Telesio y Leonardo; en Durero y Miguel Angel; en Montaigne, Descartes y Locke; en Lutero; en Bacon, Galileo y Vesalio, en Huyghens, Newton y Rembrandt; en Maquiavelo; en Shakespeare, Calderón y Cervantes... rompe amarras, en fin, en pleno siglo XVIII, y se hace el nauta orgulloso de su propia vida. El claroscuro, el paisaje y el barroco, el teatro y la Reforma, el afán de conocer el mundo, de descubrirlo y conquistarlo; el capitalismo, la ciencia, la libertad, la psicología; el romanticismo y la novela, la ópera, la máquina y la urbe... el hombre y sólo el hombre.

Por el principio esto lo enaltece y torna heroico, ensoñador y audaz, feliz en las arrogantes proyecciones de su espíritu. Nunca como entonces fue señor de la naturaleza, pastor afortunado de sus sueños, laurel de sus victorias. Vivió en frenesí de dignidad y murió heroicamente.

Mas he ahí que de pronto le pilló la angustia: tal vez, tal vez, el hombre no acierta a medir todas las cosas en el infinito piélago de la realidad, y apenas mide la sombra de sus sueños. Tal vez no descubre la esencia del mundo, sino su propia esencia escondida en el cuesco de esa realidad que inquiere. Tal vez no ha entendido nada, al fin y al cabo, y está más solo que nunca, más desamparado y triste.

¿Qué es esto, entonces?

Así como el ideal religioso de salvación, redención cristiana en primer plano, inclusive, le dio horas de bienaventuranza aun en medio de la estrechez económica y de la inseguridad personal de los siglos medioevales, el ideal humanístico de la ciencia, con sus corolarios de libertad y de progreso, que culminó en el XIX, le dio durante tres centurias la ilusión del triunfo. Aquél forjó virtud de santidad que pobló la historia de mártires, de ascetas y teólogos, y éste la ilustró con héroes y sabios. Uno y otro determinaron portentosas superaciones del espíritu.

¿Porque eran verdaderos aquellos ideales y aportaban al hombre certidumbre definitiva? Quizás no. A mi entender, valían como ideales en sí, meramente, o sea, como motivos de elación. Arrancaban al hombre de sus propias cuitas individuales, le avigoraban con la visión de cumbres remotas de retribución inmarcesible, y de suyo ejercían eficacísimo ministerio de redención.

El ideal, pues, es ideal, aunque no sea verdadero. Aun inverosímil, es válido mientras nutra de fe el corazón del hombre.

Lo grave es que su contenido de persuación se extingue y requiere periódicas sustituciones. Las épocas en que se cumple este proceso de transición son terriblemente trágicas, como que entonces la angustia de orfandad cósmica se apodera del espíritu, le intoxica y vence. En tales momentos la sociedad "desorbitada" busca refugio en el deleite físico, en la nuda concupiscencia fugaz de las pasiones y en el claustro engañoso de un egoísmo inerte.

Es lo que hoy ocurre. Como aconteció en el Renacimiento, al morir de la época medioeval de la salvación, cual asimismo vióse al final del paganismo griego.

Como que esta tesis de la valencia y agotamiento periódico de los ideales se realizó también en períodos anteriores a los dos que acabo de reseñar sucintamente. Eco residual de aquel fenómeno tenemos en la mitología y en el arte antiguos: La Niobe dolorida, Laoconte asfixiado por las sierpes del mar, Prometeo mártir, Edipo irredento, el mismo Job de la tragedia hebráica, marcan la huella histórica de aquel espíritu conturbado por la agonía de una ideal de religión insuficiente. Tampoco antaño los dioses podían ser ya la medida de todas las cosas.

Y así, la reacción aparece poco a poco en varios sitios. Jonia encabeza el estudio de lo racional, de la naturaleza, "Perí physeos", allá por el siglo séptimo antecristiano, así como la Europa del XVII, habría de hacerlo adelante. Es un racionalismo aquél, que lentamente va sublimándose en más y más poderosas concepciones idealistas. Principia por el intento de sistematizar filosóficamente la experiencia técnica de mesopotamios y de egipcios, estos comunicados por el mar, aquellos por transmisión directa, y de los hititas, tal vez, que con uno y otro pueblo los vincularon largamente. Es el agua, agua fecunda del Nilo y del Eufrates, que todo lo genera; o es el aire que se rarifica en fuego o se condensa en nube, en lluvia, en río, en aluvión... y todo lo produce. Sino que de la visión física de sus antecesores, se eleva, ese Jonio discursivo y sutil, a la infinitud de un aire-éter, de Anaxímenes, a una materia primordial desprovista aun de cantidad y de calidad genéricas, indefinible y abstrusa, con que soñó Anaximandro. Es la ciencia que irrumpe, en fin, con Empédocles

y Pitágoras, con Hipócrates y Aristóteles, con Herófilo, Euclides y Aristarco el vidente... y es la reacción: El "nous" de Anaxágoras trabajará la mente dúctil del egregio antioquides, de Sócrates, quien nos refiere enfáticamente cómo pasó del estudio de la naturaleza, "Perí physeos", al estudio del alma; del hombre" medida de todas las cosas" a Dios, metro ideal, que el platonismo, el estoicismo y los padres de la Iglesia recibirán luégo alborozadamente.

Y otra vez, en ese período de transición de ideales resurge la angustia: A la placidez casi eclógica de las Core primitivas, al magno Homero y al pastoril Hesíodo, a la serena majestad de la estatuaria fidiasiana, a la severa dignidad del Partenón y de los discursos de Pericles, reemplaza la conmoción de Scopas, la oratoria de Demóstenes, la ironía de Aristófanes, y la abyección famulicia, en fin, del gréculo posterior a ellos.

Es, en otra etapa, la degradación del patriciado en Roma, la apoteosis de los césares decadentes, el culto de todos los ídolos extranjeros... y del caballo de Calígula, a la postre.

*

Ausencia de ideales que hoy nos aflige. Elevación de valores ficticios a la jerarquía mayor de la conducta humana, con engañosa estructura de conceptos.

Quiero decir del valor económico, absoluto ahora. Viósele siempre irrumpir victoriosamente en todo período de decadencia y enseñorearse del imperio de la conducta humana, y hoy, acolitado por mayores señuelos de placer asequible y acuciado enormemente por la abrumadora población del mundo, se yergue con aureola de filosofía y desafío sultanesco.

¿Porque a la verdad triunfó?

Ni con mucho, ciertamente. Herido está de muerte allá en la entraña de su avatar recóndito. Por el momento se debate con el sofisma de su primordialidad respecto de todos los otros valores, haciendo pasar esa virtud suya de función ineludible por principalidad y dominio. Lo justo sería decir que es cimiento y base, sin duda, pero instrumental apenas. Y como instrumental, insatisfactorio siempre, que a la postre equivale, en consecuencia, a decir que es valor inválido, y sólo camino para otros bienes.

¿Pero, cuáles otros, si ya vimos que de ese columpio de normas para la interpretación del sér y de la vida nada estable se deduce? Vaivén que han seguido todas las culturas más nobles de la historia humana, que no la occidental meramente, como sería fácil advertir en la indostánica y la persa, en la china y en la árabe, en la maya-tolteca y aún en la quechua remota de este Nuevo Mundo, vaivén pendular decepcionante, ¿a qué pedirle nuevo ensayo de soluciones?

De ahí que yo me haya atrevido en otras ocasiones a pedir al hombre contemporáneo que regrese a Jonia. No para reanudar el diálogo de sus filósofos y repetir el curso de sus ideas y de las ideas que después predominaron en el mundo europeo, sino para repensarlo todo sin lastre de prejuicios. Retornar al punto de partida, como el viajero extraviado en la selva que busca sitio eminente para orientarse de nuevo.

¿Hallaremos esa norma en la síntesis ideal de las dos que han desempeñado tan largamente su papel en la historia?

En otro opúsculo esbocé ya este pensamiento: por ahora sólo me interesa deducir que necesitamos con urgencia vehemente firmes ideales de conducta y nuevo rumbo.

O abandonemos este planeta a especies más sensatas que el hombre.

FUNCION DEONTOLOGICA DE LA UNIVERSIDAD

Señores decanos de facultad, directores de institutos y profesores de la Universidad Nacional:

Aquí estoy con ustedes delante de uno de los problemas capitales de nuestra hora cultural: la conducta de las nuevas generaciones. Muchos de ustedes, todos aquellos con quienes he tenido la fortuna de platicar personalmente acerca de este grave asunto, se muestran alarmados por el hecho indiscutible de ingente decadencia moral y por el más inquietante todavía de una carencia de remedios efectivos.

Ustedes y yo conocemos de sobra que en todo tiempo y lugar hubo dolo y pecados, prevaricación e injusticia, parasitismo social y depredaciones. Asimismo sabemos que en cada época los jerarcas y censores de la sociedad la han calificado de moralmente enferma y la han tenido por la peor de toda su estirpe y los tiempos todos, con exageración evidente e injustificado pesimismo. Mas también hemos visto que entre nosotros la actual supera en estas perturbaciones a la anterior con creces que no corresponden solamente al aumento demográfico ni al mero despertar de la malicia por contagio de costumbres exóticas a ella, sino con ímpetu mucho más desolador e incorregible: la curva de ascenso de la criminalidad, sin incluir, naturalmente, el inmenso grupo de lo antiestético, de lo inculto o pecaminoso apenas, ni la delincuencia menor que cursa oficialmente inadvertida, no sólo desborda aquella progresión vegetativa del poblamiento, pero la ensombrece con nuevas modalidades de crueldad, de villanía y de insulto, con un superávit de avilantez en el delito y de insensibilidad moral que añaden al daño que producen su mayor indignidad y protervia, como en fechorías de sacrilegio inútil, en ataques a mujeres desvalidas, en atraco a niños menores para depravación sexual o más cobarde hurto.

Si esto ocurre, si es verdad que a la inmoralidad y la delincuencia "normales" que perturban la vida asociada del hombre en toda época, se ha añadido algún exceso en la incidencia y gravedad de los hechos punibles, si hay, pues, en la hora presente

un epifenómeno de desintegración social, a nosotros universitarios nos incumbe estudiar su esencia, sus orígenes y alguna, a lo menos, solución satisfactoria.

De ahí que, aunque sea muy someramente, conceptúe deber mío proponer a ustedes el análisis de esta cuestión moral y plantear con ello alguna tesis resolutiva.

Ello es difícil.

En primera consideración, porque la humanidad no ha logrado aún definir irrefutablemente los fundamentos últimos de la moral, y la ética de la civilización en que nacimos, agobiada en dudas, desde hace treinta siglos se debate en el piélago de su propia incertidumbre: preciados mandamientos teonómicos, convencionalismos de uso y costumbre, normas positivas, intelectualismo socrático de la virtud; imperativo kantiano de la voluntad racional, evolucionismo spenceriano de las sociedades, espontáneo ordenamiento de las funciones en uno a modo de paralelogramo de las fuerzas, que los científicos materialistas y vitalistas aplican a la agrupación social del hombre, imposición ineludible de los valores absolutos que la axiología contempla, hecho inexplicable de un devenir abscóndito... placer, o una felicidad más noble, o la conveniencia del mayor número.... qué sé yo, aparecen como hipótesis ilustres, en manera alguna indefectibles, que acaso poseen gran fondo de verdad, sin abarcarla toda ni sosegar abastadamente el espíritu.

Ante esta encrucijada del entendimiento humano, y ante la ineluctable tragedia social que la indecisión correspondiente implica, ciñámonos a un proceso riguroso de nuda objetividad y mero análisis de los hechos perceptibles.

Desde luego, es imposible convivir en agrupaciones sociales sin categorías de autoridad y orden recíproco. Si la mala conducta se generalizase, si fuese de libre arbitrio impune el conducirnos anárquicamente, los primeros en desaparecer serían los egoístas, los delincuentes y parásitos.... porque el hombre normal tiene más talento, más energía y más recursos, y así, puesto en competencia con el maleante, lo derrotaría fácilmente.

El orden es algo ineludible. Nadie pretende que los animales tengan conciencia moral, ni que hayan conocido nuestros abstrusos postulados de filosofía, y sin embargo, casi todas las normas de la conducta humana se cumplen en sus agrupamientos grega-

PAT
Bibl

rios: la sujeción a una autoridad, la categoría de las funciones, la protección mutua, la recíproca colaboración... y aun aquellas virtudes que calificamos de sentimientos espirituales, como son, la piedad y la gratitud, la fidelidad, la amistad y el afecto, amén de otros más elaborados, al estilo de la dignidad y el orgullo, de la responsabilidad y el honor, siquiera a menudo sólo se les distinga en incipiente magnitud y tenue grado.

El ejercicio de la bondad amplía retributivamente el yo, así haciéndose la fuente más conspicua de su enaltecimiento. Y no sólo en relatividad del mundo externo, como función de superación y de potencia que alumbra con noble luz las generaciones que de él surgen y hasta retrospectivamente las de sus abuelos más humildes y remotos, porque con su egregia personalidad se hace cepa y medula de nueva estirpe, sino dentro de sí, ensanchando las moradas interiores de su espíritu, el augusto espacio íntimo de su sér, para de este modo redimirse de la poquedad de su cuerpo y de la atribuladora brevedad de la existencia.

¿Palabras nebulosas quizás o retórico discurso?

No tal se piense, que la historia respalda dichas opiniones con más pruebas que es posible aducir en un resumen: bastaría recordar la egregia cumbre de Cristo, que no solamente arreboló de luces amables la gente de su nombre por cuarenta generaciones atrás, sino al pueblo todo de Israel, llevándole a la portería de la historia y confirmándole dilecto de Dios, contra todo cálculo previo verosímil. ¿Ni qué otra cosa hicieron con los suyos Homero, Virgilio y Dante, Cervantes, Shakespeare y Goethe, o en nuestra misma casa, Bolívar, ayer apenas?

Y por lo que concierne a la magnitud intrínseca, a esos espacios interiores que distinguen al hombre de otros seres, no la vemos acaso crecer y agigantarse con la virtud del bien, y trocar en figuras de Dios a seres exiguos, enantes y oscuros, como Pablo el apóstol, o Francisco de Umbría? Y aun doncellas de pocos años y ninguna instrucción, en ambiente rústico, como Juana de Arco y Bernardita de Lourdes, afrontar el mundo y vencerlo bravamente? O, en plano superior, ser doctoras, cual una Teresa de Jesús, y enseñar teología y ascesis?

A lo que se añade que sin moral son imposibles la sociedad, la familia y la nación, la cultura, la economía y el espíritu, lo que significa que sin moral no hay hombre, siendo así que

éste sólo puede subsistir donde la comunidad le asiste en su sér, le educa en el obrar y le depara un destino a sus acciones, por donde se advierte que el parasitismo económico, la mala conducta y el delito son actitudes antisociales en primer término, suicidas en toda ocasión y fundamentalmente vinculadas a cierto grado de imbecilidad, más o menos perceptible, aunque, a las veces, posean muchas argucias y ratonil malicia o de ellas rabulescamente disfruten.

Esto nos coloca en el epicentro de una generosa concepción moral, patrocinada hábilmente por espíritus idealistas de la ilustre especie de Juan María Guyau, que exaltan el problema desde su valor estético. Porque efectivamente, la moral no sólo se vincula con la necesidad social del orden, con la bondad de los sentimientos y con la verdad de las esencias culturales, sino también con la estética de la personalidad, cuanto a dignidad suya y nobleza indefectible. Lo que por aditamento la corona con el máximo triunfo de hacerla eficaz y amable.

De ahí, pues, que la moral sea indeclinable coeficiente de la persona en su significación suprema de espíritu. Cada una de las escuelas que la han interpretado conceptualmente se apoya en esas bases de efectividad social, en ese orden progresivo de la acción, que partiendo de las fuerzas físicoquímicas que actúan según la resultante de su ejercicio, pasando por la distribución armónica de las funciones vitales y sociales, hasta la cumbre ideal de la estética, la religión, y el espíritu, tiene su porción de verdad, y todas ellas juntas constituyen probanza indiscutible de que la moral en sí es categoría de la existencia asociada del hombre.

En este escrutinio de su vivencia real y su validez ideológica, observamos que hechos y teorías —praxis y gnosis— se acuerdan estrictamente en acompasada gradación ascendente, en un clímax de adecuación, y definen aquella certidumbre. Y sin embargo, mi pensamiento quisiera proseguir dicho análisis, para mayor garantía de su convicción, y se pregunta si a más de un hecho y a más de una tesis "causalmente" explicativa de ese hecho, existe alguna finalidad en ella, alguna orientación teológica suya, algún "sentido" o "Tao" (sentido y ruta) que diría Laocio, por donde la podamos apreciar aún más entrañablemente. Y aunque esto de causas finales sea susceptible de gran des-

cuento crítico, no puedo eludir la noción de que esa moral conduce al hombre al máximo destino, de su presencia en el mundo, a ser como un epítome del sér universal, una potencia rectora suya y su conciencia inteligente... a ser la divinidad o una figura de Dios; y que sin ella, tamaño prodigio, en devenir o hacinamiento hoy día, no puede realizarse.

De que se deduce que la inmoralidad es tanto ruina personal de quien la ejerce, como, de no ser enmendada y contenida, suicidio espiritual de la especie y catástrofe de su destino supremo.

*

Y si ello es así, y así lo entienden los hombres, por qué —se pregunta uno— ocurre constantemente esa perturbación y se agiganta en ciertos ciclos de la historia humana?

Temeroso de generalizar sin datos suficientes, en mis cogitaciones acerca de este asunto, me he circunscrito a estudiarlo en los límites de nuestra edad y nuestras condiciones de vida, por ver si alguna luz surge de visión tan inmediata e hiriente y tan enorme.

Y efectivamente, abundan para ello los motivos materiales, sociales y culturales hasta producir grave obnubilación su esclarecimiento y graduación categoremática.

Surge, en primer término, la abrumadora proliferación del género humano, que estrecha el ámbito de sus recursos; y surge, en segundo término, la abundosa incitación de las comodidades con que el progreso científico enardece la concupiscencia de los sentidos y hace flaquear la virtud.

Estos dos hechos eminentísimos en la hora presente han aborrascado el valor de los problemas existenciales y dado vigor casi exclusivo al materialismo histórico. Las nuevas generaciones no entienden ya la verdad inconcusa, o a ella no atienden, de que axiológicamente el valor económico es fundamental, pero instrumental, lo que vale decir, que sin él poco se consigue, pero que en él no reposan los destinos del hombre ni se satisfacen sus anhelos.

Lo grave es que las mentes inferiores que reciben la justa invitación a elevar su nivel de vida material, no conocen de estas sutilidades de prelación conceptual y se lanzan airadamente a obtener lo suyo, no por cauces de mayor esfuerzo personal, sino

por el injusto, a su vez, de la usurpación violenta, así llevando a otros el mismo dolor y el desamparo que ellas rehuyen, así dejando, en consecuencia, más agresivo e insoluble el impacto social e individual de aquel desorden.

El conflicto existe, mas las soluciones hasta ahora concebidas no aciertan a resolverlo esencialmente. Aquella exaltación del materialismo histórico principia por hacernos hirsutos de trato y egoístas, antiestéticos, pues, e insociales, caóticamente rebeldes. Principiando por la confusión a que les conduce entre placer y felicidad, dos términos que no pueden aplicarse a una misma situación del ánimo, ya que el primero se acuerda con la sensibilidad (hedonismo) y con la espiritualidad (eudemonia) el otro, sensorial aquél, éste conceptual, cualesquiera que sean sus vínculos incidentales en la vida.

Tal distinción nos coloca ante un hecho psico-social histórico muy impresionante. La abundancia de placeres de que disfruta el hombre en las épocas de descaecimiento moral, en la decrepitud de los pueblos, v. gr., y el agostamiento de las culturas, se acompaña de tremenda infelicidad en la esfera del espíritu, como acontece hoy día. En el fondo de esta paradoja, existe un hecho básico: la felicidad social sólo es posible cuando ciencia, religión y filosofía están acordes, cuando no se contradicen ni combaten. No es que entonces se eliminen las causas del dolor humano, es que se robustecen las fibras de la voluntad y se sosiega la inquietud primordial del espíritu, la inquietud del ser. Un hombre acogotado por la amargura de la incertidumbre en el concepto de su entidad y su destino, tiende a embriagarse de placeres para ahogar aquella incertidumbre.

Este análisis nos explica porqué el materialismo histórico, a más de afincarse hoy en la excesiva procreación de seres inútilmente abundantes, seres sin mensaje espiritual ninguno ni sentido existencial siquiera, y a más de la tentación multiplicada y ostensible de la concupiscencia y las comodidades exteriores, se impone por la trágica inarmonía actual entre aquellos máximos sillares de la cultura que son la ciencia, la religión y la filosofía, cuyo divorcio repercute calamitosamente en la moralidad de los pueblos.

Porque si la inmoralidad, delincuencia digamos, es fenómeno constante de la vida común en todo tiempo, el exceso de inmo-

ralidad se presenta incoerciblemente cuando languidece el vigor de las normas. Lo que vale decir, que es refrenable cuando el hombre falta a las normas y punto menos que irremisible cuando las normas desamparan al hombre.

El énfasis de la inmoralidad en nuestro tiempo en eso consiste, en que se han multiplicado y agravado los motivos de defraudar las normas y en que esas normas, circunstancialmente, a su vez han languidecido: hay, pues, un hecho nuevo que contemplar y no un hecho histórico de "vigencia" permanente. Ese hecho histórico sin duda ocurrió otras veces, y ocurre, como ya dije, toda vez que una gran civilización tiende a extinguirse, pero el mundo contemporáneo no es el mismo que fue en esas épocas, y por ende, las soluciones no pueden tomarse por sola analogía o superficial similitud histórica.

Amén de una faz tigresca de este implacable negocio: por qué, de suyo, se debilitan las normas, si su valor es esencial y su "vivencia" perenne? Es, acaso, que las culturas son, en su nacer y extinguirse, un movimiento de columpio inane?

Yo no lo creo así.

A lo que más se asemejan tales culturas es al movimiento pendular de un reloj: efectivamente la péndola se agita en un mismo cuarto de círculo sin progreso visible en su sistema propio de coordenadas, pero de ahí surge el movimiento de las manecillas que ya es circular y marca en cada minuto un espacio distinto del cuadrante. Este cuadrante es recorrido en circunvalación, y aunque más ampliamente, se repite también. Sin embargo, cada minuto que marca repetidamente en su sistema reiterante corresponde a un tiempo cósmico progresivo, indefinido y diferente, y así, en este final sistema de coordenadas no hay ya repetición posible.

Análogamente las culturas, en su curso de vigor y desfallecimiento parecen repetición esencialmente inmutada de un ritmo eterno. Y con todo, algo nuevo aportan en el sistema de coordenadas del devenir espiritual del hombre; ese avance indiscutible que vemos desde su aparición inicial en el planeta hasta nuestros días, y ese que vislumbramos en edades futuras. En ese derrotero indefinible son a la manera, como en otras ocasiones he anotado, de una sístole y una diástole cardíacas, fenómeno universal de vigilia y de reposo para persistir más duramente.

Muy probable es que no mueran del todo, pues tal ocurrencia anularía los enlaces suyos en un progreso real: es preferible suponer que se transforman. Efectivamente, lo que distingue a una cultura de otra no es la epifanía de nuevas esencias sino de nuevo estilo de esas esencias. Es el estilo lo que las caracteriza en todo orden de la actividad suya, ética, estética, ideológica, religión, costumbres... Las normas en el fondo subsisten, no así su expresión aparente, su estilo.

De no ser así, llegaríamos al absurdo de que ese prodigioso hecho de la vida humana sería juego inútil de fantasmagorías caprichosas.

Ahora bien, en esa pulsación de las culturas advienen sucesos de formidable envergadura conceptual. Como los cuerpos nacientes de la química poseen mayor energía de combinación, mayor apetito de ser, pudiéramos decir, las ideas nacientes, y en escala eminentísima, las culturas nacientes, revelan extremado poder funcional. Traen consigo carga ingente de emoción, y tras la emoción, de idealidad, que irrumpe en la esfera de las relaciones sociales como tipos de ciencia y de arte, de religión y de filosofía, de moralidad, en fin, rutilantes y frescos, que cautivan la sensibilidad del hombre y la mueven a todo género de actividad creadora: de santidad y de heroismo, de ese alborozo con que se manifiestan en los sabios del pensamiento inicial y en los mártires de su fe. Es un ímpetu primaveral que alboroza y subyuga, arrebatadamente fecundo.

¿Por qué, pues, decaen?

Otra explicación no encuentro sino la de que su propio ejercicio las agota un tanto, la de que, cumplida su misión, requieren, como la vida, nuevas conjugaciones espermáticas para continuar, en otro sér, su mensaje inextinguible.

Ello nos aclara muchas aparentes incongruencias de la cultura tormentosa y frágil en que hoy vivimos. Cómo negar belleza a las obras de su arte, nobleza a las normas de su ética, grandeza a sus conceptos, fecundidad a sus luchas en los órdenes de la naturaleza y el procomún? Y no obstante, la juventud mira desganadamente ya esas obras, esas normas, ese poder de dominio natural, y aun contempla la vieja armadura de las sociedades, con gesto de desvío y actitud rebelde.

Es que estamos en el ángulo de una transformación.

Ello sería totalmente plausible, puesto que avizora nuevas conjunciones fecundas, como antes dije. Empero, mientras tanto asistimos a una interinidad de normas, a un interregno de culturas, enormemente peligroso como desorientación moral y ausencia de estilo, ausencia de mensaje activador de la conducta, ausencia de idealidad motiva indefectible.

Ese interregno cultural se manifiesta muy notoriamente en el caos de las estructuras económicas de nuestras sociedades, en el desconcierto artístico de esta época y en la "crisis" de la filosofía actual, que tiene más de angustia que de afirmaciones eficaces, conforme se expresa en el existencialismo.

La obscuración de esas ideas conduce además a la nueva gente a confundir la reciedumbre de la personalidad y el noble coraje, la varonía y el decoro, con la rudeza de las palabras y la violencia de las actitudes en el trato social, sin ver ni entender que la ecuanimidad, la afabilidad y la egregia cortesía requieren mayor fortaleza de espíritu y voluntad más firme.

*

A esto quería llegar ante ustedes en este discurso. Tan larga lucubración sólo tiene por objeto localizar nuestro deber universitario en un espacio-tiempo definido. Y así, me pregunto, qué podemos hacer para el cumplimiento de nuestra misión docente?

Hasta aquí me era imperativo disertar un poco en abstracto: de aquí adelante debo ceñirme a la nuda realidad de los hechos, y de hechos colombianos.

En primer lugar, estamos ante un dato de anfibológica interpretación, en este crecimiento abrumador de la matrícula universitaria, pues que si de un lado es plausible, como signo de un despertar cultural de la nación, de otro pudiera interpretarse como mero afán de aprovechamiento económico, sin alcance cultural ni vocación propiamente dicha: del tiempo de la iniciación de mis estudios médicos a hoy, la república ha doblado su población nacional y decuplicado la universitaria, con poca elevación de los niveles técnicos y algún descenso del moral en ciertas profesiones.

Esa abundancia de doctores no constituye aun plétora dañosa, si no es en algunos leves casos de mala distribución regional. Pero si llegase a ocurrir que esa abundancia fuera de doctorados

sin doctrina, instantáneamente surgiría un problema nacional deletéreo.

De esto se deduce la exquisita tutela moral que ustedes y yo debemos asumir en el cumplimiento de nuestra función educativa. Porque, si ser universitario no constituye garantía de pulcritud, la Universidad habrá bastardeado de su origen y truncado su mejor destino.

Hasta hace poco las profesiones liberales se nutrían en Colombia de gente de escrupulosa estirpe, que llegaba al claustro estudiantil con avigoradas normas de conducta. Al crecer el anhelo de redención social, como hoy día ocurre, es posible que a ese claustro lleguen algunos sin estructura moral suficiente para el posterior ejercicio de sus profesiones, individuos de ambiente familiar débil, que ven en el diploma la mejor ruta de lucro pecuniario, de enaltecimiento social adjetivo y aun de complacencias furtivas de otra índole. Dotarlos de recursos intelectuales dejándolos moralmente analfabetos, sería incuria suprema de nuestra parte y pecaminosa conducta de la función educativa que la sociedad nos ha encomendado a través de su máximo instituto docente.

Bienvenida esa reacción de las clases sociales desvalidas, mas no para una tecnificación mental apenas, sino para enaltecimiento armónico de la persona, que a los conocimientos instrumentales de función profesional debe añadir, insustituiblemente, la otra mitad de la cultura, lo que es decir, alteza de normas.

Y aquí es necesario detenerme y hacer ante ustedes, y ante toda la nación colombiana, tres declaraciones de importancia fundamental para el porvenir de la cultura propia, para la mayor felicidad y dignidad de nuestra gente:

Es la primera, que por observación directa de muchos años, y por pruebas fidedignas de psicología experimental, puedo decir que nuestra juventud está intelectualmente muy bien dotada, que es de ágil entendimiento y hábil para el estudio;

La segunda, que aún hay muchachos de recia contextura moral, fervorosamente adictos a las más enaltecedoras doctrinas, y que la muchedumbre, caudalosa muchedumbre, de los que proclaman el crudo realismo, llevan en su entraña recóndita, yo bien lo sé, un hombre pulcro, un sueño ideal y una callada congoja de frustración;

Y es la tercera, tremenda cual niguna, que, a pesar de los meritísimos esfuerzos realizados hasta hoy, la educación y la instrucción que esa juventud está recibiendo, en todos los grados de su escalonamiento cultural, desde la escuela campesina hasta nuestras facultades más ilustres, es inferior aún a la capacidad mental adquisitiva de las nuevas generaciones y trágicamente inferior al destino espiritual de Colombia.

*

Ahora sí, lleguemos al tema circunscrito de este mensaje pedagógico con que, según mi deber y mis más cordiales sentimientos, he querido iniciar nuestras tareas del presente año.

La deontología, como Bentham denominó a esta doctrina de los deberes y derechos profesionales, debe constituir preocupación constante de nuestra enseñanza lectiva. La mejor manera de comunicarla no es mediante un curso especial didáctico, sino aprovechando toda ocasión que se presente en el total período de estudios, pues cada materia exige conducta especial ajustada a su noble ejercicio, y por lo tanto, cada profesor debe doctrinar en ella a sus discípulos, con su buen ejemplo, primero que todo, con hábiles instrucciones, luego, cada vez que la oportunidad así lo indique.

Ello no es fácil: la juventud contemporánea detesta los preceptos y huye irónicamente toda amonestación de tipo moral. Coloquémonos en su propio campo y ahondemos este asunto con la estrategia pragmática que a ellos seduce y convence. Sentemos, naturalmente, las bases ideales de la buena conducta, porque así los bien dotados de sentido moral lo confirmen en su altura ética, pero abordémoslo también por su aspecto irrecusablemente útil. A la seducción de la moda opongamos los valores imprescriptibles.

En tal sentido, la primera consideración debe referirse a la dignidad del ser, al sumo placer de ser algo ante nosotros mismos. Nada más deprimente que la humilde posición de parásito de una vida ajena. Moralmente el ser humano se mide por su valer. Cualquiera que sea la tabla de valores con que se le juzgue, social o individual, idealista o materialista, el que sirve a la comunidad vale más uno (+ 1), y vale menos uno (— 1), el que de ella vive inmerecidamente. En realidad la fórmula sería + 1, + 2, + 3... + n; — 1, — 2, — 3... — n, según la calidad o la cuantía de la carga correspondiente o del servicio, pero expresada de la otra manera adquiere un matiz apotegmático más firme.

La segunda consideración se relaciona con ésta íntimamente, pero en distinto orden de valores, y consiste en que la dignidad de ser, el noble orgullo de ser algo, añade poder a las empresas del hombre, añade una a modo de superación de su energía natural, engrandeciéndolo a él y magnificando asimismo sus obras.

La tercera, sube de punto en el ámbito de lo útil, y si se quiere, del egoísmo, pues anota que el honesto vivir, el vivir conforme con el bien de la comunidad, es más fácil. El malhechor, y aun simplemente el parásito legalmente inocuo, tienen que derrochar tantos raudales de astucia y sufrir día y noche tantas inquietudes y amarguras tantas, que sorprende el ánimo desprevenido ese su torpe cálculo de la posible retribución y del esfuerzo. Por ello, como brevemente lo indiqué antes, en lo íntimo de todo prevaricador contra la ley social o la dignidad del espíritu hay un "débil mental" oculto, así tenga una que otra facultad intelectual sobresaliente, imaginación digamos, malicia o técnica... no importa qué, porque la síntesis le es desfavorable, y la síntesis es lo que cuenta en este cómputo final efectivo.

El instinto de perduración es otro de los magnos soportes de la buena conducta. Con efecto, el pavor del aniquilamiento, de un regreso total al no ser, aflige terrificamente a la criatura humana y mueve su ingenio a procurarse teorías, y hasta trucos, de supervivencia o de retorno. Esfuerzos gigantescos hace por guardar su tumba, consolidarla eternamente y embellecerla en grado sumo, desde el enterramiento elemental de los primitivos hasta las pirámides de los faraones y las lujosas necrópolis de hogaño. La religión y la poesía han poblado espacios indefinibles de ultramundos que repiten, transfigurado y esplendente, el hogar de nuestra vida, para que ésta continúe incólume; y desde el hijo hasta las cumbres inmarcesibles del arte, la obra del hombre busca ese su sueño de continuar siendo: pues bien, para quien limita sus acciones al mero bienestar propio, a la singularidad de su sér efímero, todo ese mundo queda vedado inexorablemente. Para poder perdurar en nuestras obras es ineludible verterlas en el generoso torrente de la vida social, donde articu-

len su bien con otros bienes y engarcen su feble estructura en la trabazón eterna del mundo: donde sean ayudando a ser.

Bajando de este tono académico a la roqueña solidez de los hechos comunes, pueden hacerse otras muchas observaciones decisivas: Un hombre que no se respeta a sí mismo, que estafa o miente, por ejemplo, mal puede esperar que lo respete el prójimo; un hombre inculto que insulta, que es vulgar de palabra, bronco de actitud e insociable en sus procedimientos, no puede pedir que los demás lo amen y estimen. Uno y otro se colocan en campo repulsivo que les estorbará el triunfo de su personalidad y sus empresas en la vida social.

En tal rumbo discursivo pudiera extenderme prolijamente, mas ello es que en este documento sólo me incumbe referirme a la misión educativa de la Universidad en sus relaciones con el ciudadano de Colombia, sus educandos en primera línea, y así, abordar los pormenores de esa misión especial.

Tal misión se cumple a través de las múltiples facultades que informan su claustro, donde se preparan técnica y éticamente los alumnos de profesiones libres que más directamente habrán de dirigir las funciones del Estado, la cultura social y la economía de la nación. De estas instituciones, dos son eminentísimas: la de médicos y la de jurisconsultos, como que una y otra defienden la vida, el honor y los haberes de sus conciudadanos, que una y otra proveen a la rectoría de la vida social y la república; que una y otra, en fin, abastionan con su ejemplo la tarea espiritual de su pueblo y la conducen.

De ellas diré en primer instancia que exigen vocación genuina, con dón peculiar de conocimientos y acendrada virtud de sacrificio. Por razón de ciertos cambios que ha habido en el confuso trajín de las sociedades modernas, asistimos en ellas a peligrosa inversión de la conducta, ya que en vez, como antes fue de uso y siempre será de deber indiscutible, de considerar que ellos pertenecen a su clientela, actúan como si la clientela les perteneciese a ellos, egoístamente. La primera actitud profesional nos explica aquel espíritu bondadoso, aquel apostolado, de abogados y de médicos que en otra época, no lejana aún, distinguía y enaltecía a sus hombres y los hacía amables, ídolos a veces del afecto público y la íntima veneración de sus gentes. Y al revés, por esta deplorable pugna económica de la hora presente y esta minoración del espíritu en las nuevas generaciones, ya el cliente se concibe como cosa explotable, indiferente al corazón y remoto en la esfera de la caridad y de la estima. Ello ocurre porque esas profesiones, la médica primordialmente, se ha venido aliando al tecnicismo de la máquina, con descuido notorio de todo nexo personal. Error supino que desarticula y arruina la misión de esas profesiones libres en cuanto tienen de más admirable y más útil.

En este orden, es urgente decir que hay una categoría de deberes profesionales que el actor de dichas profesions no puede descuidar sin desvirtuarlas en su pura esencia: el primero, saber su oficio. Ya desde el siglo XII, el gran hebreo andaluz Maimónides, precursor, si no maestro, de San Tomás de Aquino, añadió a las bellísimas admoniciones del juramento hipocrático esta de continuar indeficientemente el estudio, y nadie desconocería que hoy, más que nunca, es imperativa aquella obligación por la actual hondura y dilatado volumen del progreso científico. Muchos opinarán que decir esto constituye una pamplina, un lugar común y redundante advertimiento. Y no es así: son legión los que una vez graduados menosprecian el estudio y sólo miran con celo el plácido disfrute del rendimiento económico de su diploma, con daño cruel de quienes ingenuamente encomiendan a su protección el tesoro de su salud, el tesoro de honra, el tesoro de su fortuna, o todos ellos juntos, ignorando que van a ser más explotados que curados o defendidos.

Por tal subversión de actitudes morales, puede acaecer, y ya acontece en el mundo, que se perjudique la clientela, falsificando innoblemente sus cuitas, incubando, v. gr., pleitos donde no existen, o tratando dolencias que no justifican prolongada y costosa intervención.

El segundo mandamiento consiste en ejercer la profesión con espíritu social, con ánimo de proteger el mayor número posible con el mayor bien asequible a sus recursos. El descaecimiento de ese apostolado incita grandemente a la socialización "oficial" de las profesiones, y esta socialización burocrática suscita, a su vez, la mecanización del ejercicio profesional; con merma peligrosa de las relaciones directas, personales y afectivas, entre profesor y cliente.

El tercero, y más encumbrado punto de esta deontología,

estriba en la promulgación de los deberes culturales de tipo universal que incumben al que recibió disciplina universitaria y desempeña función social de esa índole: En él reside la tarea ponderosa de guiar a su gente connacional por la ruta de la más alta civilización hacia el destino espiritual del hombre, y la más difícil aun de enaltecer esa ruta con aportaciones personales de obra o de conceptos. Arquitectos, pues, u obreros hábiles a lo menos, del devenir histórico, deben ser los hijos de la Universidad, sobre todo en el ámbito de su tierra.

Acorrer con obras y doctrinas al enaltecimiento de esa patria en el concierto de las naciones cultas. Enseñar que esa altitud nacional sólo se obtiene por la suma de virtudes de sus componentes individuales, pues que no puede haber patria noble con ciudadanos indignos. Que si la fortuna, en el caso particular de Colombia, nos negare preeminencia en los campos de la economía, o del poderío militar o del saber científico, la tengamos en la potencia moral de nuestra conducta.

Y enseñar que ello no es difícil. Que ello se obtiene con retributiva abundancia mediante el ejercicio individual de unas cuantas normas, por demás sencillas: ser verídicos, en primer lugar, ser afables en segundo término, y ser, en fin, respetuosos del bien ajeno. Y por sobre todas cosas, contribuir generosamente al bien público, crear algo útil, justificar este milagro inexplicable de la existencia con alguna obra útil, por pequeña que sea dentro de la limitación de nuestras capacidades o recursos.

El trabajo no es solamente medio adquisitivo de mantenimientos y comodidades, ni es carga abominable de obligado esfuerzo, sino placer en sí, como ejercicio de potencia, y factor, en todo caso, de dignidad indefectible. Un pueblo desganado de la acción, un pueblo lánguido, que rehuye el cumplimiento de sus deberes y "sabotea" sus compromisos de trabajo, no tiene porvenir económico ni hará historia nunca. Pueblo así es un vacío moral.

La juventud contemporánea es y quiere ser existencialista, no en el sentido filosófico de ese vocablo, sino en el peyorativo de vivir por vivir, singular y efímeramente. Error nefario que nos viene de la incertidumbre en que cayó en nuestros días la cultura eurasiática que aún nos rige. Y eso no está bien. Tal existencialismo práctico desama las ideas, rehuye el esfuerzo

fecundo, enaltece la sensualidad, líquida el orden. Es un nihilismo de hamaca, propio de tribus en decrepitud o agarrotadas por la tripanosomiasis del sueño.

Y como ustedes saben todo esto, y más que yo sé, dejo a su pericia y encomiendo a la alteza de su visión espiritual el decir esas verdades y otras muchas, a las nuevas promociones estudiantiles, enhorabuena encomendadas a su enseñamiento universitario y su noble ejemplo personal, solamente recordándoles que tal centinela de conducta debe tenerse día a día, tenaz e indefectible, como un lábaro de triunfo.

En sus manos, pues, y buenas manos, queridos compañeros, está el patrimonio moral de la república.

De ustedes muy devoto amigo,

LUIS LOPEZ DE MESA

Bogotá, enero de 1949.

INSTITUCION DE LA CASA CULTURAL

PROSPECTO

Artículo 1º—La Casa Cultural se constituye como una federación cultural entre la nación, el departamento y el municipio, y se compondrá de un edificio adecuado para las siguientes funciones: a) Salón social, b) sala de proyección cinematográfica y radio-audición, c) biblioteca.

Artículo 2º—En la sede de dicha Casa Cultural se fomentarán reuniones sociales de educación y de recreación honesta, sin distinción de partidos ni de clases, en perfecta igualdad cívica colombiana.

Artículo 3º—Al efecto, cada municipio organizará junta asesora de ella, constituída por el personero municipal o el alcalde, el párroco de la población, un maestro de las escuelas públicas, un médico, cuando existiere en el municipio, y un cuidadano eminente de la respectiva sociedad.

Artículo 4º—Una vez constituída esta junta, nombrará a su vez el director o directora de la Casa, y su secretario o secretaria correspondiente, con representación oficial para ante las autoridades de la institución, que adelante se definen.

Artículo 5º—Las funciones departamentales de esta institución serán encomedadas a la respectiva Secretaría de Educación.

Artículo 6º—Su dirección nacional tendrá sede en la Universidad Nacional, y se compondrá de un Consejo Directivo, constituído por:

a) El Jefe de Extensión Cultural de la dicha Universidad;

b) El Jefe de Extensión Cultural del Ministerio de Educación;

c) El Jefe del Departamento de Bibliotecas Aldeanas de la Biblioteca Nacional;

d) El Presidente de la Legión Cívica Nacional;

e) El Director del municipio modelo;

f) El Presidente de la República, como presidente honorario;

g) El Ministro de Educación, como presidente activo;

h) El Rector de la Universidad, como primer vice-presidente, y

i) El Director de la Biblioteca Nacional, como segundo vicepresidente.

El Jefe de Extensión Cultural de la Universidad Nacional será el secretario de la institución, con la dirección administrativa de las funciones y empleados necesarios para ello.

Artículo 7º—El Municipio proveerá a la Casa Cultural de edificio adecuado, el Departamento de aparatos sencillos de radio-recepción y de proyección cinematográfica; la Nación, de las películas educativas o recreativas correspondientes y de la respectiva radiodifusión cotidiana, de los visitadores de información y estímulo que fueren necesarios, y de un núcleo de biblioteca circulante formado por:

a) 100 volúmenes de clásicos colombianos.

b) 100 volúmenes de clásicos universales.

c) 50 volúmenes de biografías y de viajes.

d) 25 volúmenes de ciencias elementales.

e) 25 volúmenes de artes y oficios, y de

f) una enciclopedia de consulta, además de las aportaciones oficiales y particulares que fuere posible adquirir.

Estas bibliotecas serán organizadas, dirigidas y prosperadas funcional, material y moralmente por el órgano respectivo de la Biblioteca Nacional, constituído hoy por su departamento de Bibliotecas Aldeanas, y en defecto suyo, por cualquier otro que especialmente se organice con este fin.

Por su parte, la Universidad Nacional, por medio de su departamento de Extensión Cultural, publicará una revista de divulgación, a modo de mensaje periódico, que lleve a la Casa Cultural, en resumen y lenguaje sencillo, las iniciativas y disertaciones docentes que resulten del ejercicio de investigación y de cátedra, y al efecto solicitará de todo profesor de su dependencia, en materias apropiadas a ello, dicte alguna vez al año, a lo menos, una conferencia magistral sobre las aplicaciones útiles de la materia que enseñe a la educación o a la instrucción de la sociedad, para que así no sólo sus discípulos, sino la nación entera, aprovechen de ello inmediatamente.

Artículo 8º—Poniendo al alcance de los campesinos aparatos radio-receptores de bajo precio, esta función divulgadora

de la institución adquirirá, con muy fáciles indicaciones adicionales, que oportunamente serán distribuídas, radio de acción aún más extenso, y más útiles servicios.

Artículo 9º—La Junta Asesora Municipal organizará, en cuanto pueda, bajo la dirección de la Casa Cultural respectiva, otros servicios de utilidad pública, como campos de deporte, restaurantes o salas de té al precio mínimo factible, granjas de demostración agrícola etc., y apoyará la institución de la Casa Campesina donde ésta existiere y colaborará con ella, donde no, a fin de establecerla y serle útil.

Artículo 10.—El municipio que desee iniciar su Casa Cultural se dirigirá, en primer término, a la Secretaría de Educación Departamental correspondiente, para iniciar el respectivo contrato, y ésta lo comunicará a la Dirección Nacional de la dicha institución para complementarlo, autorizarlo y ponerlo en vigor.

El dicho contrato será firmado por las tres entidades, nacional, departamental y municipal, representadas por los funcionarios que en cada una de esas entidades dirijan, según atrás se establece, esta institución de la Casa Cultural, y a este fin, la Secretaría General de ella redactará y editará el modelo correspondiente, para que puedan, aquellas entidades, guardar de él sendas copias auténticas.

IBELBA

(*Instituto de bachillerato elemental de bellas artes*)

CURSOS SINTETICOS ASOCIADOS

PRIMER AÑO

LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

I.—De ocho a ocho y ¾ a. m. LENGUA ESPAÑOLA: Lectura, escritura, redacción, ortografía y gramática (texto lectivo).

De ocho y ¾ a nueve y ½ a. m. Un cuarto de hora de descanso y media hora de estudio individual.

II.—De nueve y ½ a 10 y ¼ a. m. MATEMATICAS: Aritmética (texto lectivo) y cálculo mental.

De diez y ¼ a once a. m. Descanso y estudio individual.

III.—De once a doce a. m. CIENCIAS FISICO-NATURALES: Cosmografía, geología (texto lectivo) mineralogía, meteorología, aguas y suelos.

MARTES, JUEVES Y SABADO

I.—De ocho a ocho y ¾ a. m. LENGUA INGLESA: Primer curso.

De ocho y ¾ a nueve y ½ a. m. Descanso y estudio individual.

II.—De nueve y ½ a diez y ¼ a. m. QUIMICA MINERAL: (texto lectivo).

De diez y ¼ a once a. m. Descanso y estudio individual.

III.—De once a doce a. m. CIENCIAS SOCIALES: Geografía (texto lectivo), historia, sociología y cívica.

SEGUNDO AÑO

LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

I.—De ocho a ocho y ¾ a. m. LENGUA ESPAÑOLA: Lectura, escritura, redacción, ortografía y gramática (texto lectivo).

De ocho y ¾ a nueve y ½ a. m. Descanso y estudio individual.

II.—De nueve y ½ a diez y ¼ a. m. MATEMATICAS: Algebra.

De diez y ¼ a once a. m. Descanso y estudio individual.

III.—De once a doce a. m. CIENCIAS BIOLOGICAS: Biología general (texto lectivo), botánica y zoología, (fisiológicas y sistemáticas).

MARTES, JUEVES Y SABADO

I.—De ocho a ocho y ¾ a. m. LENGUA INGLESA: Segundo curso.

De ocho y ¾ a nueve y ½ a. m. Descanso y estudio individual.

II.—De nueve y ½ a diez y ¼ a. m. QUIMICA ORGANICA: (texto lectivo).

De diez y ¼ a once a. m. Descanso y estudio individual.

III.—De once a doce a. m. CIENCIAS SOCIALES: Geografía, historia, sociología y cívica.

TERCER AÑO

LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

I.—De ocho a ocho y ¾ a. m. LITERATURA UNIVERSAL: (texto lectivo) y composición literaria (prosa).

De ocho y ¾ a nueve y ½ a. m. Descanso y estudio individual.

II.—De nueve y ½ a diez y ¼ a. m. MATEMATICAS: Geometría (texto lectivo).

De diez y ¼ a once a. m. Descanso y estudio individual.

III.—De once a doce a. m. CIENCIAS BIOLOGICAS: El hombre, anatomía, fisiología e higiene (texto lectivo).

MARTES, JUEVES Y SABADO

I.—De ocho a ocho y ¾ a. m. LENGUA FRANCESA: primer curso.

De ocho y ¾ a nueve y ½ a. m. Descanso y estudio individual.

II.—De nueve y ½ a diez y ¼ a. m. FISICA: primera parte (texto lectivo).

De diez y ¼ a once a. m. CIENCIAS SOCIALES: Historia de la cultura (texto lectivo).

CUARTO AÑO

LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

I.—De ocho a ocho y ¾ a. m. LITERATURA AMERICANA: nacional especialmente (texto lectivo) y composición literaria (versificación).

De ocho y ¾ a nueve y ½ a. m. Descanso y estudio individual.

II.—De nueve y ½ a diez y ¼ a. m. FISICA: segunda parte (texto lectivo).

De diez y ¼ a once a. m. Descanso y estudio individual.

III.—De once a doce a. m. CIENCIAS DEL ESPIRITU: Psicología y ética (según la antigua clasificación, o bien, ontología, gnoseología y axiología, conforme actualmente se conocen).

MARTES, JUEVES Y SABADO

I.—De ocho a ocho y ¾ a. m. LENGUA FRANCESA: Segundo curso.

De ocho y ¾ a nueve y ½ a. m. Descanso y estudio individual.

II.—De nueve y ½ a diez y ¼ a. m. HISTORIA DEL ARTE: (objetiva y crítica).

De diez y ¼ a once a. m. Descanso y estudio individual.

III.—De once a doce a. m. Gimnasia y canto (para alumnos de Bellas Artes), gimnasia y dibujo (para los de Música).

INDICACIONES PROGRAMATICAS

Este horario puede aplicarse a los estudiantes de música, y adecuarlo, para los de bellas artes, a quienes la luz matinal importa mucho en el aprendizaje y ejercicio de su técnica, a las horas de la tarde. De este modo habría un grupo matinal de los primeros, y otro, vespertino (de dos a seis p. m.), de los segundos.

Queda el inconveniente del estudio del sábado por la tarde, para el grupo de bellas artes, que pudiera eludirse eliminándolo simplemente.

*

Como fácilmente podrá advertirse a la lectura de este programa, él constituye un plan de bachillerato rudimental para estudiantes de bellas artes y de música, que por entrar muy jóvenes al Conservatorio y la Escuela respectiva, conforme lo exigen su vocación y la pedagogía especial correspondiente, no puedan adquirir el que otorgan otros colegios, o les sea imposible obtenerlo por circunstancias económicas personales, y a quienes sería imprudentísimo, a más de injusto, dejar sin la cultura académica, básica a lo menos, que les permita luégo interpretar las magnas obras de su arte o expresar sus propias creaciones con la alteza espiritual de un adecuado refinamiento. La técnica, como oficio, así llegue a la altura de constituír un "virtuoso" de su arte, no capacita para la creación eminente, y el pueblo que siga tal rumbo no pasará de "patinar" en escarceos folklóricos o de secundar obras ajenas: la sensibilidad artística requiere agilitarse al contacto de la cultura universal superior para no repetir inútilmente la trayectoria ya recorrida por esa cultura, y no estancarse en el monólogo de la personalidad insular incipiente. Y como la segunda enseñanza coloca al individuo en el ámbito de aquella cultura universal, su imposición en toda escuela de arte es categóricamente ineludible.

*

Pudiera parecer que algunas materias de este programa de estudios sobrepasan la posibilidad de su aprendizaje en el corto período que se les asigna: tal, por ejemplo, las agrupadas en el curso de cosmografía, geología, mineralogía, meteorología, aguas y suelos, mas ello es que no se conciben como especialización, sino como información discreta: muchas pueden darse en tres conferencias de síntesis. Así en el caso de la astronomía, la primera lección debe enseñar la evolución histórica de este conocimiento: la segunda, la descripción física de las galaxias, de los mundos estelares y planetarios; la tercera, su número, sus leyes, su nomenclatura, distancias y magnitudes; en suelos y aguas,

vaya otro ejemplo, se revelarán su origen y composición, en la primera, su distribución en la segunda, y sus funciones respecto de la vida humana en la tercera: ántropo-geográficamente nada es superior a este fundamento de las naciones, de su economía y cultura, por donde se colige que su estudio es primordial, aunque parezca especializadamente técnico, y como dichas aguas y suelos se relacionan por modo insoluble con la meteorología, vese, en consecuencia, la ilación de dicho programa y su estricta aplicación docente.

La circunstancia de tener esta institución su sede en el mismo edificio de la Escuela Normal Superior, y la conveniencia de que los alumnos de las varias especialidades que ella comprende se disciplinen prácticamente, aconseja encomendarles, bajo la inmediata dirección de dicha Escuela Normal Superior y del IBELBA que aquí se presupone como auxiliar del Conservatorio de Música y Escuela de Bellas Artes, en consorcio lectivo, la enseñanza de estos cursos por períodos no menores de un mes a cada alumno de último año de especialización normalista, y así, este nuevo instituto quedaría organizado bajo la dirección suprema de la Universidad, en primer término, de la Escuela de Bellas Artes y del Conservatorio de Música, en segundo término, para que en colaboración con la Normal Superior, tercer grado de su estructura docente, supervigilen, armónicamente, su marcha, y en cuarto orden, el funcional en sí, bajo la misión inmediata de un director responsable, encargado de un grupo y de las cátedras que puedan holgadamente servir, y un subdirector, a quien se encomiende el otro grupo escolar y las cátedras similares correspondientes que pueda atender. A ellos compete la disciplina de la institución, la vigilancia de los alumnos y la guía que ellos demanden para sus labores, amén de los trabajos de documentación escolar, información y correspondencia que incumben a establecimientos de esta índole, para los cuales serán auxiliados por una secretaría. La elección de estos empleados se hará, conforme se estila para las otras instituciones de la Universidad, por el Consejo Directivo de la misma, mediante terna que el rector le presente.

Por el momento, y mientras crece en funciones este IBELBA, no es necesario el nombramiento de subdirector.

Dicho instituto estará gobernado e inmediatamente asesora-

do por un Consejo especial, compuesto por el rector de la Universidad, el rector de la Escuela Normal Superior, el decano de la Escuela de Bellas Artes, el director del Conservatorio Nacional de Música y el propio director suyo, consejo que entenderá en la solución de los negocios y problemas administrativos, disciplinarios y docentes que ocurran, y en el nombramiento de secretario, portero, sirvientes y demás empleados que fuere necesario establecer en lo futuro, sujeto, todo ello, naturalmente, a la aprobación del Consejo Directivo de la Universidad, como autoridad funcional suprema.

CURSOS SINTETICOS ASOCIADOS PARA LAS ESCUELAS DE ADMINISTRADORES DE HACIENDAS

PRIMER AÑO

LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

I.—De siete a ocho a. m. ESPAÑOL: Leer, escribir, ortografía, gramática (texto lectivo) y redacción.
De ocho a nueve a. m. Un cuarto de hora de descanso y estudio individual.

II.—De nueve a diez a. m. MATEMATICAS: Aritmética (texto lectivo), cálculo mental y contabilidad rural.
De diez a once a. m. CIENCIAS SOCIALES: Geografía (texto lectivo), historia, sociología (instituciones humanas) y cívica.

MARTES, JUEVES Y SABADO

I.—De siete a ocho a. m. INGLES.
De ocho a nueve a. m. Descanso y estudio individual.

II.—De nueve a diez a. m. FISICA Y QUIMICA (textos lectivos).
De diez a once a. m. Descanso y estudio individual.

III.—De once a doce a. m. CIENCIAS FISICO-NATURALES: Geología, mineralogía, meteorología, suelos y aguas (texto lectivo).

SEGUNDO AÑO

LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

I—De siete a ocho a. m. ESPAÑOL: Redacción y literatura (texto lectivo).
De ocho a nueve a. m. Descanso y estudio individual.

II.—De nueve a diez a. m. MATEMATICAS: Geometría (texto lectivo), mensura de tierras y conocimientos de materiales de construcción.
De diez a once a. m. Descanso y estudio individual.

III.—De once a doce a. m. CIENCIAS NATURALES: Biolo-

gía, (texto lectivo), botánica y zoología, (fisiológicas y sistemáticas).

MARTES, JUEVES Y SABADO

I.—De siete a ocho a. m. INGLES
De ocho a nueve a. m. Descanso y estudio individual.
II.—De nueve a diez a. m. FISICA Y QUIMICA: (texto lectivo).
De diez a once a. m. Descanso y estudio individual.
III.—De once a doce a. m AGRONOMIA Y VETERINARIA: enfermedades y tratamientos. (Conocimiento y práctica de horticultura y árboles frutales, cultivos extensivos y praderas, aguas y bosques, herramientas y construcciones. Animales de corral y ganados de toda índole asequible: su conocimiento, cuido y tratamiento).

Nota: Este horario podrá modificarse de acuerdo con las condiciones climáticas del lugar donde funcione la institución.

INDICACIONES PROGRAMATICAS

La brevedad del tiempo disponible para la instrucción de los educandos que contempla este proyecto, impone la conveniencia de agrupar la enseñanza de varias materias lectivas al rededor de una que por su índole, permita asociarlas en síntesis pedagógicas, como es el caso de la gramática para todo lo concerniente a los estudios someros del lenguaje, o de la geografía para los que con ella se vinculen. De ahí que sólo se indique un texto de aprendizaje de tiempo y memoria, y dejar al profesor que, partiendo de ese núcleo docente, lo amplíe e irradie a los otros en su exposición oral de cátedra.

Ello demanda, sin duda, cierta pericia en el educador, mas no exagerados conocimientos, ya que, pongamos el caso, al estudiar la geografía física de un país en determinada lección, puede hablarse de sus instituciones y de su historia en breves resúmenes, fáciles de hallar en obras de consulta o aun en cualquier enciclopedia bien informada.

De ahí el nombre de cursos sintéticos asociados.

Lo fundamental de este programa de estudios consiste en "vivir" la cultura, más que en "leer" cultura; es aprovechar toda ocasión que se presente en el curso de las tareas comunes para

ilustrar a los discípulos en cuanto deban conocer. Así, por ejemplo, al encontrar un animal, una planta, un mineral cualquiera o un instrumento de labor, aunque fuere en momentos de trabajo diferente y aun de ocio, explicar su nombre, su origen, su clasificación y usos, porque de tal manera, poco a poco, el estudiante se vaya familiarizando con las ciencias y las artes respectivas sin mayor esfuerzo, y casi pudiera decirse que por contagio mental.

De igual manera, en la práctica de labranza y de cultivos, a que se destinará el mediodía restante, después de almuerzo, la instrucción agronómica y la veterinaria debe darse objetivamente, delante de cada hecho o suscitando esos hechos, para la respectiva observación, a fin de que los alumnos vean y palpen, observen y mediten directamente cuanto les incumbe saber, y así suplan la cortedad de la teoría con la intensidad de la práctica.

Al emplear una azada, por ejemplo, se dará su nombre correcto y aun su etimología (latín ascia, griego axíne) y se hará notar su parentesco con hacha, hachuela, azuela, azadón, etc., y su origen aún más instructivo, pues otra cosa no es que el chuzo, instrumento primero de la agricultura, acodado en ángulo levemente agudo, que va ensanchando su pala hasta engendrar este otro, del que luégo derivarán la mayoría de los que ahora se usan en las labores del campo, el arado, por ejemplo, el rastrillo, la escarda etc. Se indicará su materia, hierro y acero, con mención de las variedades de este metal y su mérito distinto, el alcance suyo en el desarrollo de la civilización y sus cualidades físicoquímicas fundamentales, la manera de fabricar una azada con él, y hasta las fábricas que mejor las producen en el mundo. El mismo cabo de madera, dará feliz ocasión para instruír al alumno en las que son más adecuadas para ello y en el porqué de su adecuación: peso, tenacidad de fibra, asequibilidad, baratura, lignina de la vegetación y sus ciclos periódicos especiales, en fin, más útiles a este propósito etc. Después se enseñará prácticamente su empleo en los cultivos, según la calidad de los suelos, el estado de la vegetación, las condiciones, v. gr., de humedad y declive.

Al corregir la redacción de una carta o de un informe o de una reseña (enseñanza cotidiana del idioma) caben, desde la instrucción caligráfica, la ortográfica y gramatical, hasta la retóri-

ca y el buen gusto literario, aun breves anotaciones etimológicas y semánticas que aclaren el significado de las voces y despierten curiosidad intelectual.

Asimismo podrá hacerse con cada grupo de materias lectivas, sin necesidad de poseer grande erudición ni excepcional inteligencia, pues los dos ejemplos anteriores ilustran apenas las muchas oportunidades que en este derrotero de "instrucción sintética y asociada" tiene el profesor de ir preparando al discípulo, dentro y fuéra de las aulas de estudio, en las funciones correspondientes. Para ello es fundamental el que los tales profesores lo sean de "tiempo completo", o de "espíritu completo" sería mejor decir, para que constantemente se dediquen a tan exigente misión y la cumplan con ánimo apostólico, único, en estos casos, efectivo y eficaz.

La intención de este programa es la de que los estudiantes hagan por sí mismos cuanto después habrán de vigilar que otros hagan, es decir, que pasen por todas las etapas de trabajo que dirigirán luégo como administradores de finca rural, desde los más humildes del aseo, y las básicas de la construcción, hasta las de contabilidad, negocio y gerencia.

Y que sepan, no propiamente tratar enfermedades de animales y de plantas como agrónomos y veterinarios especialistas, pero sí distinguirlas oportunamente e interpretar con apropiado entendimiento las indicaciones técnicas correspondientes que los peritos ordenen. Serán, pues, eslabón técnico entre el especialista doctorado y el peón inculto.

Con efecto, recibirán, en las respectivas facultades bien dotadas de laboratorios y otros recursos, una información objetiva somera de lo que son esas enfermedades y sus agentes patógenos, en corta visita de estudios, un mes v. gr., que puede realizarse como intercambio de sitio con los alumnos de dichas facultades que visiten, a su vez, las granjas de experimentación en que estos otros tengan su sede de aprendizaje.

Pues las escuelas de administradores de hacienda deberán funcionar en dichas granjas, como federación de trabajo entre la Universidad y el Ministerio de Agricultura, aprovechando así el personal técnico de que esas granjas dispongan, y éstas de la colaboración operaria de los alumnos, a más de la sociedad y estímulo de los profesores de materias lectivas que la Universidad suministre para el complemento de la respectiva instrucción de estos presuntos administradores de hacienda

Dichos instructores serán, en lo posible, profesores también de tiempo completo, con habitación en la misma escuela, y en constante comunicación con sus alumnos, para obtener así la mayor intensidad docente accesible en tan corto período, y entenderán que estos alumnos prolongan y completan en la economía nacional lo que ellos se proponen prosperar en su función investigadora, un tanto precaria y débil mientras carezca de este vínculo.

FACULTAD DE MEDICINA

1.—CAPACIDAD DOCENTE: Al Consejo de la Facultad de Medicina le es posible definir, con adecuado conocimiento de causa y la plena autoridad de sus funciones, cuál es, muy aproximadamente, el número de estudiantes a que dicha Facultad puede enseñar su profesión con relativa holgura de su parte y satisfactorio aprovechamiento de aquellos.

Fijado ese número, parece conveniente considerar el primer año de estudios como de prueba de vocación y de aptitud, recibiendo a él los más que le sea posible instruir dentro de los recursos máximos de que actualmente dispone y mediante los exámenes previos y las condiciones que tiene ya establecidas, sin honorarios de matrícula ni compromiso moral de mantener ésta el segundo año.

En este segundo año y los siguientes cobrará los derechos de tal matrícula conforme lo tenga establecido, pero sólo recibirá para continuar su instrucción hasta el número de estudiantes determinado a que pueda enseñar hábilmente, según lo antes dicho, y los seleccionará por el orden de prelación que hubieren obtenido en las calificaciones de su primer año.

De esta manera no se la podrá recusar por injusticia en el escogimiento de sus alumnos, ni verá a éstos estancar y como taponar la admisión de nuevas promociones de estudiantes con los reprobados que anhelen, ya para entonces inmerecidamente, repetir matrícula. Y de esta manera, asimismo, la Facultad logrará escoger los mejor capacitados para el aprendizaje de su profesión y el mejor servicio funcional respectivo de la república.

2—CANTIDAD Y ORDEN DE LOS ESTUDIOS: Aunque la mente humana es continente que se nutre y amplía con el contenido que recibe, tiene también límites de receptividad en cada momento de su ejercicio, que la pedagogía reconoce y proclama muy severamente. Las nociones nuevas, de léxico nuevo sobre todo, como ocurre en el primer año de estudios de la medicina, circunscriben aun más la capacidad mental adquisitiva del alumno, porque carece entonces de aquellos instrumentos de asociación, a modo de ganchos de articulación y prendimiento, que le permitan entender pronto y fijar bien las respectivas materias de su curso. Atrafagada y dolorida con excesivo esfuerzo, esa mente se acoge a sus defensas peculiares, que son, de una parte, la repugnancia que cobra a lo así estudiado, con detrimento de avances posteriores, y de otro, el olvido a que condena dichas nociones tan pronto como puede desligarse de ellas o eludir su gravosa presencia. Esto nos dice que vale más porción discreta de enseñanza amable que alud agobiador de forzados conocimientos.

Igualmente ineludible es la colocación de las materias lectivas en el respectivo orden de su escalonamiento conceptual, de que se deduce que materia de estudio mal colocada en los programas de una facultad puede hacerse nugatoria o, a lo menos, inútilmente más ardua de entender entonces y de aprovechar adelante. Difícil sería interpretar una función sin conocer el órgano que la ejerce, conocer una perturbación fisiológica sin noción previa de la normalidad, definir o confirmar un diagnóstico sin auxilio de la anatomía patológica, recetar técnicamente a oscuras de la acción farmacodinámica de los medicamentos, ni coordinar ésta ignorando su composición química... porque es la medicina un saber tan íntimamente eslabonado que no admite discontinuación en su estructura: hasta en el ejercicio de las especialidades requiere respaldo de su concepción sintética para acertar correctamente, sobre todo donde no existan los recursos de asociación profesional adecuada para suplir con muchos la pericia de uno solo.

A fin de llenar este cometido de la misión docente de la Universidad conviene, a más de la dicha subordinación en serie de los estudios requeridos, el agruparlos a veces en armonía de congéneres, lo que es decir, enseñarlos con referencia de los unos a los otros, uniéndolos programáticamente y vinculándolos en el acuerdo con que los profesores respectivos deben darlos, para no repetir nociones, o no anticiparlas, o dejar goznes sueltos que disloquen el proceso mental asimilativo de los alumnos. De ahí la necesidad de que los dichos profesores se comuniquen entre sí con frecuencia para conjugar sus tareas y distribuírselas armónicamente.

3.—PERIODO E INTENSIDAD DE LOS ESTUDIOS: La necesidad de dar a los estudiantes de medicina conocimientos generales acerca de las múltiples materias de su futura profesión, ha obligado a la Facultad respectiva a imponerles otros tantos cursos complementarios, de clínica sobre todo, y en consecuencia, a distribuír éstos en breves períodos. Y como esta brevedad puede dejarlos muy insuficientes o muy laxamente asimilados, convendría implantar la modificación de darlos por todo un año lectivo, alternándolos por dos o tres conferencias semanales con que éstas resultaran mejor preparadas y seleccionadas, y aún, lo que sería más útil, obtener mayor variedad y amplio número de casos clínicos de demostración correspondiente.

4.—PUNTOS ESPECIALES: Al colocar en el anteproyecto de la nueva distribución de cursos que aquí sugiero, algunas materias, como la física médica asociada con la fisiología experimental y demostrativa, busco desahogar el estudio en el primer año y hacer aquella más asimilable. En cuanto a la semiología, la enlazo con nociones de practicantes, enfermería y anestesia como una introducción a la experiencia clínica, pensando, esto sí, que tal "docencia" debe continuarse en las otras clínicas, cuando el alumno se halle mejor preparado para su cabal aprovechamiento, y porque esta enseñanza es de aquellas que deben mantenerse constantes en todo el decurso de la carrera médica estudiantil. Asimismo lo conceptúo respecto de la deontología, en que ineludiblemente debe doctrinarse a los alumnos materia por materia, dedicándole cada profesor a lo menos una conferencia magistral en su curso y apoyándola siempre que la oportunidad lo permita y aún reiteradamente.

5.—POSIBLE REDISTRIBUCION DE CURSOS.

I.—Anatomía, bacteriología, parasitología e histología.

II.—Anatomía, fisiología y física médica, patología general, practicantía médica (semiología elemental, anestesiología elemental y cuidado de enfermos).

III.—Patología médica, patología tropical, anatomía patológica, fisiología.

IV.—Patología quirúrgica, clínica médica, clínica tropical, química médica, terapéutica.

V.—Clínica neurológica y psiquátrica, clínica dermatológica y sifilográfica, clínica urológica y ortopédica, técnica quirúrgica, farmacología, radio-diagnóstico, medicina legal.

VI.—Clínica quirúrgica, clínica obstétrica, clínica ginecológica, clínica pediátrica, órganos de los sentidos, dietética e higiene.

INDICE CAPITULAR

Pág.

Primera parte: FILOSOFIA Y ESTILO

Carta-Prefacio 7

Segunda parte: APORIAS SOCIALES

Antes del 9 de abril 21
Balance del 9 de abril 70

Tercera parte: ACTITUD UNIVERSITARIA

Universidad, gerencia de cultura 115
Valencia de los ideales 123
Universidad y Deontología 134
Historia magna de Colombia 104
La Casa Cultural Municipal 150
Bellas Artes y cultura general 153
Administradores de haciendas 159
Facultad de Medicina 164

Este libro, *Perspectivas Culturales*, de Luis López de Mesa se terminó de imprimir el día 15 de marzo de 1949 en los talleres editoriales de la Universidad Nacional.

FAES

SALA DE PATRIMONIO DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT
100115859